

PARA COMPRENDER LA HISTORIA

GEORGE NOVACK

Con un apéndice

"La importancia de la interpretación de Novack" y

"Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa",

De Nahuel Moreno.

Edición original

Understanding History Pathfinder Press, Inc., New York

Traducción de *Marta Campos*

Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1975

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

INDICE

INDICE	2
NOTA DE LOS EDITORES.....	3
INTRODUCCION	4
CAPITULO I.....	8
PRINCIPALES TEORIAS DE LA HISTORIA DESDE LOS GRIEGOS HASTA EL MARXISMO.....	8
CAPITULO II	19
LA PERSPECTIVA DE LA HISTORIA.....	19
Cómo llegó la humanidad a la civilización.....	19
El curso principal de la historia norteamericana y su próxima etapa.....	31
CAPITULO III	44
DE LENIN A CASTRO	44
El rol del individuo en el proceso histórico	44
CAPITULO IV	51
DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO EN LA HISTORIA MUNDIAL. 51	
El curso desigual de la historia.....	51
El desarrollo combinado y sus consecuencias	61
Las desproporciones del desarrollo norteamericano	69
Cómo aplicar una ley de la sociología.....	73
Respuesta de George Novack	74
CAPITULO V	79
EL DESARROLLO DESIGUAL DEL PROCESO REVOLUCIONARIO MUNDIAL.....	79
CAPÍTULO VI.....	90
LAS FORMACIONES HIBRIDAS Y LA REVOLUCION PERMANENTE EN LATINOAMERICA	90
APENDICE.....	99
LA IMPORTANCIA DE LA INTERPRETACION DE NOVACK	99
CUATRO TESIS SOBRE LA COLONIZACION ESPAÑOLA Y PORTUGUESA.....	101

NOTA DE LOS EDITORES

Ediciones Pluma prosigue, con la publicación de este libro, la difusión en los países de habla castellana de la obra del estudioso marxista George Novack, Ya hemos presentado su Introducción a la lógica marxista, en 1973, cuya segunda edición ya está en plaza.

"Para comprender la historia" es un conjunto de trabajos que el mismo autor reunió en un libro. La mayor parte de ellos se editan por primera vez en castellano. "La perspectiva de la historia" se editó por primera vez en inglés en 1960, como folleto, por Pioneer Publishers (New York). "La ley del desarrollo desigual y combinado", editado por Merit Publishers en su idioma original en 1958, apareció en nuestro idioma en Estrategia (Buenos Aires, octubre 1965) firmado por W. Warde, y nuestra editorial también lo publicó en 1973. La versión que ofrecemos en Para comprender la historia es una nueva traducción según el original publicado por Pathfinder Press. "El desarrollo desigual del proceso revolucionario mundial" apareció en inglés en Fifty Years of World Revolution, en 1968, editado por Merit Publishers. "Las formaciones híbridas y la revolución permanente en América Latina" se publicó originalmente con el título "Hybrid Socioeconomic Formations and how to Detect them" en la edición del 16 de noviembre de 1970 de Intercontinental Press. En castellano apareció por primera vez como "El carácter de la colonización latinoamericana. Su desarrollo desigual y combinado", en el número 4 de Revista de América, Montevideo, 1971, con una introducción de Nahuel Moreno que incluimos en el apéndice.

Pese a la variedad de los temas que abarcan los artículos, presentan una unidad fundamental definida por el mismo autor: "Todos ellos constituyen una aplicación del método marxista al análisis de algunos de los problemas más intrincados del proceso histórico".

En el apéndice incluimos la introducción de Nahuel Moreno, ya mencionada, al último de los artículos de Novack que reproducimos en este libro: "La importancia de la interpretación de Novack" y otro trabajo del mismo autor: "Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa". Ambos fueron publicados en Feudalismo y capitalismo en la colonización de América. Buenos Aires. Ediciones Avanzada, 1972. Creemos que estos trabajos de Moreno no sólo constituyen un buen complemento que esclarece sobre los problemas metodológicos planteados por Novack: también profundizan sobre uno de los temas claves de esta colección: la colonización de América. Caracterizarla no es una discusión académica. Tiene estrecha relación con el carácter y la estrategia de la revolución latinoamericana y con la particular combinación de tareas democráticas y socialistas que se le presentan a la vanguardia obrera y popular en todos nuestros países.

INTRODUCCION

Los artículos recopilados en el presente volumen fueron escritos durante los últimos quince años, en distintas ocasiones y en respuesta a preguntas teóricas y políticas planteadas en el seno del movimiento socialista. Cubren una amplia gama de temas, desde la interpretación de la historia en su conjunto hasta la caracterización de las fuerzas sociales capaces de imprimir una nueva dirección a su curso. Todas ellas procuran aplicar el método marxista de análisis a algunos de los problemas del proceso histórico que crean más confusión.

El primer ensayo, "Principales teorías de la Historia desde los griegos hasta el marxismo", es una discusión de las teorías premarxistas de la historia, que rastrea los esfuerzos realizados por las mentes más lúcidas durante 2.500 años para arrojar luz sobre el curso del acontecer humano y hacerlo inteligible. Este es asimismo el objetivo principal del método marxista en sociología. El materialismo histórico busca descubrir y formular las leyes que han regido las actividades y los logros de la humanidad desde el surgimiento de los humanoides hasta la actualidad.

¿Es este lapso, que abarca más de un millón de años, demasiado colosal y complejo para ser comprendido al menos en sus principales líneas de evolución? Hay muchos escépticos que, sobre una base u otra, afirman que el progreso de la humanidad desde la organización social más primitiva hasta la era nuclear está más allá del alcance de la investigación científica y debe permanecer por siempre cerrado al conocimiento humano. El materialismo histórico rechaza todas las variantes del escepticismo y del irracionalismo. desde el existencialismo hasta el positivismo, que en principio y apriorísticamente obstruyen la posibilidad o niegan la necesidad o la conveniencia— de adquirir una percepción profunda del proceso histórico.

Como Vico, los partidarios del materialismo histórico creemos que, ya que la historia engloba y registra todo lo que hemos hecho, los seres humanos podemos finalmente averiguar mediante sucesivas aproximaciones lo que nuestra especie ha llevado a cabo. Y por qué.

El análisis de las más importantes corrientes de la teoría histórica desde los antiguos griegos indica que éstos se preocupaban por indagar sobre las fuerzas motrices de la historia y por trazar el modelo de su desarrollo. Aunque los efectos de estas contribuciones a la ciencia de la historia no han sido tan trascendentales para nuestras vidas como los descubrimientos de las ciencias naturales, sus resultados han producido un efecto acumulativo y perdurable. Sus hallazgos válidos sobre la filosofía de la historia en los últimos 2.500 años han sido evaluados e integrados críticamente a la estructura del materialismo histórico, el instrumento más seguro y completo para analizar y sintetizar las obras de la raza humana.

"La perspectiva de la historia" ofrece un informe popularizado sobre la evolución desde el pez hasta la raza humana, desde el salvajismo hasta la civilización, y desde la vida de los indios hasta el capitalismo contemporáneo en los Estados Unidos. Es un bosquejo sumamente simplificado de ese inmenso e intrincado proceso de evolución. Los hechos expuestos son ampliamente conocidos, pero la interpretación que se presenta en estas páginas difiere de la que se enseña en las escuelas y universidades de la América capitalista.

Esta introducción al estudio de la marcha de la humanidad desde el punto de vista del socialismo científico está dirigida especialmente a las mentes recién abiertas de la joven generación, que se preocupan por los problemas fundamentales de la vida y buscan afanosamente esclarecerse sobre los principales problemas de la lucha social y política.

Sus argumentos apuntan hacia dos nociones predominantes que pretenden reforzar los prejuicios antisocialistas y apoyan la convicción de la santidad y eternidad del sistema existente. Una es la idea de que es imposible, indeseable y algo así como no científico buscar el curso central del desarrollo de la historia, sobre todo de la historia de la civilización; asociar sus etapas sucesivas y colocarlas en una secuencia correcta; distinguir lo inferior de lo superior e indicar la naturaleza del próximo paso adelante.

El segundo prejuicio, aunque apoyado por el primero, es más específico: el supuesto de que el régimen capitalista de los Estados Unidos encarna un tipo de organización insuperable.

Estas proposiciones son erróneas en teoría y totalmente reaccionarias en sus consecuencias prácticas. El socialismo tiene el mérito de explicar cómo y por qué el descontento creciente entre los oprimidos y los explotados y su lucha por una mejor forma de vida son razonables y se basan en premisas científicas. El impulso de las masas trabajadoras hacia una reorganización fundamental de la estructura social y política capitalista armoniza con la tendencia del progreso humano.

"De Lenin a Castro" trata sobre el fascinante y eterno problema del lugar y el peso del individuo en la historia.

Las respuestas dadas a este problema van desde la omnipotencia hasta la nulidad. La primera y más superficial concepción de la historia elevó al individuo, en la persona del sagrado monarca, al rol de dictador todopoderoso de la vida y el destino humano. Luego aquellos que se encontraban bajo el influjo del determinismo mecanicista, durante los siglos XVIII y XIX, despojaron al individuo de todo poder para forjar el curso de los acontecimientos.

El materialismo histórico rechaza ambos extremos. Adopta un criterio dialéctico sobre la acción recíproca de los elementos objetivos y subjetivos del desarrollo histórico. Da prioridad a las fuerzas que están por encima del individuo en los procesos múltiples de la determinación histórica y sostiene que lo estrictamente personal es secundario.

Dentro del contexto de condiciones objetivas, creadas históricamente, un individuo es capaz de imprimir su sello sobre el ritmo y el modelo de los acontecimientos. El grado de esa influencia puede variar desde el mínimo absoluto, pasando por el término medio ejercido por cualquier otro miembro de la misma época o clase, hasta un impulso máximo. Las masas son los principales artífices de la historia. Pero un individuo puede ser de crucial importancia en momentos excepcionales del proceso histórico, cuando la intervención o la inercia resultan decisivas para impulsar el movimiento de masas en uno u otro sentido.

La experiencia del régimen de Stalin en la Unión Soviética, y luego la China Comunista bajo el "pensamiento de Mao Tse-tung". han dado una gran relevancia política a la cuestión de la función del individuo en la historia. Reaccionando contra el gobierno unipersonal de Stalin y el consiguiente culto a la personalidad, los ideólogos soviéticos de la actualidad han vuelto a la idea de que el pueblo es la fuerza decisiva en el desarrollo histórico e insisten en que el marxismo es incompatible con "la ciega adoración a un gran hombre, supuestamente dotado de capacidad sobrehumana para hacer la historia a su voluntad".

Este es un paso adelante con respecto a las aberraciones de la era estalinista. Sin embargo, falta aún que los estudiosos soviéticos presenten una explicación materialista objetiva de la vuelta de su país a la ideología del despotismo oriental. El profesor Lewis Feuer describe sus entrevistas con más de ciento cincuenta sociólogos y filósofos durante una visita de dieciocho semanas a la Unión Soviética en 1963. Cuando preguntó si los problemas sociológicos y filosóficos que surgen del fenómeno del culto les preocupaban en algún sentido, "la respuesta más frecuente que recibía (era) 'eso no es problema mío' ". A pesar de esta candida desaprobación, ésta sigue siendo la cuestión más urticante para la mayoría de los ciudadanos soviéticos.

Desgraciadamente, los intelectuales comunistas no han podido aplicar el materialismo histórico para solucionarla. Se los ha impulsado a atribuir el culto a la personalidad a los errores y las características patológicas de Stalin. Este procedimiento circular de explicar el culto al individuo mediante los actos de un individuo deja sin respuesta la cuestión básica: ¿Cómo pudo haber surgido y fijarse una superstición así en una nación esclarecida que había triunfado sobre el capitalismo, había adoptado el marxismo y estaba avanzando hacia el socialismo?

Aquellos estudiosos soviéticos que quieren ser fieles al marxismo no han asumido esta posición insostenible por propia elección. Les ha sido impuesta por los sucesores de Stalin, que temen las consecuencias de permitir un examen exhaustivo de un asunto tan espinoso. Si las mentes críticas fueran a pensar en sus implicancias, eso los llevaría a estar de acuerdo con las conclusiones teóricas y políticas de los marxistas que se opusieron a la dominación de la burocracia en los países comunistas.

El principal de ellos fue León Trotsky, quien se preocupó por el problema luego de la muerte de Lenin y le dedicó muchas páginas durante su último exilio. Este siguió el desarrollo del culto a Stalin paso a paso, exponiendo las razones de su preponderancia al mismo tiempo que lo combatía.

Trotsky demostró que su génesis estaba en poderosos factores históricos objetivos. Sus raíces se podían encontrar en las derrotas de la clase obrera mundial a partir de 1918, la postergación de la revolución proletaria en los países altamente industrializados, el prolongado aislamiento que sufrió la primera república obrera, oprimida por el cerco imperialista, el atraso económico y cultural heredado de Rusia, que entró en conflicto con su estructura política sumamente avanzada, el aplastante predominio del campesinado sobre el proletariado, el desgaste de las masas soviéticas y su pérdida de fe en las perspectivas inmediatas de la revolución mundial.

Las manifestaciones políticas y sociales de estos reveses fueron la burocratización del estado soviético y el conservadorismo del Partido Comunista que lo encabezaba. Ocurrieron cambios profundos en su función, dirección y orientación: la destrucción de la democracia soviética y partidaria, el aplastamiento del ala leninista del partido y la sustitución del internacionalismo por consideraciones estrictamente nacionales rusas. Esto creó las condiciones previas para la instauración de una nueva aristocracia y para su dominación despótica.

La tiranía de Stalin tuvo su origen en circunstancias económicas e históricas especiales. La capacidad productiva soviética estaba muy por debajo de lo que la igualdad y la abundancia socialista exigían, incluso estaba por debajo de los niveles de los países capitalistas más ricos. El sistema podía proveer bienes de consumo suficientes como para otorgar privilegios a unos pocos, pero no para elevar el nivel de vida de la masa. Dadas estas circunstancias de escasez, era un poder supremo quien tenía que decidir quién iba a obtener qué cosa y cuánto. Una vez extirpadas las instituciones por medio de las cuales las masas ejercían un control democrático, los capitostes del partido monolítico, fusionados con la administración estatal, monopolizaron todos los poderes de decisión y los medios de coerción para ponerlos en vigencia.

Pero esta misma casta de advenedizos necesitó un amo, un árbitro tan indiscutible como ellos mismos, pero que pudiera arreglar las disputas internas garantizando al mismo tiempo su poder soberano. La burocracia creó este promotor omnipotente y omnisciente de sus intereses a su propia imagen. Stalin, el individuo, fue elevado a la cima y allí se lo mantuvo durante casi tres décadas porque satisfacía las exigencias del conjunto de la nueva élite.

El culto al individuo alimentado por el estalinismo era la antítesis del espíritu y los principios del socialismo científico, y Trotsky lo explicó aplicando las enseñanzas y los métodos de este último. El desvío de la marcha de la revolución rusa no se produjo a causa de algún pecado original (la sensualidad del poder) ni por los vicios inherentes al bolchevismo (sus supuestas tendencias totalitarias). Fue producto de una conjunción específica de circunstancias que viciaron los primeros pasos de la transición de una sociedad de clases al socialismo.

La interpretación marxista de este hecho político de la vida soviética tenía un corolario lógico. Cuando las condiciones internacionales e internas que generaron y sostuvieron la autocracia estalinista y su ideología correspondiente cambiaran, el culto se debilitaría y sería dejado de lado.

Este ha sido el significado del descrédito de Stalin y de las reformas que sus sucesores introdujeron bajo la presión de las masas. Hasta ahora, se han limitado a aquellas concesiones compatibles con la preservación de los privilegios de la burocracia y el monopolio del poder político. Sin embargo, el proceso de desestalinización no puede ser arbitraria e indefinidamente cercenado para servir a las necesidades de la casta gobernante. Hay una tendencia irreversible a la confrontación directa entre el régimen y el pueblo, para decidir si la Unión Soviética será desburocratizada completamente y volverá a la democracia.

La utilidad práctica del materialismo histórico está ejemplificada en su capacidad para explicar tanto el predominio del culto a la personalidad como las razones para su anulación. La posibilidad que ofrece el marxismo de penetrar en las fuentes del burocratismo en las sociedades poscapitalistas (y la centralización del poder soberano en un individuo, que puede ser el resultado del ahogo de la democracia obrera) es indispensable para combatir estas tendencias tan perjudiciales para el avance del socialismo.

La serie de ensayos que le siguen, "El desarrollo desigual y combinado en la historia", presenta variaciones sobre un solo tema: la ley del desarrollo desigual y combinado, que León Trotsky fue el primero en formular. Constituyen la discusión más extensa de estos aspectos fundamentales y universales de la historia humana en la literatura, marxista o de otro tipo.

Aunque los círculos históricos, sociológicos y políticos no están aún familiarizados con esta ley, constituye una de las herramientas más versátiles para descifrar problemas que de otra manera crean confusión en esos terrenos. Tomemos, por ejemplo, esta descripción tipo camafeo del panorama de la India, tomada del primer capítulo del autorizado libro del fallecido Prof. D. D. Kosambi, *Ancient India* (La antigua India).

Las diferencias culturales entre los habitantes de la India, incluso en la misma provincia, distrito o ciudad son tan amplias como las diferencias físicas entre las diversas regiones del país. La India moderna produjo en Tagore una figura notable de la literatura mundial. A muy corta distancia de la última residencia de Tagore pueden encontrarse santalos y otros pueblos primitivos analfabetos que todavía no se han percatado de la existencia de Tagore. Algunos de ellos recién salen de la etapa de recolección de alimentos. Un moderno e imponente edificio urbano, un banco, un edificio público, una fábrica, o un instituto científico pueden haber sido diseñados por algún arquitecto europeo o por su discípulo indio. Los infortunados trabajadores que lo construyeron usaron por lo general las herramientas más rudimentarias. Su paga puede haberse efectuado en una suma global pagada a un capataz, que resulta ser, al mismo tiempo, el jefe de la cuadrilla y la cabeza de su clan. Por cierto que estos trabajadores rara vez pueden percatarse de la naturaleza del trabajo que las personas para las que erigieron las estructuras llevan a cabo. Las finanzas, la administración pública, la complicada producción mecanizada de una fábrica, y la misma idea de ciencia están más allá del alcance mental de estos seres humanos que han vivido en la miseria, en la franja de tierras sobrecultivadas o en la selva. La mayoría se ha visto empujada por el hambre de la jungla a terminar siendo la forma más barata de mano de obra para trabajos pesados en la ciudad (pág. 2).

En un mismo lugar, aparece toda una gama de tipos históricos, que van desde el recolector de alimentos, la etapa más rudimentaria de la actividad social, hasta los científicos, que representan el punto más alto del desarrollo humano. Esta inmensa diversidad ha convergido en la construcción de ese instituto científico por métodos que combinan la arquitectura y las instalaciones más modernas con el uso de las herramientas más rudimentarias, una fusión de control capitalista con supervivencias feudales y tribales en el proceso de producción. He aquí una imagen vivida de la importancia del desarrollo desigual y combinado para comprender formas sociales y fenómenos históricos sumamente heterogéneos.

Estos ensayos explican los elementos de esta ley doble y muestran cómo se manifiesta en la historia mundial, en las sucesivas etapas de las revoluciones democrático burguesas y en las revoluciones socialistas del siglo XX.

CAPITULO I

PRINCIPALES TEORIAS DE LA HISTORIA DESDE LOS GRIEGOS HASTA EL MARXISMO

Los materialistas históricos no serían fieles a sus propios principios si no consideraran su método de interpretación de la historia como el resultado de un proceso largo, complejo y contradictorio. La humanidad ha estado haciendo historia durante un millón de años o más, mientras avanzaba desde su condición de primate hasta la era atómica. Sin embargo, una ciencia de la historia capaz de determinar las leyes que rigen nuestras actividades colectivas a través de las épocas es una adquisición relativamente reciente.

Los primeros intentos de obtener una visión de conjunto de la larga marcha de la historia humana, estudiar sus causas y establecer sus sucesivas etapas fueron realizados recién alrededor de dos mil quinientos años atrás. Esta tarea, como tantas otras del campo teórico, fue emprendida originariamente por los griegos.

Tener sentido de la historia es un requisito previo para elaborar una ciencia de la historia. Esta no es una capacidad innata sino cultivada, generada históricamente. La discriminación del paso del tiempo en un pasado, un presente y un futuro bien definidos tiene su origen en la evolución de la organización del trabajo. La percepción humana de la vida como resultado de la acumulación de acontecimientos consecutivos y cambiantes ha adquirido amplitud y profundidad con el desarrollo y la diversificación de la producción social. El calendario no aparece entre los recolectores de alimentos sino en las comunidades agrícolas.

Los pueblos primitivos, desde el salvajismo hasta las etapas superiores del barbarismo, se preocupan tan poco por el pasado como por el futuro. Sus experiencias y lo que hacen forma parte de una historia universal objetiva. Pero ellos permanecen inconscientes del lugar específico que ocupan o del papel que desempeñan en el progreso de la humanidad.

La misma idea de avance histórico de una etapa a la siguiente es desconocida. No tienen ninguna necesidad de investigar sobre las fuerzas motrices de la historia o de destacar las fases del desarrollo social. Su conciencia colectiva no ha alcanzado el punto en que aparece un criterio histórico o una comprensión sociológica.

El bajo nivel de su capacidad productiva, la inmadurez de sus formas económicas, la estrechez de sus actividades y lo magro de su cultura y de sus relaciones se manifiestan en sus criterios sumamente restringidos sobre el curso de los acontecimientos.

Los conocimientos históricos que poseían las mentes primitivas pueden medirse en las siguientes observaciones realizadas por el sacerdote jesuita Jacob Baegert en su *Account of the Aboriginal Inhabitants of the Californian Peninsula* [Descripción de los aborígenes de la Península de California], escrito hace doscientos años. "Ningún californiano está enterado de los acontecimientos que se produjeron en el país antes de su nacimiento, ni siquiera sabe tampoco quiénes fueron sus padres si los ha perdido en su infancia [...] Los californianos [...] creían que California constituía el mundo entero, y que ellos eran sus únicos habitantes; porque no iban hacia nadie y nadie venía a verlos a ellos, manteniéndose cada pequeño pueblo dentro de los límites de su reducido distrito."

En las épocas prehispánicas, notaban sólo un acontecimiento repetido, la cosecha del fruto de la pitahaya. Así, un lapso de tres años era llamado tres pitahayas. "Sin embargo rara vez hacen uso de tales frases, porque casi nunca hablan entre ellos de años, sino que simplemente dicen 'hace mucho' o 'no hace mucho', resultándoles totalmente indiferente si han pasado dos o veinte años desde un determinado acontecimiento."

Hasta varios miles de años atrás, los pueblos daban por sentada su propia organización de relaciones sociales. Les parecía tan fija como el cielo y la tierra y tan natural como sus ojos y orejas. Los primeros pueblos ni siquiera se discriminaban a sí mismos del resto de la naturaleza, ni trazaban una línea definida de demarcación entre ellos mismos y otras criaturas vivientes de su

hábitat. Les llevó mucho tiempo aprender a distinguir entre lo que pertenecía a la naturaleza y lo que pertenecía a la sociedad.

Mientras las relaciones sociales permanecen simples y estables, cambiando con suma lentitud y casi imperceptiblemente durante largos lapsos, la sociedad se funde con la naturaleza. Las experiencias de una generación no difieren mucho de las de otras. Si se rompe la organización familiar, con su tradicional rutina, la familia desaparece, o se reconstruye sobre el viejo modelo. Más aun, las comunidades vecinas, en la medida en que son conocidas (y la familiaridad no se extiende mucho ni en el tiempo ni en el espacio), son muy parecidas. Antes de la llegada de los europeos, el indio norteamericano podía viajar desde el Atlántico hasta el Pacífico, o el nativo de Australia miles de millas, sin encontrarse con tipos de sociedad humana radicalmente diferentes.

En esas condiciones, ni la sociedad en general ni el propio modo de vida es considerado como un objeto peculiar, digno de una atención y un estudio especial. La necesidad de teorizar sobre la historia o el carácter de la sociedad no surge hasta que la civilización ha avanzado bastante y aparecen trastornos repentinos, violentos y trascendentes en las relaciones sociales durante el tiempo de vida de los individuos que entran en la capacidad de recordar de los mayores.

Cuando se salta rápidamente de una forma de estructura social a otra, las viejas formas se destacan en marcado contraste, hasta en conflicto con lo nuevo. Por medio del comercio, los viajes y la guerra, los representantes del sistema social en expansión que están viviendo su construcción o reconstrucción toman contacto con pueblos de costumbres bastante diferentes y que poseen niveles más bajos de desarrollo cultural.

En forma más inmediata, las diferencias notorias en las condiciones de vida dentro de sus propias comunidades y los amargos conflictos entre clases antagónicas inducen a los hombres de pensamiento que tienen los medios para tales prácticas a especular sobre los orígenes de estos conflictos, a comparar las diversas clases de sociedades y gobiernos y a intentar ordenarlos por orden de sucesión o de importancia.

El historiador inglés M.I. Finley plantea algo similar al reseñar tres libros recientes sobre el Antiguo Oriente en el número del 25 de agosto de 1965 de *New Statesman*: "La presencia o ausencia de un 'sentido histórico' no es más que un reflejo intelectual de las amplias diferencias en el propio proceso histórico".

Cita al estudioso marxista Prof. D.D. Kosambi, quien atribuye "la falta total de sentido histórico" de la antigua India al estrecho panorama de la vida aldeana, atada a su modo de producción agrícola. "La sucesión de las estaciones tiene una importancia fundamental, mientras que se puede observar poco cambio acumulativo en la aldea de un año a otro. Esto da la sensación general del 'Oriente Eterno' a los observadores extranjeros."

Los otros pueblos civilizados del antiguo Cercano y Medio Oriente carecían también del sentido de la historia. No hay nada, observa el Prof. Leo Oppenheim, "que atestigüe que los escribas eran conscientes de la existencia de un *continuum* histórico en la civilización mesopotámica". Esto está confirmado por el hecho de que "las más largas y explícitas inscripciones reales asirias (...) eran enclavadas en los cimientos de un templo o un palacio, a buen resguardo del ojo humano y para ser leídas sólo por la deidad a que estaban dirigidas".

La transición de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro en las civilizaciones de Medio Oriente y el Mar Egeo creó entre los años 1100 a 700 antes de la Era Cristiana las condiciones para el surgimiento de un criterio histórico en Occidente. Los reinos y las poblaciones agrícolas comparativamente autosuficientes fueron complementados o suplantados por activos centros comerciales, especialmente en los puertos fenicios y jónicos del Asia Menor. En ellos, las nuevas clases —comerciantes, patrones de barcos, manufactureros, artesanos, navegantes- pasaron a un primer plano y desafiaron a las instituciones, las ideas y el poder de la vieja clase terrateniente. La esclavitud patriarcal se transformó en una institución en que los esclavos eran bienes muebles. Las relaciones mercantiles, el dinero metálico, la deuda hipotecaria, corroyeron las arcaicas estructuras sociales. Las primeras revoluciones democráticas y contrarrevoluciones oligárquicas se incubaron en las ciudades-estado.

Los griegos jónicos que asentaron por escrito las primeras historias verídicas eran socios de los comerciantes, ingenieros, artesanos y viajeros. El pionero de los historiadores occidentales, Hecateo, vivió en la misma ciudad comercial de Mileto que los primeros filósofos y científicos, y adhirió a la misma corriente de pensamiento materialista.

El hecho de asentar la historia por escrito pronto engendró interés por la ciencia de la historia. Una vez que se estableció el hábito de considerar los acontecimientos en secuencia, surgieron los interrogantes: ¿Cómo se desarrolló la historia? ¿Hubo algún modelo discernible en su devenir? Si fue así, ¿cuál fue?, ¿cuáles fueron sus causas?

La primera explicación racional del proceso histórico fue dada por los notables historiadores griegos, desde Herodoto hasta Polibio. Fue la concepción cíclica del movimiento histórico. De acuerdo a este criterio, la sociedad, como así también la naturaleza, pasó por idénticos patrones de desarrollo en ciclos que se repiten periódicamente.

Tucídides, el destacado historiador griego, declaró que había escrito su crónica de las guerras del Peloponeso para enseñar las lecciones que ellas dejaban, porque nuevamente ocurrirían acontecimientos idénticos. Platón enseñaba la doctrina del Gran Año, al final del cual los planetas ocuparían las mismas posiciones que antes y todos los acontecimientos sublunares se repetirían. Esta concepción fue expresada como axioma popular en el *Eclesiastés*: "No hay nada nuevo bajo el sol".

La noción del carácter cíclico de las cuestiones humanas estaba estrechamente ligada a la concepción de un Destino todopoderoso, inescrutable, inflexible, que llegó a reemplazar a los dioses como soberano de la historia. El Destino fue convertido en mito personificado en las Tres Parcas, y luego fue racionalizado por los eruditos como la ley última de la vida. La noción de un trágico destino cósmico, ante el cual el hombre no puede apelar y del cual no puede escapar, pasó a ser el tema principal del drama griego clásico, así como el de las obras históricas de Herodoto. .

Las comparaciones con otros pueblos, o entre los estados griegos en distintas etapas del desarrollo social, económico y político produjeron, junto con los primeros indicios de avance histórico, una historia comparada. Ya por el siglo VIII A. C. el poeta Hesíodo habló sobre la Edad de Cobre que había precedido a la Edad de Hierro. Varios siglos más tarde Herodoto, el primer antropólogo y padre de la Historia, reunió una valiosa información sobre las costumbres de los pueblos del Mediterráneo que vivían en el salvajismo, el barbarismo o la civilización. Tucídides señaló que los griegos habían vivido antes como vivían los bárbaros en su propio tiempo. Platón, en su *República*, *Las Leyes* y otros escritos, y Aristóteles en la *Política*, recopilaron especímenes de diversas formas de gobierno estatal. Les dieron nombres, los clasificaron y los analizaron. Buscaron determinar no sólo el mejor modo de gobierno para la ciudad-estado, sino también el poder de sus formas de desarrollo y las causas de la variación y revolución política.

Polibio, el historiador griego del surgimiento del Imperio Romano, consideraba a éste como un ejemplo inmejorable de las leyes naturales que regulaban la transformación cíclica de una forma de gobierno a otra. Creía, como Platón, que todos los estados pasan inevitablemente por las fases de la monarquía, la aristocracia y la democracia, que degeneran en sus formas conexas de despotismo, oligarquía y olocracia. La generación y degeneración de estas etapas sucesivas de gobierno se debía a causas naturales. "Este es el ciclo regular de las revoluciones constitucionales y el orden natural en que las instituciones cambian, se transforman y retoman a su estado original", escribió.

Así como los pensadores griegos, tanto los materialistas como los idealistas, conocieron y dieron nombres a las formas principales de organización política desde la monarquía hasta la democracia, así dieron origen también a los tipos básicos de interpretación de la historia, que aún perduran.

Fueron los primeros en intentar explicar la evolución de la sociedad en líneas materialistas, no obstante lo rudimentario y torpe de sus esfuerzos iniciales. Los atomistas, los sofistas y las escuelas hipocráticas de medicina presentaron la idea de que el ambiente natural era un factor decisivo para plasmar la humanidad. En sus expresiones extremas, esta corriente de pensamiento reducía los cambios histórico-sociales a los efectos del campo geográfico y a su condicionamiento climático. Polibio escribió: "Nosotros, los mortales, tenemos una tendencia irresistible a ceder a las

influencias climáticas. Esta es la causa, y no otra, del origen de las grandes diferencias que predominan entre nosotros en cuanto a carácter, formación física y complexión, así como es la causa de la mayoría de nuestros hábitos, todo lo cual varía con la nacionalidad y la distancia que nos separa en una misma localidad."

Estos primeros sociólogos enseñaron que la humanidad había ascendido desde el salvajismo hasta la civilización imitando a la naturaleza y mejorando el funcionamiento de la misma. El más agudo exponente de esta concepción materialista de la cultura grecolatina fue Lucrecio, quien hizo un brillante bosquejo de desarrollo de la sociedad en su poema *Sobre la naturaleza de las cosas*.

Entre los pensadores griegos, sin embargo, predominaban los tipos de teorías que han sido desde entonces el latiguillo de los idealistas históricos:

1.- *La teoría de un Gran Dios*. Los más primitivos intentos de explicar el origen y el desarrollo del mundo y la humanidad son los mitos sobre la creación de los pueblos prealfabéticos. Con el que más familiarizados estamos es con el que aparece en el *Génesis*, que atribuye la creación del cielo y la tierra a un Dios Señor que trabajó en base a un plan de seis días. Estas historias fantásticas no tienen ninguna validez científica.

La materia prima para la escritura de la historia verídica fueron los primeros materiales recogidos en las crónicas de los reyes de las civilizaciones de los valles mesopotámicos del Cercano Oriente, la India y la China. La primera concepción sintética de la historia surgió de la fusión de elementos tomados de los viejos mitos de la creación con un examen de estos informes. El resultado fue la versión de la historia del Gran Dios, que afirmaba que las cuestiones humanas y cósmicas eran dirigidas por seres divinos.

Así como los déspotas reinantes dominaban las ciudades-estado y sus imperios, así la voluntad, las pasiones, los planes y las necesidades de los dioses eran las causas últimas de los acontecimientos. El rey es el agente que garantiza la existencia del mundo combatiendo permanentemente con los poderes del caos. Esta teoría teológica fue elaborada por los sumerios, los babilonios y los egipcios antes de caer bajo el dominio de los griegos y los romanos. Fue expuesta en las Escrituras israelitas de donde fueron tomadas y reformuladas por las religiones cristianas y mahometanas y sus estados.

Bajo las monarquías teocráticas de Oriente, la guía divina de las cuestiones humanas fue recubierta con la naturaleza deiforme del rey-sacerdote. En Babilonia, Egipto, el Imperio Alejandrino y Roma, la suprema fuerza gobernante del universo y el gobernante fuerte del reino eran considerados como igualmente divinos. El Gran Dios y el Gran Hombre eran uno mismo.

2.- *La teoría del Gran Hombre*. El criterio teológico absoluto de la historia es demasiado tosco y candoroso, está demasiado cerca del animismo primitivo, demasiado en conflicto con la ilustración civilizada, para persistir sin crítica ni cambio excepto entre los más ignorantes y devotos. Ha sido suplantado por versiones más refinadas.

La teoría del Gran Hombre surgió de una disociación de los componentes duales de la teoría del Gran Dios. Los inmensos poderes atribuidos a los dioses se concentraron en alguna figura que encabezaba el estado, la iglesia u otra institución o movimiento clave. Este personaje, que ocupaba una posición excepcional, estaba supuestamente dotado de la capacidad para plasmar los acontecimientos a su voluntad. Este es el origen de la persistente creencia de que hay individuos inusualmente influyentes y capaces que determinan el curso de la historia.

La adoración fetichista al Gran Hombre ha pasado de los períodos de los reyes-dioses de la Mesopotamia a la adoración a un Hitler. Ha tenido numerosas encarnaciones, según los valores adjudicados en distintos momentos por distintos pueblos a los diversos terrenos de la actividad social. En la Antigüedad éstos abarcaron desde el monarca divino, el tirano, el legislador (Solón), el conquistador militar (Alejandro), el dictador (César), el emancipador-héroe (David), el líder religioso (Cristo, Buda, Mahoma). Todos estos varones —a las mujeres no se les concedía tal preeminencia en las sociedades patriarcales— eran ubicados en el sitial del Todopoderoso como causas primeras de la historia.

El más celebrado exponente de este criterio en nuestra era fue Thomas Carlyle, quien escribió: "La Historia Universal, la historia de lo que el hombre ha realizado en este mundo, es en el fondo la Historia de los Grandes Hombres que aquí han trabajado".

3.- *La teoría de la Gran Mente.* Una variante filosófica más sofisticada de la línea de pensamiento del Gran Dios-Hombre es la noción de que existe una fuerza ideal que arrastra o impulsa la historia para llevar a cabo sus fines concebidos de antemano. El griego Anaxágoras decía: "La Razón (*Nous*) gobierna el mundo". Aristóteles sostenía que el motor original del universo, y por lo tanto el impulsor esencial de todo lo que éste contiene, era Dios, quien era definido como una mente dedicada a pensar sobre sí misma.

Hegel fue el más moderno exponente de la teoría de que el progreso de la humanidad consistía en concebir y consumir una idea. Escribió: "El Espíritu, o la Idea, es el único principio motriz de la historia". El objetivo del Espíritu del Mundo, el resultado de su laborioso desarrollo, fue la realización de la idea de libertad.

De la teoría de la Gran Mente se pasa con facilidad a la noción de que un grupo de brillantes intelectos, o incluso un genio, constituye la fuente principal del progreso humano. Platón enseñaba que existen "algunas naturalezas que deberían estudiar filosofía y ser líderes del estado; y otras que no han nacido para filósofos y están destinadas a ser seguidores antes que líderes".

Así, algunos racionalistas del siglo XVIII que creían que "la opinión gobierna a la humanidad" esperaban de un monarca iluminado que introdujera la necesaria reconstrucción progresiva del estado y la sociedad. Una manifestación más difundida de este enfoque opone a la chusma no pensante un estrato superior de la población como el modelo de la razón, que es el único al que puede serle confiado el liderazgo y el poder político.

4.- *La teoría del Mejor Pueblo.* Todas estas interpretaciones están imbuidas del prejuicio de que alguna élite, la Mejor Raza, la nación favorecida, la clase gobernante, hace la historia por sí misma. El Antiguo Testamento daba por sentado que los israelitas eran el pueblo elegido por Dios. Los griegos se consideraban el pináculo de la cultura, superiores en todos los aspectos a los bárbaros. Platón y Aristóteles consideraban a la aristocracia dueña de esclavos como naturalmente superior a las clases bajas.

5.- *La teoría de la Naturaleza Humana.* Más persistente es el criterio de que la historia ha sido determinada por las cualidades de la naturaleza humana, buena o mala. La naturaleza humana, como la naturaleza misma, era considerada fija e inalterable a través de las generaciones. La tarea del historiador era demostrar cuáles eran los rasgos invariables del carácter humano, cómo el curso de la historia los ejemplificaba y cómo la estructura social estaba moldeada o debía ser remodelada en concordancia con ellos. Tal definición de la naturaleza humana fue el punto de partida para la teorización social de Sócrates, Platón y Aristóteles y otros grandes idealistas.

Pero también ha de encontrársela en la filosofía social y política de las más diversas escuelas. Así, el empirista David Hume afirma categóricamente en *Ensayo sobre el entendimiento humano*: "La humanidad es hasta tal punto la misma, en todo tiempo y lugar, que la Historia no nos informa de nada nuevo o extraño en ese particular. Su utilidad principal es tan sólo descubrir los principios constantes y universales de la naturaleza humana".

Muchos de los pioneros de las ciencias sociales del siglo XIX se aferraron a esta vieja doctrina de "los principios constantes y universales de la naturaleza humana". Por ejemplo E.B. Tylor, el fundador de la antropología británica, escribió en 1889: "Las instituciones humanas, como rocas estratificadas, se suceden unas a otras en series substancialmente uniformes por todo el globo, independientes de lo que parece ser las diferencias comparativamente superficiales de raza y lenguaje, pero conformadas por una naturaleza humana similar".

Aunque pueden haber sostenido opiniones diferentes sobre cuáles eran las cualidades esenciales de la humanidad, tanto los pensadores idealistas como los materialistas han apelado a los principios permanentes de la naturaleza humana para explicar los fenómenos sociales e históricos. Así, como M.T. Finley nos dice en su introducción a *Los historiadores griegos*, el

materialista Tucídides creía que "la naturaleza humana y el comportamiento humano eran [...] cualidades esencialmente fijas, las mismas en un siglo o en otro".

Durante muchos siglos después de los griegos, la comprensión científica del mecanismo de la historia avanzó poco. Bajo el cristianismo y el feudalismo la concepción teológica de que la historia era la expresión del plan de Dios monopolizó la filosofía social. En contraste con el estancamiento de la ciencia en Europa Occidental, los musulmanes y los judíos llevaron adelante tanto las ciencias sociales como las naturales. El estudioso más original de los procesos sociales entre los antiguos y los modernos fue el pensador del siglo XIV Ibn Khaldun, del Magreb, quien analizó el desarrollo de las culturas mahometanas y los orígenes de sus instituciones típicas en la forma más materialista de su época. Este eminente estadista musulmán fue muy probablemente el primer erudito que formuló una concepción clara de la sociología, la ciencia del desarrollo social. Lo hizo en nombre del estudio de la cultura.

Escribió: "La historia es el registro de la sociedad humana o de la civilización mundial; de los cambios que ocurren en el carácter de esa sociedad, tales como el salvajismo, la sociabilidad y la solidaridad grupal; de las revoluciones y levantamientos de un grupo de gente contra otro, con los reinos y estados resultantes con sus diversos rangos; de las diferentes actividades y ocupaciones de los hombres, ya sea para ganarse la vida en las diversas ciencias y artes; y, en general, de todas las transformaciones que sufre la sociedad por su misma naturaleza".

El siguiente gran avance en la comprensión científica de la historia llegó con el surgimiento de la sociedad burguesa y el descubrimiento de otras regiones del globo, que trajo aparejada su expansión comercial y naval. En sus conflictos con la jerarquía feudal gobernante y la Iglesia, los voceros intelectuales de las fuerzas burguesas progresivas redescubrieron y reafirmaron las ideas de lucha de clases que plantearon por primera vez los griegos, e instituyeron comparaciones históricas con la antigüedad para reforzar sus reivindicaciones. Sus nuevos criterios revolucionarios exigían no sólo una visión más amplia del mundo, sino un sondeo más profundo de los mecanismos del cambio social.

Osados representantes del pensamiento burgués, tales como Maquiavelo y Vico en Italia, Hobbes, Harrington, Locke y los economistas clásicos en Inglaterra, Adam Ferguson en Escocia, y Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Holbach y otros en Francia, ayudaron a preparar una imagen más realista de la sociedad y una comprensión más rigurosa de sus modos y etapas de desarrollo.

En un plano mucho más elevado del desarrollo social y científico, el pensamiento histórico desde el siglo XVII al XIX tendió a polarizarse, como en Grecia, entre las corrientes idealista y materialista. Ambas escuelas de pensamiento estaban animadas de un objetivo común. Sostenían que la historia tenía un carácter inteligible y que era posible determinar la naturaleza y el origen de sus leyes.

Los intérpretes teológicos, como el obispo Bossuet, continuaron viendo a Dios como el conductor de la procesión histórica. Aunque la mayoría de los otros pensadores no discutía que la divina providencia plasmaba en última instancia el curso de los acontecimientos, estaban mucho más preocupados por el funcionamiento terrenal de la historia.

Giambattista Vico de Nápoles fue el gran pionero entre estos pensadores. Afirmó al comienzo del siglo XVIII que debido a que la historia, o "el mundo de las naciones", había sido creada por los hombres, sus artífices podían comprenderla. Señalaba que los fenómenos sociales y culturales pasaban por una secuencia regular de etapas que tenía un carácter cíclico. Insistía en que "el orden de las ideas debe seguir al orden de las cosas" y que el "orden de las cosas humanas" era "primero los bosques, luego las chozas, de allí la aldea, luego las ciudades y finalmente las academias". Su "Nueva Ciencia" de la historia buscaba descubrir y aplicar "los principios eternos y universales [...] en los cuales se basaron todas las naciones, y que todavía conservan". En su interpretación de la historia, Vico puso en el tapete la lucha de clases, especialmente en el período heroico en que estaba representada por el conflicto entre los plebeyos y los patricios de la antigua Roma.

Los materialistas que sucedieron a Vico en Europa occidental buscaron en comarcas muy diferentes los "principios universales y eternos" que determinaban la historia. Pero ninguna escuela

dudaba de que la historia, como la naturaleza, estaba sujeta a leyes generales que el filósofo de la historia estaba obligado a encontrar.

El pensamiento clave de los materialistas ingleses y franceses de los siglos XVII y XVIII era que los hombres eran producto de su medio natural y social. Como lo expresaba Charles Brockden Brown, un novelista norteamericano de comienzos del siglo XIX: "Los seres humanos son moldeados por las circunstancias en que se encuentran". De acuerdo con este principio, ellos acudían a las realidades objetivas de la naturaleza y la sociedad para explicar el proceso histórico.

Montesquieu, por ejemplo, consideraba a la geografía y al gobierno como determinantes gemelos de la historia y la sociedad. El factor físico fue más influyente en las primeras y más primitivas etapas de la existencia humana, aunque su efecto jamás desapareció; el factor político pasó a ser más dominante a medida que avanzaba la civilización.

Montesquieu y los demás materialistas de esa época no tomaban en cuenta las condiciones económicas que se alzaban entre la naturaleza y las instituciones políticas. La base económica de los sistemas políticos y las luchas de las clases contrincantes que surgían de las contradicciones económicas estaban más allá de su campo visual.

A través de sus estudios de las revoluciones inglesa y francesa, los historiadores franceses de comienzos del siglo XIX adquirieron una comprensión más profunda de la forma en que la economía condiciona el proceso histórico. Observaron que la Revolución Francesa recorría un ciclo completo que había comenzado con el derrocamiento de la monarquía absolutista, pasaba por el régimen revolucionario de Robespierre y la dictadura militar-burguesa de Napoleón, y finalizaba con la restauración de los Borbones. A la luz de estas vicisitudes, comprendieron el rol crucial que desempeñan las luchas de clases para impulsar la historia y señalaron los arrolladores cambios en la posesión de la propiedad como la causa primordial de los trastornos sociales. No obstante, no fueron capaces de revelar las determinantes de una reconstrucción y restitución de las relaciones de propiedad, así como de las formas políticas.

Muchos filósofos importantes de la era burguesa tenían una concepción materialista de la naturaleza y de las relaciones de los hombres con el mundo que los rodeaba. Pero ninguno de ellos logró elaborar una concepción materialista consecuente y amplia de la sociedad y de la historia. En un punto determinado de su análisis se apartaban de las premisas y procedimientos materialistas, atribuyendo los factores causales últimos a la naturaleza humana, a un intelecto humano de visión amplia, o a un gran individuo.

¿A qué se debía su desviación hacia explicaciones no materialistas en las áreas de determinación histórica y social? Como pensadores burgueses, estaban limitados por el horizonte capitalista. Mientras la burguesía ascendente estaba en camino a la supremacía, sus ideólogos más iluminados mantenían un apasionado y persistente interés en penetrar profundamente en las realidades económicas, sociales y políticas. Una vez que la burguesía consolidó su posición como clase gobernante, sus ideólogos no tuvieron el valor de continuar penetrando hasta el fondo de los procesos sociales y políticos. Se volvieron cada vez más perezosos y cortos de vista en los campos de la sociología y la Historia, porque el descubrir las causas de los cambios en esos terrenos no podía menos que amenazar la continuación de la dominación capitalista.

Una de las barreras para un estudio serio de la ciencia social era el supuesto tácito de que la sociedad burguesa y sus instituciones corporizaban la máxima forma asequible de organización social. Todas las sociedades anteriores conducían a ese punto y se detenían allí. Aparentemente no había una salida progresiva del sistema capitalista. Es por eso que los ideólogos de la burguesía inglesa, desde Locke hasta Ricardo y Spencer trataron de acomodar sus concepciones del significado de todos los fenómenos sociales a las categorías y relaciones de ese orden transitorio. Esta estrechez hacía que les fuera igualmente difícil descifrar el pasado, llegar al fondo del presente y prever el futuro.

Una cantidad de teóricos, desde Leibnitz a Fichte, promovieron diversas interpretaciones idealistas de la historia. Hegel fue quien completó sus trabajos. En las primeras décadas del siglo XIX, Hegel revolucionó el modo de entender la historia mundial; la suya fue la perspectiva histórica más amplia de la era burguesa. Sus contribuciones pueden resumirse de la siguiente manera:

1.- Hegel enfocaba todos los fenómenos históricos desde el punto de vista de su evolución, considerándolos como momentos, elementos, fases, en un único proceso creativo, acumulativo, progresivo e incesante de llegar a ser.

2.- Debido a que el mundo que lo rodeaba, al que él llamaba "Idea Objetiva", era la obra del hombre, él, como Vico, estaba convencido de que podía ser explicado por la mente inquisitiva.

3.- Concebía la historia como un proceso *universal* en el cual todas las formaciones sociales, las naciones y las personas tenían su lugar adecuado pero subordinado. Ningún estado o pueblo aislado dominaba la historia mundial: cada uno sería juzgado por su rol en el desarrollo de la totalidad.

4.- Afirmaba que el proceso histórico era esencialmente racional. Este tenía una lógica interna que se desenvolvía de acuerdo a leyes definidas por el proceso dialéctico. Cada una de las etapas del todo era un producto necesario de las circunstancias de su tiempo y lugar.

5.- Cada uno de los elementos esenciales de cada etapa se aglutinaban como componentes de un todo unificado que expresaba el principio dominante de su era. Cada etapa realizaba su propia contribución original al avance de la humanidad.

6.- La verdad sobre la historia es concreta. Como escribió el pensador ruso Chernishevski: "Cada objeto, cada fenómeno, tiene su significación propia y debe ser juzgado de acuerdo a las circunstancias, el medio ambiente, en el cual existe [...] Un juicio preciso puede ser pronunciado sólo sobre un hecho preciso, luego de examinar todas las circunstancias de las que depende".

7.- La historia cambia de manera dialéctica. Cada etapa del desarrollo histórico ha tenido suficientes razones para llegar a producirse. Tiene una conformación contradictoria, que surge de tres elementos diferentes. Estos son los logros duraderos heredados de sus predecesores, las condiciones especiales necesarias para su propio mantenimiento, y las fuerzas antagónicas que trabajan dentro de ella. El desarrollo de los antagonismos internos le aporta dinamismo y genera su crecimiento. La agudización de las contradicciones lleva a su desintegración y a su eventual desplazamiento por una forma antitética y superior que se origina en ella mediante un salto revolucionario.

8.- Así, todos los niveles de organización social están enlazados en una serie dialécticamente determinada desde lo inferior a lo superior.

9.- Hegel puso sobre el tapete la verdad profunda desarrollada luego por el materialismo histórico de que el trabajo es impuesto al hombre como consecuencia de sus necesidades y de que el hombre es el producto histórico de su propio trabajo.

10.- La historia está repleta de ironía. Tiene una lógica objetiva total que desorienta a sus más poderosos partícipes y organizaciones. Aunque los jefes de estado apliquen políticas precisas y los pueblos y los individuos conscientemente persigan sus propios objetivos, la realidad histórica no se corresponde con sus propios planes. El curso y el resultado de la historia están determinados por necesidades internas independientes de la voluntad y la conciencia de cualquiera de sus agentes institucionales o personales. El hombre propone... y la necesidad histórica de la Idea dispone.

11.- El resultado de la historia es el crecimiento de la libertad racional. La libertad del hombre no proviene de su intervención arbitraria, voluntaria, en los acontecimientos sino de la creciente percepción de las necesidades de los procesos contradictorios objetivos universales del llegar a ser.

12.- Las necesidades de la historia no son siempre las mismas; se transforman en sus opuestos a medida que una etapa sucede a la otra. En realidad, el conflicto entre las necesidades inferiores y las superiores es el generador del progreso. Una necesidad mayor y creciente trabaja dentro del orden existente, anulando las condiciones que lo sustentan. Esta necesidad se mantiene privando a la necesidad presente de sus razones de existencia, se expande a su costa, la vuelve obsoleta y eventualmente la desplaza.

13.- No sólo cambian las formaciones sociales y sus principios dominantes específicos de una etapa a la siguiente, sino que también lo hacen las leyes específicas del desarrollo.

Este método de interpretación de la historia era mucho más correcto, generalizador y profundo que cualquiera de sus predecesores. Sin embargo adolecía de dos fallas imposibles de eliminar. Primero, era incurablemente idealista. Hegel concebía la historia como el producto de principios abstractos que representaban distintos grados de la contienda incesante entre la servidumbre y la libertad. La libertad del hombre se realizaba gradualmente por el desarrollo dialéctico de la Idea Absoluta.

Tal lógica de la historia era una versión intelectualizada de la noción de que Dios dirige el universo y que la historia es la realización de Su designio, que en este caso es la libertad de la humanidad. Tal como lo visualizaba Hegel, la libertad no se realizaba mediante la emancipación de la humanidad de las condiciones sociales opresivas sino por la derrota de ideas falsas, inadecuadas.

Segundo, Hegel cerraba las puertas a un desarrollo ulterior de la historia, ya que veía su culminación en el reino alemán y en la sociedad burguesa de su propia época. El exponente de una historia universal e incesante llegaba a la conclusión de que su agente definitivo era el estado nacional, un producto característico de su fase burguesa. ¡Y en su forma monárquica, modificada por una constitución! Confundió una creación transitoria de la historia por su corporización definitiva y perfecta. Poniendo así límites al proceso del llegar a ser, violaba el principio fundamental de su propia dialéctica.

Estos defectos le impidieron a Hegel alcanzar la verdadera naturaleza de las relaciones sociales y las causas principales del cambio social. Sin embargo, los resultados trascendentales de su percepción de los mecanismos internos de los procesos han influido en todo el pensamiento y los escritos subsiguientes sobre Historia. Con las indispensables revisiones, han sido incorporados a la estructura del materialismo histórico.

Hegel, el dialéctico idealista, fue el primer teórico del proceso evolutivo. Los pensadores e historiadores sociales franceses llevaron la comprensión materialista de la historia de la sociedad tan lejos como podían en su propio tiempo. Pero aun dentro de sus propios campos, ambos se quedaron cortos. Hegel no pudo aportar una teoría satisfactoria de la evolución social, y los materialistas no penetraron hasta las fuerzas básicas que mueven la historia.

No fue hasta que los elementos válidos de estas dos líneas contradictorias de pensamiento confluyeron en las mentes de Marx y Engels a mediados del siglo XIX que se presentó una concepción de la historia basada en el desarrollo dialéctico de las condiciones materiales de la existencia social desde el surgimiento del hombre primitivo hasta la vida contemporánea.

Todos los diversos tipos de explicación histórica acumulados en la evolución del pensamiento del hombre sobreviven en la actualidad. Ninguno ha estado permanentemente enterrado, por más caduco, inadecuado o científicamente incorrecto que fuera. Las más viejas interpretaciones pueden ser revividas y pueden reaparecer con ropaje moderno para servir a alguna necesidad o a algún estrato social.

¿Qué nación burguesa no ha proclamado en tiempo de guerra que "Dios esta de nuestra parte"? La teoría del Gran Hombre se pavoneaba bajo la svástica. Spengler en Alemania y Toynbee en Inglaterra ofrecen sus versiones del camino cíclico de la historia. La escuela de geopolítica hace de las condiciones geográficas la determinante fundamental de la historia moderna.

La Alemania nazi, la Sud África de Verwoerd y los supremacistas blancos del Sur exaltan la raza superior como dictadora de la historia. La concepción de que la naturaleza humana debe ser la base de la estructura social es la última trinchera de los oponentes al socialismo así como el punto de partida para el socialismo utópico del psicoanalista norteamericano Erich Fromm y otros.

Finalmente, la noción de que la razón es la fuerza motriz de la historia es compartida por toda suerte de sabios. El antropólogo norteamericano Alexander Goldenweiser afirmó en *Early Civilization* [Civilización Primitiva]: "Así la totalidad de la civilización, si se la sigue paso a paso hacia atrás, se podría reducir, en última instancia, a trozos de ideas en las mentes de los individuos". Aquí ideas e individuos son los factores creativos de la historia.

Al describir su filosofía, el pensador italiano Croce escribió: "La Historia es el registro de las creaciones del espíritu humano en cada terreno, tanto teórico como práctico. Y estas creaciones espirituales están siempre en los corazones y mentes de los hombres de genio, los artistas, los pensadores, los hombres de acción, los reformadores morales o religiosos". Esta posición combina el idealismo con el elitismo, los genios que usan el espíritu, o la minoría creadora, como el agente que redime a las masas.

Estos diversos elementos de la interpretación histórica pueden aparecer en combinaciones sumamente incongruentes en un país, corriente de pensamiento o en una mente individual determinada. El estalinismo ha aportado el ejemplo más sorprendente de tal síntesis ilógica. Los adeptos al "culto a la personalidad" buscaron fundir las tradiciones y las concepciones del marxismo, la más moderna y científica de las filosofías, con la arcaica versión del Gran Hombre del proceso histórico contemporáneo.

Excepto en la China maoísta, esta extraña e insostenible amalgama de ideas ya se ha derrumbado. Sin embargo demuestra cómo el pensamiento generalizado sobre el proceso histórico puede hacer una regresión luego de haber dado un inmenso salto adelante. La historia de la ciencia histórica prueba a su modo que el progreso no es igual o persistente a través de la "historia. Tucídides, el narrador de las guerras del Peloponeso en el siglo IV antes de Cristo, tenía una concepción mucho más realista sobre la Historia que San Agustín, el exaltador de la Ciudad de Dios, en el siglo IV de nuestra era.

El marxismo ha incorporado a su teoría del desarrollo social los descubrimientos verificados de la moderna investigación científica así como los resultados de la percepción profunda de sus predecesores filosóficos, ya sean materialistas, idealistas, o eclécticos, que hayan resultado válidos. Actuar de otro modo sería burlarse del mandato de su propio método, que enseña que cada escuela de pensamiento, cada etapa del conocimiento científico, es el producto de estudios anteriores, modificado y a veces revolucionado por las condiciones predominantes. La indagación científica de la historia y la sociedad, como el proceso de la historia misma, ha dado resultados positivos, permanentes y progresivos.

Al mismo tiempo, el marxismo rechaza todas las versiones de teorías anticuadas que no han podido aportar una explicación adecuada o correcta de los orígenes y la evolución de la sociedad. No niega que el idealismo histórico contiene importantes ingredientes de verdad y que ha habido momentos en que ha sido históricamente progresivo. Su avance, a partir de los griegos, ha ido desde el cielo a la tierra, de Dios al hombre, de lo imaginario a lo real. Los individuos influyentes o insignificantes, y las ideas, innovadoras o tradicionales, son esenciales a la sociedad; sus roles en el proceso histórico deben tomarse en cuenta.

Los idealistas prestan atención a estos factores y eso es correcto. Donde se equivocan es en adjudicarles una importancia decisiva en el proceso total de la determinación histórica. Su método limita sus análisis a las capas externas de la estructura social y de este modo se quedan en la superficie de los acontecimientos. La ciencia debe ahondar en el núcleo central de la sociedad, donde trabajan las fuerzas reales que determinan la dirección de la historia.

El materialismo histórico se aparta del Director Divino, del Gran Hombre, de la Mente Universal, del Genio Intelectual, de la Elite y de una Naturaleza humana inmutable para dar su explicación de la historia. La formación, reforma y transformación de las estructuras sociales durante el último millón de años no puede entenderse recurriendo a ningún ser sobrenatural, a factores ideales, a mezquinas causas personales o a causas invariables.

Dios no creó el mundo ni ha supervisado el desarrollo de la humanidad. Por el contrario, el hombre creó la idea de los dioses como una fantasía para compensar la falta de un verdadero control de las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad. El hombre se hizo a sí mismo actuando sobre la naturaleza y cambiando sus elementos para satisfacer sus necesidades mediante el trabajo. El hombre se ha abierto camino en el mundo. El desarrollo posterior y la diversificación del proceso de trabajo desde el salvajismo a nuestra civilización actual han continuado transformando sus aptitudes y sus características.

La historia no es la hazaña de individuos sobresalientes, por más poderosos y dotados que sean o por más estratégicamente ubicados que estén. Ya en la Revolución Francesa, Condorcet protestó contra este estrecho criterio elitista, que hace caso omiso tanto de lo que mueve a la masa de los seres humanos como de la forma en que las masas y no los jefes hacen la historia. Escribió: "Hasta ahora, la historia de la política, como la de la filosofía o la de la ciencia, ha sido la historia de sólo unos pocos individuos: eso que realmente constituye la raza humana, la vasta masa de familias que viven en gran parte de los frutos de su labor, ha sido olvidada, y aun aquellos que ejercen profesiones públicas y trabajan no para sí sino para la sociedad, los que se dedican a la enseñanza, a gobernar, a proteger o a curar a otros, sólo los líderes han concitado la atención del historiador".

El marxismo construye sobre esta concepción de que la historia es el resultado de las acciones colectivas de las multitudes, del esfuerzo de las masas que se extiende durante largos períodos en el marco de las capacidades productivas que han recibido y ampliado, y dentro de los modos de producción que han creado, vigorizado y revolucionado. No son las élites sino el conjunto del pueblo el que ha sustentado la historia, le ha impartido una nueva dirección en los momentos críticos y ha elevado la humanidad paso a paso.

Las ideas preconcebidas no han generado la historia ni han guiado su curso. Los sistemas sociales no han sido construidos por arquitectos, plano en mano. La historia no ha procedido de acuerdo a ningún plan. Las formaciones socioeconómicas han surgido de las fuerzas productivas disponibles; sus miembros han establecido sus relaciones, costumbres, instituciones e ideas de acuerdo con su organización del trabajo.

La naturaleza humana no puede explicar el curso de los acontecimientos o las características de la vida social. Los cambios en las condiciones de vida y de trabajo son la razón fundamental del hacer y rehacer de la naturaleza humana.

En la introducción a la edición inglesa de *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels definió el materialismo histórico como "ese criterio sobre el curso de la historia que busca la causa última y la gran fuerza motriz de todos los acontecimientos históricos en el desarrollo económico de la sociedad, en los cambios de los modos de producción e intercambio, en la consiguiente división de la sociedad en diferentes clases, y en las luchas de estas clases entre sí".

Estos son los principios de los cuales deriva la teoría marxista del proceso histórico. Proviene de dos milenios y medio de indagar en las leyes de la actividad humana y del desarrollo social. Representan su más válidas conclusiones. El materialismo histórico es en sí mismo el producto sintético de hechos e ideas elaborados históricamente, que tienen su raíz en la economía y que alcanzan el fruto esperado en la ciencia de la sociedad.

CAPITULO II

LA PERSPECTIVA DE LA HISTORIA

Cómo llegó la humanidad a la civilización

Es mi intención trazar en primer término la línea principal del desarrollo humano desde nuestros remotos antepasados animales hasta el presente, en que la humanidad se ha convertido en el amo de la tierra, aunque todavía no sea el amo de sus propias creaciones, y mucho menos de su propio sistema social. Luego trataré sobre el curso central de la evolución en ese segmento específico de la sociedad que ocupa la mayor parte de América del Norte y representa la forma más desarrollada de sociedad capitalista.

Trataré de mostrar no sólo cómo nuestra historia nacional está relacionada con el desarrollo mundial, sino también cómo nosotros, colectiva e individualmente, formamos parte del cuadro. Esta es una empresa amplia y audaz, una suerte de viaje a propulsión a chorro a través de la estratosfera de la historia mundial. Nos vemos forzados a ello por la urgencia de entender todo el vasto abanico de acontecimientos y comprender cuál es nuestro lugar específico en ellos, así como por la misma dinámica de la teoría científica en sociología, que tiene su más alta expresión en el marxismo. El movimiento basado sobre el socialismo científico, que se prepara muy enérgicamente para el futuro, debe igualmente sondear muy profundamente en el pasado.

Comenzaré por la historia política de un individuo. En enero de 1935, apareció un libro que sentaba el estilo para una serie de informes reflexivos sobre las tendencias de nuestros tiempos. Tuvo una considerable influencia sobre los intelectuales radicalizados de nuestro país hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Ese libro, *Historia personal*, fue escrito por Vincent Sheean. Esta autobiografía fue un serio esfuerzo por indagar adonde se dirigía la historia de su generación y cuál debería ser su actitud hacia su corriente principal y las contracorrientes.

Sheean contaba cómo había comenzado como un estudiante ignorante en la Universidad de Chicago al final de la Primera Guerra Mundial. Conocía tan poco sobre las fuerzas fundamentales que trabajan en el mundo como millones como él lo ignoran hoy, millones que están encerrados en el mismo provincialismo. Como él señalaba:

El sistema burgués hacía todo lo posible por aislar a sus criaturas del conocimiento de los procesos del desarrollo humano, y en mi caso había tenido un éxito admirable en sus propósitos. Pocos hotentotes o habitantes de las Islas del Mar del Sur podrían haber estado tan poco preparados para la vida en el gran mundo como yo a los veintiún años.

Este norteamericano inocente fue al extranjero como periodista y aprendió de los grandes acontecimientos de la década del veinte. Observó los efectos de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa; presenció las conmociones del Cercano Oriente, Marruecos y Palestina, precursoras de los más vastos disturbios coloniales al cabo de la Segunda Guerra Mundial. También fue testigo y jugó un rol incidental en la derrotada segunda revolución china de 1926. El colapso económico del capitalismo en 1929 y la expansión del fascismo en Europa coronaron sus experiencias.

Estos trastornos sacudieron a Sheean de su sopor, le abrieron los ojos y lo impulsaron hacia el marxismo y el movimiento socialista revolucionario. Fue arrastrado por el torrente tumultuoso de esa primera etapa de la bancarrota de la civilización capitalista, y comenzó a reconocerla como tal. Los grandes acontecimientos sociales, económicos y políticos dejaron al descubierto la decadencia de las ideas que le habían impartido sobre el mundo en su educación de clase media en el Medio Oeste y lo impulsaron a descartarlas.

Sheean encontró en el marxismo la explicación más convincente de los procesos de desarrollo social y las causas de los acontecimientos de su propia era. Se sintió inspirado por la posibilidad que brinda el marxismo de contestar a la pregunta que acosa a todo ser pensante: ¿Qué relación

tiene mi propia vida con aquellos que me han precedido en esta tierra, todos mis contemporáneos, y las incalculables generaciones que me seguirán?

Las consideraciones científicas, políticas y morales se combinaron para atraerlo a la ciencia del movimiento socialista. Admiraba el marxismo, señalaba, porque toma "una perspectiva de largo alcance". Esta no es una frase que acuñó él; la tomó prestada de un participante en la lucha. Los marxistas, observó, se guían o deben guiarse no por perspectivas parciales y consideraciones episódicas, sino por el panorama más amplio posible sobre el espectro de la evolución biológica y el logro humano.

La síntesis totalizadora de la historia que ofrecía el marxismo contrastaba agudamente con la perspectiva sumamente limitada que él había recibido en el Medio Oeste. El interior de los Estados Unidos contaba con los más modernos adelantos tecnológicos, pero estaba dominado por ideas sumamente anticuadas sobre la evolución social.

Sheean había captado uno de los rasgos sobresalientes de ese sistema de pensamiento que lleva el nombre de su creador. Karl Marx. El socialismo científico provee la doctrina más coherente, multifacética y de más largo alcance sobre la evolución y la revolución. "La perspectiva amplia" que presenta es la marcha de la humanidad vista en toda su extensión, su realidad actual y sus consecuencias finales, en la medida en que las limitaciones actuales lo permiten.

¿Cuál era esta perspectiva que atrajo a Vincent Sheean y a tantos millones antes y después de él? ¿Qué puede enseñarnos una reseña del proceso de evolución, analizado por métodos marxistas, sobre la forma en que cambian las cosas en este mundo?

Podemos individualizar cuatro momentos críticos en el proceso de la evolución. El primero fue la aparición de nuestro planeta alrededor de tres o cuatro mil millones de años atrás. El segundo fue el surgimiento de la vida en la forma de organismos simples, unicelulares, alrededor de dos mil quinientos millones de años atrás. (Estas son sólo fechas aproximadas, pero aceptadas en general por el conjunto de los científicos en la actualidad). El tercero fue la aparición de los primeros animales vertebrados alrededor de cuatrocientos a quinientos millones de años atrás. El último fue la creación de la humanidad, aproximadamente en el último millón de años.

Examinemos el tercer gran capítulo de esta reseña histórica: las primeras especies de peces. El Museo norteamericano de Historia Natural ha preparado un cuadro donde aparecen las principales etapas de la evolución orgánica desde el primer pez hasta los seres humanos actuales, la forma más perfeccionada de criaturas mamíferas. La espina dorsal introducida por los peces fue una de las estructuras básicas para una mejor evolución posterior.

El *Astraspis*, como se denomina a uno de los primeros especímenes, vivió en la era paleozoica cerca de Canon City, Colorado, donde se encontraron sus escamas en depósitos de deltas. Este norteamericano nativo de hace cuatrocientos a quinientos millones de años fue muy revolucionario para su época. He aquí lo que una conocida autoridad, Bryan Curtis, dice sobre este progreso en "La historia del pez":

Un animal con espina dorsal no nos parece extraño en nuestros días. Pero en el momento en que apareció el primer pez sobre la tierra, lo que por los informes geológicos sabemos que ocurrió más o menos quinientos millones de años atrás, debe de haber parecido una cosa milagrosa. Era el mismísimo último modelo en diseño animal, un radical, casi podría decirse un experimento temerario, de esa fuerza que nosotros encontramos conveniente personificar como Madre Naturaleza, ¿En qué consistía su "radicalismo"?

Porque ninguna criatura había sido hecha jamás con las partes duras en su interior en vez de en su exterior. Podría decirse que la Naturaleza había enloquecido, había abandonado todos sus métodos anteriores y de la noche a la mañana había producido algo absolutamente nuevo y de lo cual jamás se había oído.

Aunque el pez retuvo algo de su vieja caparazón externa, lo que fue decisivo desde el punto de vista de la evolución fue su adquisición de la espina dorsal. Esto convirtió al pez en una criatura básicamente distinta a cualquier otro ser viviente hasta ese momento. Así, este nuevo tipo

vertebrado *surgió del viejo y lo superó*. Pero esto no es todo. Pasó luego a conquistar nuevas regiones para su existencia y actividad. La característica más revolucionaria del pez fue que se convirtió en el punto de partida para toda la jerarquía de criaturas vertebradas que ha culminado en el hombre actual.

Estos primeros peces vertebrados avanzaron posteriormente convirtiéndose en anfibios (que vivían tanto en el agua como en tierra), luego en reptiles, y finalmente constituyeron la nueva rama de criaturas de sangre caliente: las aves y los mamíferos. La humanidad es el punto culminante del desarrollo mamífero. Hasta este punto todas las autoridades científicas están de acuerdo.

Pero estas ideas y hechos, tan comunes hoy, fueron los pensamientos subversivos de ayer. Nosotros adoptamos sin dificultad este criterio científico de la evolución orgánica, sin damos cuenta de que este mismo acto de aceptación es parte de una reversión en el pensamiento humano acerca del mundo y las criaturas que lo habitan que ha ocurrido a escala masiva recién durante el siglo pasado. Recuérdese, por ejemplo, el predominio, en el mundo occidental, del mito bíblico de la creación hasta unas pocas generaciones atrás.

Hay dos aspectos de los vertebrados que merecen una discusión especial. Primero, la transferencia de las partes óseas del pez del exterior al interior entrañaron una forma cualitativamente nueva de estructura orgánica, una grieta en la continuidad del desarrollo hasta ese momento, un salto a un nivel de vida superior. Todos los biólogos reconocen este hecho. Pero esto tiene una significación más profunda, que nos dice mucho sobre los métodos de cambio evolutivo en general. Demuestra cómo, en el punto crítico de la acumulación de cambios fuera y dentro del organismo, los elementos en conflicto que lo componen hacen trizas la vieja forma de existencia y la formación progresiva pasa, de un salto, a un estado cualitativamente nuevo e históricamente superior de desarrollo. Esto es cierto no sólo para las especies orgánicas sino también para las formaciones sociales, así como para los sistemas de pensamiento.

Este vuelco radical es innegable en el caso del nacimiento y evolución del pez y su superación final por especies superiores. Pero para mucha gente es mucho más difícil aceptar tal conclusión cuando se trata de la transformación de una organización social inferior en una organización social superior. Esta renuencia a aplicar consecuentemente las enseñanzas de la evolución a todas las cosas, y sobre todo a la organización social en que vivimos, parte del empeño por defender poderosos, pero obsoletos y estrechos, intereses de clase contra fuerzas opuestas e ideas rivales que tienden a crear un orden de cosas auténticamente nuevo.

El segundo punto que hay que acentuar es el hecho de que el pez, como el primer vertebrado, ocupa un lugar específico en la secuencia evolutiva de los organismos. Es un eslabón en la cadena de las manifestaciones de vida que se extiende desde el protozoo unicelular hasta los organismos más complejos. Esta primera criatura con espina dorsal surgió después de una hueste de criaturas que nunca habían tenido una estructura ósea así y a su vez dio origen a órdenes superiores que tenían eso y mucho más.

Contradictorio como es, muchos estudiosos y científicos que dan por sobreentendido el orden de evolución de las especies orgánicas, se resisten tozudamente a extender la misma legitimidad a las cambiantes especies de organizaciones sociales. No quieren admitir que ha habido, o puede haberla, alguna secuencia definida y discernible en el desarrollo social de la humanidad análogo a las etapas del avance desde los invertebrados hasta el pez, pasando por las criaturas reptiles y mamíferas, hasta el advenimiento de la humanidad.

Este escepticismo en sociología es especialmente pronunciado en el siglo actual, y en nuestro país y sus universidades. Los pensadores de este tipo, por supuesto, saben que ha habido muchos cambios en la historia, que en los campos de la antropología, la arqueología, la Historia, la sociología y la política aparecen muy diversas formaciones.

Lo que ellos niegan es que estas manifestaciones típicas de vida social pueden —o incluso debieran— ser ordenadas de acuerdo a cualquier tipo determinado de desarrollo histórico en el cual cada una tenga su lugar determinado desde el comienzo al fin, desde el más bajo al más alto. Ellos enseñan que las diversas formas de cultura son meramente disímiles unas de otras y que es

imposible o innecesario intentar descubrir cualquier secuencia regular o cualquier parentesco legítimo en su surgimiento como realidad social.

Este criterio y este método son completamente antievolucionistas, anticientíficos y esencialmente reaccionarios. Pero es explicable. Negar la posibilidad de descubrir el orden de progreso en las estructuras sociales proviene -si me permiten la analogía- de la resistencia que ofrecen los invertebrados de hoy a los vertebrados venideros que representan una forma superior de organización y están destinados a suplantarlos en la lucha por la supervivencia social.

El registro mismo de la evolución, comenzando con el ascenso desde el pez, refuta rotundamente a este conservadurismo recalcitrante. Al primer vertebrado le siguieron otros seis tipos progresivos de pez en los siguientes cien millones de años. El más avanzado fue una especie carnívora de agua dulce y de tamaño mediano cuyos fósiles han sido hallados en Canadá. Aunque este espécimen vivía mucho tiempo en el agua, había adquirido muchas de las funciones necesarias para vivir en la tierra. El pez, como es sabido, habitualmente se siente cómodo en el agua, respira por branquias y tiene aletas. Era impropio para la naturaleza establecida del pez que los primeros anfibios se levantaran del agua y se arrastraran a la tierra, respiraran por pulmones y se movieran sobre piernas.

Imaginemos un pez (si seguimos desarrollando la fantasía) que mirara hacia atrás en vez de hacerlo hacia adelante, como hacen algunos. Este pez podría exclamar ante los anfibios que se mueven hacia adelante: "¡Nosotros, los peces, los habitantes más viejos, jamás hemos hecho estas cosas; no se pueden hacer!" Y cuando los anfibios persistieran, chillaría: " ¡Estas cosas no se deben hacer, subvierten el orden establecido!" Sin embargo, la resistencia de la inercia no impidió a algunos habitantes del agua transformarse en animales terrestres.

La vida animal continuó avanzando a medida que las especies se modificaban y se transmutaban en respuesta a cambios decisivos en sus constituciones genéticas y hábitats naturales. Los anfibios pasaron a ser reptiles que tenían cerebros mejor desarrollados, respiraban por las costillas, ponían huevos, tenían miembros de locomoción y ojos bien desarrollados. El reino de los reptiles evolucionó gradualmente hacia el mamífero, con tipos transicionales que tenían características comunes, hasta que una vez más un nuevo orden completo irrumpió en el mundo.

Alrededor de 135 millones de años atrás surgió el prototipo de animal que dio origen a nuestro propio antepasado, habitante de los árboles. Era una criatura similar a un roedor, que dio otro gran salto en la adaptación y actividad evolutiva al pasar de la tierra a los árboles. La vida en los árboles durante seiscientos mil años alteró tanto a nuestros antepasados animales de la cabeza hasta los dedos de los pies, desde las funciones prensiles hasta cambios en los dientes, que se elevaron a formas de monos antropoides. El parentesco de los últimos con nuestro propio género es tan cercano que es difícil distinguir un embrión de antropoide superior del de un ser humano.

Al fin estaban dadas las condiciones naturales para el surgimiento de la humanidad. Parece probable que los cambios producidos en el clima y en las condiciones climáticas relacionadas con la primera glaciación hayan hecho que ciertas especies de primates descendieran de los árboles, salieran de los bosques y fueran a las llanuras. Una serie de importantes cambios anatómicos abrieron el camino para la aparición de la raza humana. El acortamiento del hueso de la pelvis posibilitó al primate permanecer erguido, diferenciar los miembros delanteros de los traseros y liberar las manos. Se agrandó el cerebro. La visión binocular y los órganos vocales posibilitaron la vista y el habla humanas.

El órgano biológico central para la transformación en hombre fue la mano. Las manos pasaron a oponerse a las piernas y el pulgar a los otros cuatro dedos. Esta oposición entre el pulgar y los otros dedos ha sido una de las más fructíferas y dinámicas de todas las uniones de opuestos en la evolución de la humanidad. La capacidad del pulgar para contraponerse a cada uno de los otros dedos dio a la mano posibilidades excepcionales para agarrar y manipular objetos y la dotó de suma flexibilidad y sensibilidad. Esta adquisición hizo posible la combinación biológica de mano-ojo-cerebro. Combinada con el prolongado período de cuidado del hijo por parte de la madre, estaban dados los requisitos previos para la vida social.

A esta altura es necesario decir algo sobre el argumento más común contra el socialismo: "¡Usted no puede cambiar la naturaleza humana!" ¿Qué consistencia tiene este argumento?

Una vez que se aceptan los datos sobre la evolución orgánica, una proposición, por lo menos, se desprende de ello: *¡La naturaleza del pez puede cambiar!* Se ha convertido en anfibio, reptil, ave, mamífero y finalmente en naturaleza humana. La sal que contiene nuestro cuerpo es una prueba, entre muchas otras, de que somos descendientes del bisabuelo pez que habitaba los océanos siglos atrás.

Esto plantea los siguientes interrogantes a los que se resisten al cambio social: si el pez puede cambiar, o puede ser cambiado, hasta tal punto, ¿sobre qué bases se pueden imponer restricciones mezquinas a la capacidad de cambio de la humanidad? ¿Nuestras especies perdieron su plasticidad, sus potencialidades para la alteración radical, en el trayecto de la transición del primate al ser humano?

Todo lo contrario. En el pasaje a la humanidad, nuestra especie no sólo retuvo todas las aptitudes para el cambio progresivo inherente a la animalidad sino que las multiplicó a un grado infinitamente superior, elevándolas hasta una dimensión completamente nueva, creando previamente modos y medios desconocidos de progreso evolutivo.

Se necesitaron entre cuatrocientos y quinientos millones de años para crear las condiciones biológicas necesarias para la generación de los primeros protohumanos. Esto no se produjo por la premeditación o la perspicacia de nadie, o según algún plan, o para llevar a cabo algún fin preconcebido. Ocurrió, podemos decir, como resultado legítimo de una serie de cambios ciegos y accidentales en las formas de la vida natural, estimulados por la lucha por la supervivencia, que finalmente culminó con la producción de una clase especial de primate equipado con las aptitudes de adquirir otras facultades aparte de las animales.

En esta coyuntura, hace más o menos un millón de años, tuvo lugar la más radical de todas las transmutaciones de la vida sobre este planeta. El surgimiento de la raza humana dio cuerpo a algo totalmente diferente que se convirtió en la raíz de una línea singular de desarrollo. ¿Qué fue? Fue el pasaje del separatismo animal al colectivismo humano, de modos puramente biológicos de comportamiento al uso de aptitudes sociales adquiridas.

¿De dónde provenían estas aptitudes artificiales agregadas que han diferenciado a la naciente especie humana de todas las otras especies animales, que han elevado nuestra especie por encima de los otros primates, y han hecho de la raza humana el orden dominante de la vida? Nuestra dominación es indiscutible porque dominamos el poder de destruimos a nosotros mismos y a todas las otras formas de vida, y lo que es más, el poder de cambiarlas.

Las aptitudes fundamentalmente nuevas que la humanidad ha adquirido fueron las de producción, la de asegurar los medios de sustento por medio del uso de herramientas y el trabajo conjunto, y la de compartir los resultados entre sí. Yo no puedo menos que señalar especialmente cuatro de los factores más importantes de este proceso.

El primero fue las actividades asociadas para obtener alimento y repartirlo. El segundo fue el uso y posteriormente la manufactura de implementos para ese fin. El tercero fue el habla y el razonamiento, que surgió y fue estimulado por el vivir y el trabajar juntos. El cuarto fue el uso, la domesticación y la producción del fuego. El fuego fue la primera fuerza natural, el primer proceso químico, al que la humanidad en ascenso dio un uso socialmente productivo.

Gracias a estas nuevas aptitudes, la especie humana que surgía aceleró enormemente los cambios en nuestra propia especie y después en el mundo que nos rodea. Los datos que registra la historia durante el último millón de años son esencialmente los de la formación de la humanidad y su continua transformación. Esto a su vez estimuló la transformación del mundo que nos rodea.

¿Qué es lo que ha permitido a la humanidad efectuar cambios tan colosales en sí misma y en su medio? Todos los cambios biológicos en nuestra raza en el último millón de años, tomados en conjunto, no han sido un factor importante en el avance de la especie humana. Sin embargo durante ese tiempo la humanidad ha tomado la materia prima heredada de nuestro pasado animal, la ha socializado, la ha humanizado y parcialmente, aunque no del todo, la ha civilizado. El eje del

desarrollo humano, en contraste con el de los animales, gira alrededor de estos procesos sociales más que biológicos.

La causa principal de este avance proviene del mejoramiento de la capacidad productiva, adquirida a través del tiempo y ampliada según las crecientes necesidades del hombre. Descubriendo y utilizando las diversas características y recursos del mundo que lo rodeaba, el hombre ha aumentado gradualmente sus aptitudes para producir sus medios de vida. A medida que éstas se desarrollaban, se acrecentaban todas sus otras aptitudes sociales, la capacidad del habla, del pensamiento, del arte y la ciencia, etcétera.

La diferencia decisiva entre los animales superiores y el hombre actual está en nuestro desarrollo de los medios y las fuerzas de producción y destrucción (dos aspectos de un mismo fenómeno). Esto explica no sólo la diferencia cualitativa entre el hombre y los animales, sino también las diferencias específicas entre uno y otro nivel de desarrollo humano. Lo que distingue a los pueblos de la Edad de Piedra de los de la Edad de Hierro, y a la vida salvaje de la de las sociedades civilizadas, es la diferencia entre las capacidades productivas totales de que disponen.

Lo que sucede cuando dos niveles distintos de capacidad productiva y destructiva miden sus fuerzas quedó ilustrado dramáticamente cuando los conquistadores españoles invadieron el Hemisferio occidental. Los indios estaban armados con arcos y flechas y hondas, los recién llegados tenían fusiles y pólvora. Los indios tenían canoas y remos, los españoles tenían grandes barcos a vela. Los indios usaban chaquetas de cuero o acolchadas como protección en la guerra, los españoles tenían armaduras de acero. Los indios no tenían animales de tiro domesticados sino que andaban a pie, los españoles iban a caballo. La superioridad inspiraba terror y permitía a los conquistadores derrotar a sus antagonistas con menos hombres.

Esta proposición básica del materialismo histórico debería resultarnos más fácil de entender a nosotros, que tenemos el privilegio de presenciar la primer etapa de una revolución tecnológica comparable en importancia a la domesticación del fuego hace medio millón de años: la adquisición del control sobre los procesos de fisión y fusión nuclear. Esta nueva fuente de energía ya ha revolucionado las relaciones entre los gobiernos y el arte de la guerra; está a punto de transformar la industria, la agricultura, la medicina y muchos otros sectores de la actividad social.

¿Qué es lo que provocó esta revolución tecnológica? La humanidad no sufrió ningún cambio biológico en el período precedente. Ni hubo alteraciones bruscas en los modos humanos de pensar, en sus sentimientos o su ética. Esta fuerza de producción y destrucción incalculablemente poderosa brotó de todo el desarrollo previo de las fuerzas productivas de la sociedad y de todo el conocimiento científico y de los instrumentos correspondientes. El poder atómico es el último eslabón en la cadena de poderes adquiridos, que se pueden rastrear hacia el pasado hasta los primeros elementos de producción social: trabajo asociado para asegurar las necesidades vitales, uso y fabricación de herramientas, el habla, el pensamiento y el fuego. La energía atómica es el fruto más reciente de las semillas plantadas en la sociedad antigua que la humanidad ha cultivado y mejorado en su camino ascendente.

Volvamos sobre ese notable órgano que poseemos, la mano. La mano, que entre los primates servía para llevar comida a la boca, fue convertida por la especie humana en un órgano para tomar y guiar los materiales usados como herramientas, y más tarde para hacer herramientas. La mano es el prototipo biológico de la herramienta y el mango; es el requisito previo y el padre de la actividad laboral. El pasaje del uso de la mano a la herramienta coincide con la creación de la sociedad y el desarrollo progresivo de la humanidad y de sus aptitudes latentes.

La relación entre las herramientas más rudimentarias y los complejos instrumentos de producción del sistema industrial actual ha sido ilustrada gráficamente en un cuadro preparado por la Do-All Corporation, de Des Plaines, Illinois, que patrocinó una exposición ambulante sobre "Cómo las herramientas básicas crearon la civilización". Esta exposición, que dice ser "el primer intento (amas realizado de presentar la historia completa de las herramientas del hombre", documenta las etapas del progreso de la tecnología.

Las primeras herramientas conocidas formadas por el hombre, llamadas eolitos, datan, según algunos científicos, de un millón y medio de años atrás. Estas consistían en trozos de piedra

quebrada con bordes agudos que servían para cortar carne, raspar cueros, o cavar en busca de raíces. Eran poco más que simples prolongaciones de la mano. No se las diseñaba para funciones específicas, sino que eran adaptables para molienda, lanzamiento, raspado, perforado, corte, etcétera.

En la etapa siguiente, las herramientas fueron perfeccionadas en dos aspectos principales: se aumentó la eficacia de sus filos y se las hacía para fines específicos. Los hombres aprendieron a descantillar la piedra dándole una forma concebida de antemano, produciendo así un filo mayor. Apareció una variedad más amplia de herramientas de trabajo, como las hachas, los perforadores de punta afilada, las palas de bordes finos, cinceles y otros precursores de las herramientas manuales de la actualidad.

Estas herramientas redujeron el tiempo necesario para producir sustento y refugio, elevando así el nivel social de producción y mejorando las condiciones de vida. Más aun, estas nuevas actividades productivas incrementaron las aptitudes mentales del hombre. La complejidad de las herramientas para fines especiales indica el desarrollo de una mentalidad capaz de comprender la necesidad de producir los *medios* antes de poder lograr el *fin*. Los conceptos mentales de uso específico precedieron tanto al diseño como a la construcción de estas herramientas especiales.

Cada uno de los pasos subsiguientes en el perfeccionamiento del uso y fabricación de herramientas dio asimismo como resultado una economía de tiempo de trabajo, una mayor productividad, mejores condiciones de vida y el crecimiento de las capacidades intelectuales del hombre. La fuerza motriz de la historia humana proviene de la mayor productividad del trabajo posibilitado por adelantos decisivos en las técnicas y herramientas de producción.

El progreso de la caza es un buen ejemplo de esto. Al principio, la raza humana podía capturar sólo animales lentos y pequeños. El consumo regular de caza mayor comenzó con la invención de armas de caza tales como la lanza, la jabalina, la ballesta, y el arco y la flecha. El arco fue el primer implemento capaz de almacenar energía para ser liberada a voluntad. Estos implementos aumentaron el alcance y la potencia de los cazadores primitivos y les permitieron matar los animales más grandes y más veloces.

Todas las herramientas manuales básicas en uso en la actualidad, el hacha, la azuela, el cuchillo, el perforador, el raspador, el cincel, la sierra, fueron inventados durante la Edad de Piedra. El primer metal, el bronce, no reemplazó a la piedra como material favorito para la fabricación de herramientas hasta alrededor de 3.500 años atrás. El metal no sólo impartió un filo mucho más eficaz y duradero a las herramientas sino que también permitió afilarlas en lugar de tirarlas una vez que perdían filo.

Durante el período en que las herramientas de bronce eran los principales implementos de producción, se idearon instrumentos y patrones de medidas, se desarrollaron las matemáticas y la agrimensura, se hicieron cálculos para el calendario, y se lograron grandes progresos en agricultura. Hubo inventos básicos como la rueda del alfarero, la balanza de platillos, el arco para la construcción, las embarcaciones a vela y las botellas de vidrio.

Hace alrededor de 2.500 años el hierro, el más durable, abundante y barato de los metales, comenzó a desplazar al bronce en la fabricación de herramientas. La introducción de las herramientas de hierro aumentó enormemente la productividad y la destreza en la agricultura y los oficios. Permitted cultivar más alimentos y una mejor vestimenta y habitación con menos gasto de tiempo y energía; dio lugar a la aparición de muchas comodidades y mejoras. Las herramientas de hierro posibilitaron muchos de los logros de Grecia y Roma, desde la Acrópolis de Atenas hasta los túneles, los puentes, las cloacas y las edificaciones de Roma.

La energía para todos estos primeros medios y modos de producción fue provista exclusivamente por los músculos humanos que, luego de la domesticación de los rebaños, fue complementada en cierta medida con energía animal. La Revolución Industrial del siglo XVIII se basó en la utilización de energía de otras fuentes, de combustibles fósiles como el carbón. La combinación de la energía mecánica generada por máquinas a vapor, las máquinas herramienta, el perfeccionamiento de los implementos y la maquinaria productiva, más el uso incrementado del hierro y el acero han multiplicado la capacidad productiva de la sociedad hasta su punto actual.

Hoy, las máquinas y las herramientas operadas por energía mecánica y eléctrica son los principales órganos materiales tanto de nuestra industria como de nuestra agricultura.

Las máquinas herramienta más modernas han sido desarrolladas a partir de simples herramientas manuales. Al mismo tiempo que usaba las herramientas manuales el hombre comenzó a comprender y emplear las ventajas de la palanca, la polea, el plano inclinado, la rueda y el eje, y el tomillo para multiplicar su fuerza. Estos principios físicos fueron combinados más tarde y aplicados en la fabricación de máquinas herramientas.

Todo este desarrollo de la tecnología está asociado orgánicamente con el desarrollo de las aptitudes intelectuales de la humanidad y es el principal responsable de éste. El siguiente párrafo explicativo de la exposición de la Do-All Corporation lo señala:

Las máquinas herramienta realizan en formas complicadas las mismas funciones y operaciones básicas que las herramientas manuales, listas funciones básicas fueron establecidas por las herramientas manuales de piedra trabajadas por el hombre primitivo. Fue inventando y usando herramientas de piedra trabajadas a mano como la humanidad desarrolló su capacidad de coordinación mental y corporal l-.. | y esto a su vez aceleró el incremento de las aptitudes mentales del hombre.

Esas ideas acerca de la influencia de la tecnología sobre el pensamiento, tomadas de la publicación de una respetable corporación capitalista, se parecen a las que se pueden encontrar en los escritos de Marx y Engels.

Los censores del pensamiento ya pueden intentar echar al materialismo histórico por la puerta socialista, que éste se mete de nuevo adentro por la ventana capitalista.

La exposición de la Do All demuestra que la evolución de las herramientas puede disponerse en una serie cronológica y en un orden ascendente desde las manuales de madera y piedra, pasando por las manuales de metal hasta las máquinas herramienta mecánicas. ¿Es igualmente posible diferenciar etapas sucesivas correspondientes en la organización social?

El materialismo histórico contesta afirmativamente esta pregunta. Sobre la base más amplia —y cada gran división de la historia puede ser segmentada para fines especiales en otras menores— se pueden distinguir tres etapas principales en la elevación del hombre desde la animalidad hasta la era atómica: salvajismo, barbarie y civilización.

Napoleón dijo que un ejército marcha sobre su estómago. Esto es una verdad en cuanto a la marcha progresiva del ejército de la humanidad. La adquisición de alimento ha sido el objetivo primordial de la producción social en todos los tiempos, ya que los hombres no pueden sobrevivir, y mucho menos progresar, sin satisfacer regularmente su apetito.

Los principales períodos en el avance de la humanidad pueden dividirse, por lo tanto, de acuerdo a las mejoras que fueron decisivas para asegurar la provisión de alimento. El salvajismo, la infancia de la humanidad, constituye ese período en que el pueblo depende, en cuanto a alimento, de lo que la naturaleza le provee ya listo. Su alimento puede provenir de las plantas, tal como los frutos y las raíces, de los insectos, los pájaros y los animales, o de la vida de la costa o marina. En esta etapa los hombres obtienen su alimento por medio del saqueo, en forma muy parecida a los animales de rapiña, o cavan para conseguirlo igual que otro animales. Con estas diferencias de fundamental importancia: ellos cooperan entre sí y emplean herramientas rústicas y otros medios y capacidades productivas con los que se "apropian" de los medios de subsistencia para uso colectivo.

Las principales actividades económicas en esta etapa son el saqueo, la caza y la pesca, y se desarrollaron en esa secuencia. El garrote y la lanza le permiten al salvaje capturar la materia prima para sus comidas, vestimenta y habitación, todos los cuales están corporizados en los animales con pezuña. La red captura los peces y el fuego los prepara para su consumo. Los indios del sur de California estaban en esta etapa cuando llegaron los primeros pobladores blancos dos siglos atrás.

El barbarismo es la segunda etapa de la organización social. Estaba basado en la domesticación de los animales y el cultivo de las plantas. El alimento ya no solamente se *recolecta* sino que se lo *produce*. La domesticación de los ganados vacuno, ovino, porcino y otros animales aportó reservas

de carne y alimento en forma de leche de cabra y vaca. La siembra y el cultivo de cosechas posibilitaron contar con provisiones regulares y abundantes de alimentos.

Esta revolución en la producción de alimentos, que comenzó en Asia hace entre seis y diez mil años, liberó por primera vez a la humanidad del sometimiento a la naturaleza exterior. Hasta ese entonces había tenido que depender de lo que el medio ambiente natural contenía para satisfacer sus necesidades, y para sobrevivir había dependido de condiciones naturales totalmente externas e incontrolables. Surgieron, prosperaron y sucumbieron razas y culturas enteras, al igual que las especies de plantas o animales, según la benevolencia o la hostilidad de la naturaleza que los rodeaba.

Por ejemplo, hace alrededor de veinte o treinta mil años surgió una sociedad en el sur de Francia llamada la Cultura del Reno. Este pueblo prosperó gracias a la caza de enormes renos y otros rebaños que pastaban en la exuberante vegetación de la zona. Sus dibujos, descubiertos en cuevas durante los últimos setenta y cinco años, son un testimonio de lo penetrante de su vista y de su mente y de la diestra sensibilidad de sus manos; sus dibujos los colocan entre los más extraordinarios artistas que jamás hayan pisado la tierra. Sin embargo, cuando un cambio climático y en la vegetación causó la desaparición de las manadas de renos, toda su cultura, y muy probablemente el pueblo también, se extinguió.

Los primeros cazadores carecían de un control firme de sus fuentes móviles de alimento. La inseguridad de la vida salvaje fue superada con creces, o por lo menos reducida considerablemente, con el advenimiento de la cría de ganado, y especialmente con el desarrollo de las técnicas agrícolas. Por primera vez se implementaron métodos para obtener un aprovisionamiento extenso y variado de productos alimenticios y fibras por medio de actividades sistemáticas y continuas de trabajo en grupos. Estas ramas de la actividad económica posibilitaron la aparición de poblaciones mucho más grandes y compactas.

Estas actividades y su producción incrementada aportaron los elementos para la cultura superior del barbarismo. El cultivo y la cría de ganado condujeron al desarrollo de oficios tales como la fundición de metales y la alfarería, ya que los alimentos acumulados generaron por primera vez la necesidad de almacenar y transportar artículos. Los hombres se volvieron más sedentarios, se formaron poblaciones más densas, se construyeron moradas permanentes y surgió la vida aldeana.

En su desarrollo posterior y definitivo, las actividades económicas del período del barbarismo crearon las condiciones para la llegada de la civilización. La base material para la civilización fue la capacidad adquirida por los pueblos más avanzados para la producción regular de mucho más alimento y bienes de los que eran necesarios para el mantenimiento físico de sus miembros. Estos excedentes tuvieron dos consecuencias. Permitieron que sectores específicos de las comunidades se dedicaran a actividades que no eran la adquisición y producción directa de los medios básicos de vida. Hicieron su aparición especialistas como los sacerdotes, los nobles, los reyes, los funcionarios, los herreros, los alfareros, los comerciantes, los constructores y otros oficios.

Con el aumento de la especialización y la expansión del comercio, las capas superiores de estos grupos pasaron a posiciones estratégicas que permitieron a los más afortunados y poderosos apropiarse personalmente de grandes porciones del excedente de riqueza. El impulso a incrementar la riqueza personal, que surge de la creciente división social del trabajo y del intercambio de bienes, llevó con el tiempo al desarrollo de la propiedad privada, la familia, la esclavitud, las divisiones de clase, la producción de mercancías a gran escala, el comercio, el dinero, la ciudad y el estado territorial con su ejército, policía, cortes y otras relaciones e instituciones características de la civilización.

En su evolución hasta nuestro siglo, la sociedad civilizada puede dividirse en tres épocas principales: la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo. Cada una de éstas se diferencia por el modo especial en que la clase propietaria gobernante que encabeza la organización social se las compone para arrancar la riqueza sobrante de la que vive a la masa trabajadora que la crea directamente. Todo este período no cubre más que los últimos cinco a seis mil años.

La civilización surgió y se levantó apoyada en la esclavitud directa. Los mismos factores económicos que descalabraron el barbarismo y posibilitaron la vida civilizada trajeron asimismo las

condiciones materiales para el uso de la mano de obra esclava. La división del trabajo basada en el cuidado de los rebaños, el cultivo de las cosechas, la extracción de metales y la creación de mercaderías para la venta permitió a las sociedades más avanzadas producir más de lo que los verdaderos trabajadores requerían para su sustento. Esto posibilitó la esclavitud y la hizo por primera vez lucrativa. Dio un impulso sumamente importante a los apetitos predatorios de propietarios individuales de los medios de producción, quienes hacían grandes esfuerzos por adquirir e incrementar sus excedentes de riqueza. La producción y la propiedad de esclavos llegaron a ser el fundamento económico de un nuevo tipo de organización social, la fuente de supremo poder, prestigio y privilegios. Y con el tiempo reformó toda la estructura de la vida civilizada.

La trata de esclavos fue un artificio humano sumamente significativo, y es privativa de los seres humanos. Los animales se pueden alimentar de otros animales muertos, pero no viven de los excedentes que ellos crean. Aunque con toda justicia rechazamos hoy cualquier manifestación de servidumbre y estamos ansiosos por abolir sus últimos vestigios, debemos reconocer que en su momento de apogeo la esclavitud tuvo razones imperativas para existir y persistir.

La ciencia exige que cada fenómeno sea enfocado, analizado y valorado con objetividad, dejando de lado las reacciones personales de admiración o repugnancia. El materialismo histórico tiene que explicar por qué llegó a ser adoptada la esclavitud por la mayoría de los sectores avanzados de la humanidad. La razón principal fue que, junto con la propiedad privada de los medios de producción y el intercambio cada vez más amplio de sus productos, la mano de obra esclava aumentó las fuerzas de producción, multiplicó la riqueza, el confort y la cultura -aunque sólo para los pocos afortunados- y en general estimuló a la humanidad a progresar durante todo un período histórico. Sin la expansión del trabajo esclavo, no hubiera habido incentivos lo suficientemente constantes como para acumular riqueza a una escala que permitiera aplicarla a mejorar los procesos productivos.

La necesidad histórica de la esclavitud puede ser ilustrada de dos formas. Los pueblos que no adoptaron el trabajo esclavo tampoco avanzaron hacia la civilización, a pesar de lo excelente de sus otras cualidades y títulos. Se quedaron por debajo de ese nivel porque a su economía le faltó el impulso interno de la fuerza de la codicia y el empuje dinámico que surge de la necesidad del propietario de esclavos de explotarlos para aumentar su riqueza. Esta es una demostración por la negativa.

Pero existe una prueba más positiva. Aquellos estados basados en alguna forma de servidumbre, tal como las más brillantes culturas de la Antigüedad, desde Babilonia y Egipto hasta Grecia y Roma, también aportaron el máximo a los procesos civilizadores, desde el carro con ruedas y el arado hasta la escritura y la filosofía. Estas sociedades estaban en la línea principal del progreso social.

Pero si la esclavitud tuvo razones suficientes para convertirse en el principio y la base de la civilización antigua, a su vez y con el tiempo generó las condiciones y las fuerzas que la debilitarían y la derrotarían. Una vez que la esclavitud se convirtió en la forma predominante de producción ya sea en la industria como en Grecia, o en la agricultura como en Roma, dejó de promover el desarrollo de las técnicas agrícolas, los oficios, el comercio y la navegación. Los imperios esclavistas de la Antigüedad se estancaron y se desintegraron hasta que, luego de un lapso de siglos, fueron reemplazados por dos tipos principales de organización feudal: la asiática, como en la India, China y Japón, y la europea occidental.

Ambas nuevas formas de producción y organización social fueron superiores a la esclavitud, pero la europea occidental resultó mucho más productiva y dinámica. Bajo el feudalismo, los trabajadores participaban más de lo que ellos mismos producían que los esclavos en el período anterior; incluso tenían acceso a la tierra y a otros medios de producción. Los siervos y los campesinos tenían mayor libertad para su actividad y podían adquirir más cultura.

Como resultado de una larga lista de avances sociales tecnológicos y de otros tipos que se unieron a una concatenación de circunstancias históricas excepcionales, la Europa feudalizada se

convirtió en el semillero de la próxima gran etapa de la sociedad de clases, el capitalismo. ¿Cómo y por qué se originó el capitalismo?

Una vez que surgió el dinero como consecuencia de la expansión de las actividades comerciales varios miles de años atrás, se lo comenzó a usar como capital. Los comerciantes pudieron agrandar su riqueza comprando mercaderías a bajo precio y vendiéndolas a precio alto; los prestamistas y los acreedores hipotecarios pudieron ganar interés sobre sumas adelantadas sobre la prenda de tierra u otras garantías. Estas prácticas eran comunes tanto en la sociedad esclavista como en la feudal.

Pero si en las épocas precapitalistas se podía usar el dinero para que éste redituara más que la inversión original, habrían de cumplirse otras condiciones antes de que el capitalismo pudiera establecerse como sistema económico mundial diferenciado. La condición primordial era un tipo especial de transacción repetida regularmente a escala creciente. Grandes cantidades de trabajadores sin propiedad tenían que emplearse con los poseedores del dinero y los otros medios de producción para ganarse la vida con el salario.

El emplear y despedir trabajadores nos parece una forma normal de llevar a cabo la producción. Pero los pueblos indígenas jamás lo conocieron. Antes de la llegada de los europeos, ningún indio jamás trabajó para un patrón (la palabra misma fue importada por los holandeses) porque ellos poseían sus propios medios de subsistencia. El esclavo podía ser comprado, pero pertenecía y trabajaba para un amo toda su vida. El siervo feudal o el arrendatario estaba asimismo ligado de por vida al señor feudal y a su tierra.

La innovación trascendental sobre la que se apoyó el capitalismo fue la institución del trabajo asalariado como la relación de producción predominante. La mayoría de ustedes ha recurrido a una bolsa de trabajo, una agencia de empleos o una oficina de personal para conseguir un comprador para su fuerza de trabajo. El empleador compra esta fuerza a las tarifas vigentes según sea por hora, por día, o por semana y luego la utiliza bajo su supervisión para producir las mercancías que su compañía vende posteriormente con un margen de ganancia. Esa ganancia se produce porque los trabajadores asalariados producen valor mayor del que el capitalista les paga por su trabajo.

Hasta el siglo XX, este mecanismo para extraer un excedente de trabajo de las masas trabajadoras y transferir los excedentes de riqueza que ellos crean al crédito personal del capitalista fue el más poderoso acelerador de las fuerzas productivas y de la expansión de la civilización. Como sistema económico diferenciado, el capitalismo tiene sólo cerca de 450 años; ha conquistado el mundo y ha hecho ya el trayecto desde el amanecer hasta el crepúsculo. Este es un período de vida corto comparado con el salvajismo, que se extendió durante un millón de años o más, o el barbarismo, que predominó durante cuatro o cinco mil años. Obviamente, los procesos de transformación social se han acelerado considerablemente en los tiempos modernos.

Esta aceleración en el progreso social se debe en gran parte a la naturaleza misma del capitalismo, que continuamente revoluciona sus técnicas de producción y todo el espectro de relaciones sociales que surgen de ellas. Desde su nacimiento el capitalismo mundial pasó por tres de esas fases de transformación interna. En su período formativo, los comerciantes eran la clase dominante de los capitalistas porque el comercio era la principal fuente de acumulación de riqueza. Bajo el capitalismo comercial, la industria y la agricultura, los pilares de la producción, no se realizaban habitualmente mediante el trabajo asalariado sino que consistían en pequeños artesanos, la labranza de los campos y el trabajo de esclavos o siervos.

La era industrial se abrió a comienzos del siglo XIX con la aplicación de la energía del vapor para los primeros procesos mecanizados, concentrando grandes cantidades de asalariados en las fábricas. Los cabecillas capitalistas de esta industria a gran escala pasaron a ser los amos de la producción y luego los amos de países y continentes enteros, a medida que sus riquezas, sus legiones de asalariados y su poder social y político alcanzaban proporciones gigantescas.

Esta etapa vigorosa, expansiva, progresiva, firme y competitiva del capitalismo industrial dominó el siglo XIX. Se convirtió en el capitalismo monopolista del siglo XX, que ha profundizado al máximo todas las tendencias básicas del capitalismo, y especialmente sus características más reaccionarias, en cuanto a las relaciones económicas, políticas, culturales e internacionales. A

medida que los procesos de producción se han ido centralizando, racionalizando, socializando, los medios de producción y la riqueza del mundo se han concentrado en gigantescos monopolios financieros e industriales. En lo que atañe a los sectores capitalistas de la sociedad, este proceso ha sido llevado al punto en que los monopolios capitalistas de un solo país, los Estados Unidos, se imponen a todo el resto.

La pregunta más importante que debemos plantearnos a esta altura es: ¿Cuál es el destino del desarrollo de la civilización en su forma capitalista? Sin tomar en cuenta puntos de vista intermedios, que en el fondo evaden la pregunta, se afirman dos posiciones irreconciliables, que corresponden a las posiciones, en el orden mundial, de dos clases enfrentadas. Los voceros del capitalismo dicen que no queda nada más por hacer salvo perfeccionar su sistema tal como está, y que puede seguir y seguir funcionando. La Do-All Corporation, por ejemplo, que publicó un cuadro tan instructivo sobre la evolución de las herramientas, declara que el progreso y la prosperidad continua de América capitalista será garantizado por más y mejores máquinas-herramienta, que ellos esperan sean adquiridas con jugosas ganancias para su compañía, sin el menor cambio en las relaciones de clases existentes.

Los socialistas dan una respuesta completamente distinta, basada en un análisis incomparablemente más profundo, correcto y amplio del movimiento de la historia, la estructura del capitalismo y las luchas que agitan actualmente al mundo que nos rodea. La función histórica del capitalismo no es perpetuarse indefinidamente sino crear las condiciones y preparar las fuerzas que causarán su propio reemplazo por una forma más eficiente de producción material y un tipo superior de organización social. Así como el capitalismo suplantó al feudalismo y a la esclavitud, así como la civilización barrió con el salvajismo y el barbarismo, así ha llegado la hora de que el capitalismo mismo sea desalojado. ¿Cómo y por quién será efectuada esta transformación revolucionaria?

En el siglo pasado, Marx hizo un análisis científico de los mecanismos del sistema capitalista en el que explicaba cómo sus contradicciones internas provocarían su caída. Las revoluciones de nuestro propio siglo a partir de 1917 demuestran en la vida real que el capitalismo debe ser relegado al museo de antigüedades. Vale la pena comprender las inexorables causas subyacentes de estos cambios, que parecen tan inexplicables y repulsivos a los sostenedores del sistema capitalista.

El capitalismo produce muchas cosas, buenas y malas, en el curso de su evolución. Pero la más vital y valiosa de todas las fuerzas sociales que crea es la clase obrera. La clase capitalista ha dado lugar a un vasto ejército de asalariados centralizados y disciplinados, y lo ha puesto en movimiento para sus propios fines, para fabricar y operar las máquinas, las fábricas y todos los otros medios de producción y transporte, de los que provienen sus ganancias.

La explotación y los abusos, inherentes e ineludibles en la organización capitalista de la vida económica, llevan a los trabajadores una y otra vez a organizarse y emprender una acción militante para defender sus intereses elementales. La lucha entre estas clases sociales en conflicto es en la actualidad la fuerza dominante e impulsora de la historia del mundo y de Norteamérica, así como el conflicto entre las fuerzas conducidas por la burguesía contra los elementos precapitalistas era la fuerza motriz de la historia en los siglos inmediatamente precedentes.

La lucha actual, que ha estado ganando importancia y ampliando su alcance durante un siglo, ha entrado en su fase decisiva a escala mundial. Con la excepción de Cuba, las batallas preliminares entre las fuerzas precapitalistas y las anticapitalistas han sido libradas a fondo en países fuera del hemisferio occidental. Tarde o temprano, sin embargo, estallarán y se peleará a fondo en este país, que no sólo es el bastión del poder capitalista sino que también la patria de la clase trabajadora mejor organizada y técnicamente más eficiente.

La línea principal del desarrollo de Norteamérica, ni más ni menos que el curso de la historia mundial, lleva a esa conclusión. ¿Por qué?

El curso principal de la historia norteamericana y su próxima etapa

Hemos examinado el camino mediante el cual la humanidad se elevó por encima del estado animal y hemos marcado las sucesivas etapas de ese ascenso. La humanidad tuvo que arrastrarse a través del salvajismo durante un millón de años o más, caminar a través del barbarismo y luego, con los hombros encorvados y la cabeza gacha, entró por las puertas de hierro de la sociedad de clases. Allí, durante miles de años, la humanidad soportó una dura escuela bajo el azote y el gobierno de la propiedad privada, que comenzó con la esclavitud y alcanzó su punto culminante en la civilización capitalista. Ahora nuestra propia era está, o más bien lucha a las puertas del socialismo.

Pasemos ahora del progreso histórico de la humanidad, tomado en su conjunto, a examinar una de sus partes, los Estados Unidos de Norteamérica. Dado que el imperialismo de los Estados Unidos es el puntal del sistema capitalista internacional, el rol del pueblo norteamericano es crucial para decidir con qué rapidez y con cuánta eficacia cruza la humanidad la gran divisoria entre la sociedad de clases del pasado y la reorganización y reanimación del mundo bajo lineamientos socialistas.

Intentaré dar breves respuestas a las cuatro preguntas siguientes: ¿Cuál ha sido, en lo esencial, el curso de la historia norteamericana? ¿Cuáles son sus puntos de contacto con la marcha del resto de la humanidad? ¿Cuál ha sido el resultado hasta la fecha? Finalmente, ¿dónde encajamos nosotros en este cuadro?

La historia norteamericana se divide muy tajantemente en dos épocas fundamentalmente diferentes. Una pertenece a los habitantes aborígenes, los indios; la otra comienza con la llegada de los europeos blancos a América a fines del siglo XV. Los comienzos de la actividad humana en el Hemisferio occidental son todavía oscuros. Pero se conjetura que hace veinte o treinta mil años los primeros asiáticos de la Edad de Piedra, gracias a condiciones climáticas favorables que unieron esa parte de Alaska con Siberia, cruzaron el Estrecho de Bering y lentamente se abrieron paso por América del Norte, América Central y América del Sur. Las corrientes migratorias posteriores pueden haber traído las prácticas de la horticultura con ellas. Es sobre estos legados que los indios modelaron su forma de existencia.

Quienquiera que considere a los indios como insignificantes o incompetentes tiene una capacidad de juicio histórico muy deficiente. La humanidad se ha elevado a su condición actual por cuatro ramas de la actividad productiva. La primera es la recolección de alimentos, que incluye el cavar para sacar raíces y granos, así como la caza y la pesca. El segundo es la cría de ganado. El tercero es la agricultura. El cuarto son los oficios, que llegaron a la industria en serie.

Los indios eran sumamente hábiles para la caza, la pesca y otras formas de recolección de alimento. Eran ingeniosos artesanos cuyos trabajos en algunos campos no han sido superados jamás. Los incas, por ejemplo, hacían telas sumamente delicadas en textura colorido y diseño. Inventaron y usaron más técnicas diferentes de tejido en sus telares manuales que cualquier otro pueblo en la historia.

Sin embargo fue en el desarrollo de la agricultura donde los indios mostraron su máximo talento. Puede que hasta hayan inventado por su exclusiva cuenta el cultivo del suelo. De cualquier forma lo perfeccionaron en cuanto a diversificación. Nosotros debemos a los indios la mayoría de los vegetales que actualmente nos llegan de los campos y a través de nuestras cocinas a nuestra mesa. Los más importantes son el maíz, las papas y las habas, pero hay además una larga lista que incluye el tomate, el ají, el ananá, el maní, la palta y, para después de la cena, el tabaco. Ellos conocían y usaban las propiedades de 400 especies distintas de plantas. Ninguna planta cultivada por los indios americanos era conocida en Asia, Europa o África antes de la invasión del hombre blanco a América.

Mucho se habla de todo lo que el hombre blanco trajo a los indios, pero poco sobre lo que los indios dieron a los blancos europeos. La introducción de las plantas alimenticias sacadas a los indios aumentó a más del doble la provisión de alimentos disponibles en el Viejo Continente luego del siglo XV, y se convirtió en un factor importante de la expansión de la civilización capitalista.

¡Más de la mitad de la producción agrícola que se cultiva actualmente en el mundo proviene de plantas sembradas por los indios!

Desde el siglo I al XV, los mismos indios crearon culturas magníficas, asombrosas incluso, en base a sus logros en la agricultura. Esta permitió a algunas de las tribus dispersas y errantes de cazadores indios reunirse en poblaciones pequeñas pero estables, donde se mantenían cultivando trigo, habas y otros vegetales. También cultivaban y tejían el algodón, hacían alfarería y desarrollaban otras artesanías.

Los incas de los Andes, los mayas de Guatemala y el Yucatán y los aztecas de México central, no afectados por la civilización europea y desarrollados independientemente, constituyeron las sociedades indias más avanzadas. Sus culturas sintetizaban lo máximo que los indios habían sido capaces de lograr en los veinticinco mil años que la Historia ha adjudicado a su cultura. En realidad, los mayas habían realizado cálculos matemáticos y astronómicos más complejos y avanzados que los de los invasores europeos. Habían inventado por su cuenta el cero para su sistema numérico, algo que les había faltado incluso a los griegos y a los romanos.

Los indios avanzaron hasta la etapa media del barbarismo y allí fueron interrumpidos. Si hubieran remontado o no, contando con tiempo ilimitado y sin la interferencia de pueblos más poderosos y productivos, todo el camino hacia la civilización, debe quedar sin respuesta. Todo lo que se puede afirmar es que tuvieron obstáculos formidables que superar a lo largo de ese camino. Los indios no tenían animales domesticados importantes como el caballo, la vaca, el cerdo, la oveja o el búfalo, que tiraron de los asiáticos hacia la civilización. Ellos sólo contaban con el perro, el pavo, el cobayo y, en las montañas andinas, las llamas, las alpacas, y en algunos lugares las abejas. Más aun, no usaban la rueda, salvo en los juguetes, no conocían el uso del hierro o las armas de fuego, y no contaban con otros recursos para civilizarse.

Sin embargo, la historia arregló esta cuestión en otra parte del globo. Porque mientras los indios más avanzados se habían estado elevando de cazadores errantes a habitantes de las comunidades bárbaras, los europeos, descendientes ellos mismos de la cultura asiática, no sólo habían entrado en la sociedad de clases sino que habían llegado a ser altamente civilizados. Sus sectores más progresivos en la costa atlántica estaban pasando del feudalismo al capitalismo.

Este desarrollo desigual de la sociedad del Viejo y del Nuevo Mundo dio el marco histórico para la segunda gran crisis de la historia americana. ¿Cuál fue el significado esencial del trastorno desatado por los europeos occidentales al cruzar el Atlántico? Eso representó la transición de la Edad de Piedra a la Edad de Hierro en América, del modo de vida bárbaro al civilizado, de la organización tribal basada sobre prácticas colectivistas a una sociedad enraizada en la propiedad privada, la producción para el intercambio, la familia, el estado, etcétera.

Pocos espectáculos en la historia son más dramáticos e instructivos que la confrontación y el conflicto entre los representantes indígenas de la vida comunal de la Edad de Piedra y los agentes armados de la civilización de clases. La ciencia ficción habla sobre las incursiones marcianas a este planeta en sus platos voladores. Para los indios, las primeras incursiones del hombre blanco no fueron menos sorprendentes e incomprensibles.

Para los indios, estos hombres blancos tenían costumbres, normas y modos de vida completamente extraños. Eran extraños en su aspecto y en su conducta. En realidad, las diferencias entre los dos eran tan profundas como para ser irreconciliables. ¿Cuál fue la causa básica del choque constante y mortal entre ellos? Los dos representaban niveles de organización social absolutamente incompatibles, que habían surgido y se basaban en condiciones dispares y llevaban a objetivos completamente diferentes.

Aun en su punto más alto, la vida indígena estaba basada en el colectivismo tribal y en su rústica tecnología. La psicología india era moldeada por esas instituciones sociales. Los indios no sólo no tenían la rueda, el hierro ni el alfabeto; también carecían de las instituciones, las ideas, los sentimientos y los objetivos de los pueblos civilizados que habían sido moldeados por la tecnología y la cultura de una sociedad adquisitiva. Estas condiciones habían acuñado un tipo muy especial de ser humano como producto peculiar de la civilización basada sobre la propiedad privada.

Los indios más altamente desarrollados se sustentaban con la agricultura. Pero su agricultura no obedecía al mismo modo económico que el de los recién llegados. Los principales medios para producir alimentos mediante el cultivo del suelo pertenecían a toda la tribu y nada de su producción o distribución podía ser reclamado exclusivamente por propietarios individuales. Esto era cierto con respecto al principal medio de producción, la tierra misma. Cuando los europeos arribaron a estas costas, desde el Atlántico al Pacífico no había un solo centímetro de suelo en que una persona pudiera pararse y afirmar: "Esto me pertenece sólo a mí" o a mi pequeña familia. Los demás manténgase alejados". La tierra pertenecía a todo el pueblo.

Era muy diferente el caso de los hombres blancos, los portadores de un nuevo tipo, más elevado, de sociedad. Para ellos era natural y necesario, como todavía ocurre con la mayoría de los ciudadanos de este país, que casi todo lo que hay sobre la tierra pase a la propiedad privada de alguno. Las ropas, las casas, las armas de guerra, las herramientas, los barcos, hasta los mismos seres humanos, podían ser comprados y vendidos.

Fue en la forma brillante de los metales preciosos que la propiedad privada se convirtió no sólo en la piedra angular de la existencia mundana sino que hasta abrió las puertas del cielo. Colón escribió a la Reina Isabel lo siguiente: "El oro constituye el tesoro y aquel que lo posee tiene todo lo que necesita en este mundo y también los medios de rescatar almas del purgatorio y devolverlas al goce del paraíso". Esto era literalmente cierto en aquel entonces porque los católicos ricos podían comprar al Papa indulgencias para sus pecados. Se dice que Cortés dijo a algunos nativos de México: "Nosotros, los españoles, estamos atacados de una enfermedad al corazón para la cual encontramos que el oro, y sólo el oro, es un remedio específico".

La doctrina de los hombres blancos europeos era que todo debe tener su precio, ya sea que corresponda a la felicidad presente o a la salvación futura. Esta idea es aún la guía para los gobernantes plutócratas de nuestros días, quienes en sus campañas para dominar el mundo no sólo compran individuos sino gobiernos enteros. En su búsqueda de oro y en su codicia, Colón y los conquistadores esclavizaron y mataron a miles de indios occidentales en las islas que descubrieron. Y eso fue sólo el comienzo.

Visto desde la perspectiva de la historia mundial, este momento crucial de América se caracterizó por la conjunción de dos procesos revolucionarios. El primero fue el cambio de la Europa marítima de base feudal a la burguesa. Parte de esta revolución de Europa occidental fue un empujón hacia el exterior a medida que los comerciantes capitalistas extendían sus operaciones por todo el globo. Sus expediciones para exploración, comercialización, y piratería hicieron cruzar el océano a los emisarios del embrión de sociedad burguesa europea y los llevó al choque con los indios. La violación de las antiguas culturas de los aztecas y los incas, la esclavización y el exterminio de los nativos por parte de los conquistadores españoles y otros, fue una ofensiva colateral de esta revolución europea en nuestro continente.

Mediante la ampliación del proceso revolucionario, los pueblos de la Edad de Piedra de América fueron derrotados por los más avanzados representantes de la civilización de clase, que tomaron su lugar. Este no fue el único continente en el que se dio este proceso. Lo que ocurrió desde el siglo XV al XIX en el Nuevo Mundo había ocurrido mucho antes en la misma Europa occidental; y habría de llegar hasta las más remotas regiones del mundo, a medida que el capitalismo se fue extendiendo sobre la tierra desde aquel tiempo hasta el nuestro.

El combate entre los pueblos de la Edad de Piedra y los representantes de la era burguesa fue arduo. Sus guerras se extendieron durante cuatro siglos y terminaron con la desintegración, el desplazamiento o la destrucción de culturas prehistóricas y con la supremacía indiscutible de la sociedad de clases.

Con el advenimiento de los europeos blancos (así como de los esclavizados africanos de color que ellos transportaron hasta aquí), la historia americana entró en carriles totalmente diferentes, un nuevo curso señalado por las necesidades del joven capitalismo mundial en expansión.

Llegamos ahora a la pregunta más crucial: ¿Cuál ha sido la línea principal del crecimiento norteamericano desde 1492? Existen diversas preguntas: el avance de la independencia nacional, la expansión de la democracia, el hecho de que el hombre común haya llegado a ser dueño de sí

mismo, o la expansión de la industria. Cada una de estas fórmulas conocidas que se enseñan en las escuelas corresponde a algún aspecto del proceso, pero ninguna va al centro de la cuestión.

La respuesta correcta a esa pregunta es que, a pesar de las desviaciones, la línea principal de la historia norteamericana ha consistido en la construcción y la consolidación de la civilización capitalista, a la que ha llevado a su culminación en nuestros propios días. Cualquier intento de explicar el desarrollo de la sociedad norteamericana a partir del siglo XVI se dará de bruces con este hecho. El descubrimiento, la exploración, la colonización, el cultivo, la explotación, la democratización y la industrialización de este continente, todo debe verse como pasos sucesivos para promover la construcción de la sociedad burguesa. Esta es la única interpretación de los acontecimientos decisivos de los últimos 450 años en Norteamérica que tiene sentido, da continuidad y coherencia a nuestra compleja historia, hace la distinción entre las corrientes principales y las tributarias y está convalidada por el desarrollo de la sociedad norteamericana. En nuestra historia nacional, todo tiene que estar referido y ligado al proceso de implantar el modo capitalista de vida en su expresión máxima y, hoy en día, más perniciosa.

A esta forma se la llama comúnmente "el modo americano de vida". Una caracterización más realista y honesta sería el modo capitalista de vida, porque, como ya señalaré, esta frase está destinada a ser sólo una expresión históricamente limitada y pasajera en la vida civilizada de Norteamérica.

La importancia central de la formación y transformación de la sociedad burguesa puede demostrarse de otra manera. ¿Cuál es la peculiaridad más destacada de la historia norteamericana desde la llegada de los europeos? Han habido muchas peculiaridades en la historia de este país; en algunos aspectos este es un país muy peculiar. Pero lo que distingue a la vida norteamericana del desarrollo de las otras grandes naciones del mundo es que el crecimiento y la construcción de la sociedad norteamericana se produce enteramente dentro de la época de la expansión del capitalismo a escala mundial. Esa es la clave para entender la historia norteamericana, ya sea la historia colonial, la del siglo XIX o la del siglo XX.

Es diferente el caso de otros países líderes como Inglaterra, Alemania, Rusia, India, Japón o China. Estos países pasaron por largos períodos de civilización esclavista o feudal que les han dejado su marca hasta nuestros días. Ahí lo tenemos a Mac Arthur, preservando esa reliquia feudal, el Emperador de Japón, o esa delicia de los suplementos dominicales, la monarquía de Inglaterra.

Estados Unidos, por otra parte, saltó del salvajismo y el barbarismo al capitalismo, haciendo un saludo por el camino al esclavismo y al feudalismo, que ocuparon sólo lugares secundarios en la construcción del sistema burgués. En un par de siglos, el pueblo norteamericano pasó a la carrera etapas de desarrollo social que al resto de la humanidad le llevó muchos miles de años recorrer. Pero estos dos procesos estaban estrechamente ligados. Si el resto de la humanidad no hubiera hecho ya estas adquisiciones, nosotros, los norteamericanos, no hubiéramos podido avanzar tanto y tan rápido. Las tareas de los pioneros son invariablemente más duras y toma más tiempo llevarlas a cabo.

La fusión de la revolución antifeudal en Europa con las guerras de exterminio contra los indios introdujeron el período burgués en la historia norteamericana. Este período se ha extendió durante 450 años. Se divide en tres etapas diferentes; cada una de ellas se distingue por cambios revolucionarios en la vida norteamericana.

El primer periodo es el de la Norteamérica colonial, que se extendió desde 1500 hasta la sanción de la Constitución de los Estados Unidos en 1788-1789. Si analizamos las formas sociales y las fuerzas económicas de la vida norteamericana durante estos tres siglos, la Norteamérica colonial, periodo formativo de nuestra civilización, se destaca como una fusión excepcional de factores precapitalistas con las nuevas formas y fuerzas de producción. El colectivismo tribal de los indios fue transformado, desplazado, aniquilado; se importaron vestigios de feudalismo desde Europa y se los trasplantó a nuestro suelo. Las estancias del sur de California a comienzos del siglo XIX habían sido precedidas por baronías coloniales; colonias enteras, como Maryland y Pennsylvania eran propiedad de terratenientes a los que la monarquía inglesa les había otorgado derechos. Los

grandes hacendados explotaban a los sirvientes blancos contratados y a los esclavos de color considerados bienes muebles, los que en muchos lugares aportaban la mayor parte de la fuerza del trabajo.

Junto a ellos había cientos de miles de pequeños agricultores, cazadores, tramperos, artesanos, comerciantes, traficantes, etcétera, relacionados con las nuevas formas de propiedad y actividad económica, animados por las costumbres, los sentimientos y las ideas del capitalismo en ascenso en Europa que ahora comenzaba a prosperar de este lado del Atlántico.

El interrogante fundamental planteado por este avance era ¿quién prevalecería, las fuerzas precapitalistas o las capitalistas? Este fue el eje de las luchas sociales por la posesión del Nuevo Mundo entre las naciones europeas, y caracterizó el período colonial. La definición en este frente se produjo entre los años 1763 y 1789. el período de preparación, estallido, lucha y conclusión de la Primera Revolución Norteamericana. Esta fue la primera etapa de la revolución democrático burguesa en este continente.

Tomó la forma de una guerra entre los gobernantes y sostenedores de Gran Bretaña y las masas coloniales dirigidas por representantes de los comerciantes, banqueros y manufactureros del Norte y los hacendados del sistema esclavista del Sur. que era un apéndice del capitalismo nativo en ascenso. El resultado de la contienda determinó la etapa siguiente del destino del capitalismo norteamericano. Si la dominación de Gran Bretaña hubiese persistido, eso podría haber frenado y viciado el desarrollo posterior de la sociedad burguesa, como lo hizo en India y África.

La Primera Revolución Norteamericana y su guerra por la independencia fue un movimiento auténticamente popular. Movimientos así destruyen mucho de lo que está podrido y listo para enterrar. Pero, por sobre todas las cosas, son socialmente creativos, dan nacimiento a instituciones que proveen los modos y los medios para la próxima oleada progresista. Eso fue por cierto una realidad en lo que respecta a nuestra primera revolución nacional, que está profundamente arraigada en la conciencia estadounidense e internacional. Tan poderosas y permanentes son sus tradiciones que en la actualidad ponen en aprietos a los gobernantes capitalistas de este país en sus tratativas con los movimientos coloniales de emancipación.

¿Cuáles fueron los logros notables de esta primera etapa de la revolución democrático burguesa norteamericana? La derrota del gobierno reaccionario de los diez mil comerciantes, banqueros, terratenientes y manufactureros de Gran Bretaña quienes, luego de contribuir al impulso de las colonias estadounidenses, se convirtieron en el mayor obstáculo para su avance posterior. Les dio independencia a las colonias, las unificó y eliminó vestigios feudales, como las tierras patrimoniales de la corona. Democratizó los estados y les dio una forma republicana de gobierno. Abrió paso a una rápida expansión de la civilización, en sus formas capitalistas nativas, desde el Atlántico al Pacífico.

La revolución tuvo repercusiones internacionales. Inspiró y protegió movimientos similares durante el siglo siguiente en las colonias latinoamericanas y hasta se reflejó en el Viejo Continente. Una muestra de ello es el diario de Gouverneur Morris, un dirigente financiador del Partido Patriota, quien pasó a ser uno de los primeros embajadores de Estados Unidos en Francia. Se encontraba en París vendiendo propiedades norteamericanas a aristócratas amenazados con el exilio por la Revolución Francesa. Estos clientes se quejaban ante el comprensivo Morris de que si sus compatriotas se hubiesen abstenido de hacer la revolución el pueblo francés jamás se hubiera dado cuenta ni hubiera tenido el valor de seguir el ejemplo.

Pero ni siquiera la revolución más profunda puede hacer más de lo que las posibilidades históricas permiten. En las dos décadas siguientes se manifestaron dos serios inconvenientes en el funcionamiento de esta primera conmoción. Uno fue el hecho de que la revolución no eliminara y no pudiera eliminar el basamento en que la institución de la esclavitud estaba enclavado. Muchos dirigentes de esa época, entre ellos Thomas Jefferson, esperaban que la esclavitud desaparecería sola, ante condiciones económicas desfavorables.

El segundo inconveniente fue que aunque la revuelta dio la independencia política a los norteamericanos, no podía dar la independencia total al país en el sentido capitalista. Esto era así en dos aspectos: en lo interno los capitalistas del Norte tenían que compartir el poder con los

propietarios de esclavos del Sur, junto a quienes habían librado la guerra revolucionaria por la independencia y establecido el nuevo gobierno; en el mercado internacional seguían económicamente subordinados a la estructura industrial y financiera de Inglaterra, más avanzada.

Los líderes de la revolución eran conscientes de estas deficiencias. El mismo Gouverneur Morris escribió al Presidente George Washington desde París el 30 de septiembre de 1791:

Realizaremos [...] un progreso grande y rápido en manufacturas útiles. Sólo esto falta para completar nuestra independencia. Entonces seremos, por así decirlo, un mundo en nosotros mismos, y estaremos lejos de las sacudidas y guerras de Europa, sus diversas revoluciones nos servirán simplemente como instrucción y entretenimiento. Como el rugir de un mar tempestuoso, que a una cierta distancia se torna un sonido agradable.

Sin embargo, se produjo una rareza de la historia que descalabró esta agradable perspectiva. Fue el resultado de una doble revolución en la tecnología, una en Europa, en especial en la industria inglesa; la otra en la agricultura norteamericana. La instalación de fábricas con maquinaria a vapor en la industria inglesa, especialmente en la industria textil, su rama más importante, creó una demanda de grandes cantidades de algodón. La invención de la desmotadora de algodón permitió a los hacendados del sur cubrir esa demanda.

En consecuencia la esclavitud, que había estado languideciendo en los viñedos, adquirió un nuevo plazo de vida. Esta combinación económica confirió a los nobles del Reino del Algodón del sur una tremenda riqueza y poder. Un estudio de la historia norteamericana de la primera mitad del siglo XIX muestra que su vida nacional y política estaba dominada y dirigida por la lucha por la supremacía librada entre las fuerzas centradas alrededor de los propietarios de esclavos del sur por un lado y las de los que se oponían a la esclavitud por el otro. El problema social crucial que enfrentaba la nación no siempre era expuesto abiertamente. Pero cuando se rastreaba cada uno de los otros conflictos hasta sus raíces, se veía que guardaba relación con el interrogante: ¿Qué vamos a hacer los norteamericanos con respecto a la esclavitud?

(Una situación similar se da hoy en relación al capitalismo. Sea cual sea la disputa que agite la vida político-económica de este país, tarde o temprano se plantea la gran pregunta socio-económica: ¿Qué vamos a hacer nosotros, los norteamericanos, con respecto al capitalismo?)

Durante los primeros cincuenta años del siglo XIX, los aristócratas algodoneros del sur sin duda ocuparon el centro de la escena. Se ensoberbecieron con su poder y sus privilegios, que pensaron que gozarían indefinidamente. Luego, alrededor de 1850, las condiciones comenzaron a cambiar rápidamente. Apareció una nueva combinación de fuerzas sociales que llegaría a ser lo suficientemente fuerte no sólo para desafiar el poder esclavista sino para enfrentarlo en una guerra civil, vencerlo y eliminarlo.

Es sumamente instructivo estudiar la mentalidad y el criterio del pueblo norteamericano en 1848. Ese fue un año de revoluciones en los principales países de Europa Occidental. El pueblo de los Estados Unidos, incluso sus grupos gobernantes, contemplaron estos estallidos con espíritu aislacionista.

Ciertos sectores de las clases gobernantes de los Estados Unidos incluso veían con buenos ojos estas revoluciones europeas, porque estaban dirigidas principalmente contra las monarquías. Aquí no había monarquías que derrocar, aunque sí una aristocracia esclavista enraizada en el Sur. Aunque la mayor parte del común de la gente de los Estados Unidos simpatizaba con las revoluciones europeas, las consideraban sólo una puesta a tono con lo que en este país ya se había logrado. Los norteamericanos se decían a sí mismos: "Nosotros ya hemos tenido nuestra revolución y no necesitamos nada más aquí. El cupo de revoluciones que tenemos asignado por la historia está agotado."

No veían su futuro ni siquiera con quince años de anticipación. La revolución democrático burguesa aún tenía una cantidad considerable de tareas inconclusas. Durante la década de 1850 resultó más claro que los propietarios de esclavos del Sur no sólo profundizaban su autocracia en los estados sureños sino que estaban tratando de llevar la esclavitud al resto del país. Ese pequeño

grupo de hombres ricos se abrogaba el derecho de decir al pueblo lo que podía y lo que no podía hacer, hacia dónde debía expandirse el país, y cómo había que manejar o no los asuntos de Norteamérica.

De este modo resultó necesaria una segunda revolución para completar aquellas tareas que habían quedado sin resolver a fines del siglo XVIII y para liquidar los principales problemas que el pueblo estadounidense había enfrentado en el Ínterin. Fueron necesarios trece años de luchas preparatorias, cuatro años y medio de guerra civil, doce años de reconstrucción... alrededor de treinta años en total para esta intensa e inevitable conmoción revolucionaria.

Lo que es más importante para nosotros ahora son los resultados netos de ese esfuerzo. Cualquier escolar sabe que se abolió el poder esclavista y que la población negra fue liberada de las cadenas de la esclavitud. Pero el logro principal de esta revolución desde el punto de vista del desarrollo norteamericano y mundial fue que se levantó el último de los impedimentos internos para la marcha del capitalismo norteamericano, y se abrió el camino para la consolidación del gobierno capitalista.

Ese período vio la conclusión de la contienda librada a partir de 1492 entre las fuerzas precapitalistas y las procapitalistas en este continente. Veamos lo que pasó a los pueblos que representan las diversas formas de vida precapitalistas. Los indios, que corporizaban el salvajismo y el barbarismo, habían sido exterminados, o desplazados y confinados en reservas. Inglaterra, que había sostenido el feudalismo y el sojuzgamiento colonial, había sido eliminada; el capital norteamericano había logrado no sólo la supremacía política sino también la independencia económica. Los hacendados del sur, que fueron la última fuerza precapitalista importante en ser arrancada del camino, habían sido aplastados y expropiados por la Guerra Civil y la Reconstrucción.

Los gobernantes capitalistas del sistema industrial estaban entonces como el Conde de Montecristo, que cuando se evadió de la cárcel, con tanta riqueza y libertad recién conquistada en su poder, exclamó ' ¡El mundo es mío! ". Y han estado actuando de acuerdo a esa premisa desde entonces.

Quisiera ahora hacer varias observaciones sobre el desarrollo económico y político de la sociedad norteamericana desde 1492 hasta el triunfo de la clase capitalista. Como ya se ha señalado, la propiedad privada de los medios de producción virtualmente no existía en este continente hasta el siglo XV. De allí en adelante, a medida que los colonos blancos se extendían, la tendencia dominante era que todos los medios de producción pasaran a manos privadas y fueran explotados en forma privada. La tierra, por ejemplo, que había sido propiedad tribal, fue dividida y apropiada por individuos o corporaciones en toda la extensión del país.

Luego de la victoria de los banqueros, comerciantes y manufactureros del Norte, a mediados del siglo XIX, este proceso pasó a un plano más elevado aún. Los medios de producción bajo propiedad privada fueron concentrándose más y más en corporaciones. En la actualidad un particular podría estar en condiciones de construir un auto o un avión, pero sin muchos, muchos millones de dólares no podría competir en el mercado con la General Motors o la Ford o la Lockheed o la Douglas. Hasta un magnate como Henry J. Kaiser lo experimentó con los autos.

Hoy en día difícilmente haya un acre de tierra sin escriturar. En realidad, la Guerra Civil estimuló este proceso a través de la Ley de Heredad que otorgó 160 acres a particulares, y de otras leyes del Congreso que entregaron millones de acres a corporaciones ferroviarias. En lo que se refiere al otorgamiento de tierras a pequeños agricultores, esto fue progresivo porque era la única forma de acelerar el desarrollo de la agricultura en las condiciones del momento.

Es imposible detallar aquí la colonización y la construcción del Oeste y del Medio Oeste, pero ciertas consecuencias de la expansión capitalista son dignas de mención. Primero, como resultado de esta expansión capitalista la mentalidad del norteamericano medio, contrariamente a la de los indios, ha sido moldeada de tal manera por las instituciones de la propiedad privada que sus pautas son difíciles de erradicar. Los europeos se introdujeron en la América de los indios; sus descendientes están incursionando en el espacio exterior. Un ejemplo extremo, absurdo, pero por eso mismo sumamente instructivo de los efectos de la expansión capitalista en la conciencia

norteamericana es un despacho de prensa desde Illinois con el titular: "Quién es el propietario del espacio exterior. Un habitante de Chicago insiste en que es él". La noticia continuaba:

Con los planes actualmente en ejecución para lanzar un satélite terrestre construido por el hombre, la pregunta era inevitable [inevitable, por supuesto, para los norteamericanos que creen que la propiedad privada es sagrada]: ¿Quién es el dueño del espacio exterior? La mayoría de los expertos coincidieron en que la cuestión rondaba en sus mentes. Los científicos expertos en coherencia dijeron que eso era un problema para los peritos en derecho internacional. Los abogados dijeron que ellos no tenían precedentes en qué basarse. Sólo James T. Mangan, un agente de prensa de Chicago, tiene una respuesta firme a la cuestión de la soberanía del espacio. Mangan declara que él es dueño del espacio exterior. Para respaldar su pretensión tiene una escritura archivada en el Registro de Cook County (Chicago). La escritura, aceptada luego de que la oficina del procurador fiscal del estado apoyara solemnemente la demanda en una opinión jurídica de cuatro folios, daba la posesión de "todo el espacio hacia todas las direcciones desde la tierra a medianoche", 20 de diciembre de 1948. Mangan declaró que el estatuto de limitaciones para recusar el documento vence el 20 de diciembre de 1955 y agregó: "El gobierno no tiene derecho legal al espacio sin mi consentimiento."

Si esto es una locura, sin embargo hay método en ella. Su método es el eje principal del modo de vida capitalista. Este caballero, Mangan, está sólo extendiendo lógicamente a la exploración del espacio exterior el mismo credo adquisitivo que llevó a nuestros próceres a tomar posesión del continente norteamericano. Este singular fanático de la propiedad privada piensa que por lejos que volemos en el espacio y por mucho tiempo que pase, va a regir la misma ley. Difiere de otros exponentes del capitalismo sólo en la osadía y la consecuencia de su lógica respecto a la propiedad privada.

El segundo punto del que me quiero ocupar es la relación entre la evolución y la revolución. Frecuentemente se presenta a estas dos fases del desarrollo social como opuestos, como contrarios sin relación entre sí, como alternativas irreconciliables. ¿Qué nos enseña la historia norteamericana en este sentido? El pueblo norteamericano ha pasado ya por dos períodos revolucionarios en su historia nacional, cada uno de ellos como culminación de prolongados períodos de progreso social basados en logros anteriores.

Durante el intervalo entre las revoluciones se dieron cambios relativamente pequeños en las vidas de la gente. Por lo tanto tomaban como algo natural la estructura de sus vidas, la consideraban fija y definitiva, y les resultaba difícil imaginar una forma distinta. La idea de un cambio revolucionario en sus propias vidas y durante sus vidas les parecía fantástico o al menos inaplicable. Sin embargo fue durante estos mismos períodos de progreso evolutivo que la acumulación a menudo imperceptible de cambios preparó un cambio más drástico.

Los nuevos intereses de clase, que se tornaron poderosos pero quedaron insatisfechos, los conflictos sociales y políticos, que se repetían pero quedaban sin resolver, los cambios en las relaciones entre las fuerzas sociales antagónicas seguían afirmándose en una serie de disturbios hasta que alcanzaron un punto crítico. El pueblo de este país no era temerario. Se hicieron todos los intentos posibles para llegar a acuerdos razonables entre las fuerzas contendientes, y con frecuencia se lograban. Pero, pasado un tiempo, esas treguas resultaban ineficaces y de corta vida. El conflicto irrefrenable de las fuerzas sociales estallaba en niveles superiores hasta que se llegó al punto de ruptura.

Tomemos el ejemplo de los colonos norteamericanos de 1763. Acababan de salir -codo a codo con la madre Inglaterra- de una guerra triunfante contra los franceses y los indios. No preveían que en un lapso de diez años estarían combatiendo por su propia libertad en contra de Inglaterra y junto a la misma monarquía francesa que habían combatido en 1763. Eso les hubiera parecido imposible. Sin embargo ocurrió poco más de una década después. El Dr. Benjamín R. Rush, uno de los signatarios por Pennsylvania de la Declaración de la Independencia, señaló en su *Autobiografía* que:

No había un solo hombre en un millar que contemplara o deseara la independencia de nuestro país en 1774, y sólo unos pocos de los que daban su conformidad preveían la inmensa influencia que pronto tendría ésta en el carácter nacional e individual de los norteamericanos.

Así también, la mayoría de los norteamericanos, que gozaron del *boom* económico en Norteamérica desde 1851 a 1857 -el mayor boom del siglo XIX antes de la Guerra Civil-, no calculaban que, como resultado de los procesos internos acelerados por esa misma prosperidad, el país iba a ser dividido por la cuestión de la esclavitud cuatro años después de la depresión de 1857. En lugar de ello, razonaban: ¿Acaso no ha habido un acuerdo con los propietarios de esclavos en 1859? ¿no podrían hacerse otros? Realmente hubo intentos de acuerdos hasta el mismo momento del estallido de la Guerra Civil, e incluso después.

Por supuesto que en los extremos, tanto los abolicionistas como los "Fire-Eaters" (Literalmente "come fuegos": la extrema derecha esclavista en la Guerra Civil norteamericana. Los abolicionistas eran la extrema izquierda [N. del Ed.] del Sur profetizaban una evolución diferente y, a su manera, se preparaban para la revolución que se avecinaba. Pero estas voces radicales de la izquierda y la derecha eran pocas y estaban lejos unas de otras.

Estos episodios cruciales de la historia norteamericana demuestran que, en la sociedad de clases, los períodos de *evolución* social preparan fuerzas para la solución *revolucionaria* de los problemas acumulados y no resueltos de los pueblos y las naciones. Esta extirpación revolucionaria crea a su vez las premisas para una nueva etapa superior de progreso evolutivo. La historia norteamericana de los siglos XVIII y XIX muestra esta alternancia con claridad excepcional.

Es importante notar, como un tercer punto al tratar las consecuencias del desarrollo capitalista en los Estados Unidos, que nuestras revoluciones nacionales partieron directamente de condiciones internas. No fueron importadas por "agitadores externos" aunque algunos, como Tom Paine, hayan jugado roles importantes. Provenían de la maduración de conflictos entre fuerzas sociales internas. Pero esto es sólo un aspecto de la cuestión. Las luchas intestinas a su vez estaban relacionadas, condicionadas y determinadas por el desarrollo económico y social mundial.

Anteriormente señalamos que las revoluciones burguesas antifeudales, que estaban transformando a Europa, provocaron un ímpetu migratorio que cambió la faz de América; la conquista de nuestro continente fue un producto de esas revoluciones. La primera Revolución Norteamericana se dio durante la era del capitalismo comercial, que fue la primera etapa del desarrollo capitalista mundial. Históricamente, forma parte de una serie de revoluciones democrático burguesas por las cuales la clase capitalista llegó al poder a escala internacional. La primera Revolución Norteamericana debe ser considerada una criatura de la revolución burguesa de Inglaterra de mediados del siglo XVII y una suerte de padre de la revolución democrático burguesa de Francia de fines del siglo XVIII.

El comercio de este período, no sólo el norteamericano sino el mundial, produjo una poderosa clase comerciante en el Norte, respaldada por los trabajadores portuarios y los artesanos en las ciudades costeras y por los agricultores libres en el campo. Estos se convirtieron en las tropas de choque de los Hijos de la Libertad (Sons of Liberty, logia patriótica formada en Boston aproximadamente en 1770. Abogaban por la independencia de los listados Unidos. [N. del Ed.]). No es casual que el próspero puerto de Boston, habitado por comerciantes ricos que querían deshacerse de la hegemonía británica, y los robustos trabajadores portuarios, los estibadores y los marineros, estuvieran a la vanguardia en la lucha contra Gran Bretaña, y que la guerra revolucionaria misma hubiera tenido como detonante los esfuerzos británicos para amordazar y asfixiar a Boston.

La segunda Revolución Norteamericana se produjo en el momento de mayor expansión del capitalismo industrial a ambos lados del Atlántico. El período de 1848 a 1871 estuvo marcado por guerras y revoluciones. Estos conflictos no indicaban la desintegración del capital mundial, como en el siglo actual, sino que terminaron por dar a la clase capitalista una supremacía absoluta en una serie de países de América y Europa.

La segunda etapa de la revolución democrático burguesa de los Estados Unidos, la Guerra Civil, dio las riendas a los industriales del Norte. Fue el acontecimiento revolucionario descollante de todo el período comprendido entre 1848 y 1871, que comenzó con las abortadas revoluciones francesa y alemana de 1848 y terminó con la Guerra Franco Prusiana y la Comuna de París en 1871. El acontecimiento decisivo de ese período de la historia mundial fue la victoria de los capitalistas estadounidenses en este país, lo que anunció su ascenso al poder mundial.

Con estas lecciones en mente, echemos ahora un vistazo a la marcha de la sociedad norteamericana desde el final del período de la Guerra Civil hasta nuestros días. Habiendo cosechado los frutos de dos revoluciones triunfantes, los capitalistas comenzaron a disfrutarlos. Para ellos, la revolución en Norteamérica era cosa del pasado; Estados Unidos avanzaría con pasos cortos y lentos. Realmente ha habido una evolución significativa de la sociedad capitalista, basada en los logros de las revoluciones anteriores. Pero en la dialéctica de nuestro desarrollo nacional, es esta misma expansión extraordinaria de las fuerzas productivas capitalistas lo que ha estado preparando los elementos para otro choque inevitable, y esta vez a fondo, entre las fuerzas de clases correspondientes a distintas etapas de la evolución económica y social.

Desde 1878 han estado operando dos tendencias principales en este país. La que predomina hasta la fecha ha sido la creciente concentración de poder económico, político y cultural en manos de los monopolistas. Ocasionalmente han sido desafiados, pero nunca desalojados. Hoy son descarados e insolentes en el ejercicio del poder. Como dijo el Sr. Wilson, que pertenece al más grande de los monopolios y al Ministerio de Defensa: "Lo que es bueno para la General Motors es bueno para el país".

Este es el eco de la afirmación de un antiguo monarca absolutista, Luis XIV: "El Estado soy yo". El viejo régimen de Francia tuvo su funeral en 1789. Todo en este mundo (y esto es especialmente cierto para los regímenes políticos y los sistemas sociales en la sociedad de clases) lleva dentro de sí su propio opuesto, su propio fatal opuesto. Esto es por cierto verdad con respecto al poder del capitalismo que engendra su propia némesis en la capacidad productiva (y política) del trabajo asalariado.

La ironía es que cuanto más grande es la riqueza de los capitalistas, más fuerte se vuelve la posición social de los trabajadores explotados de quienes los capitalistas extraen su riqueza. Estados Unidos ha presenciado, codo a codo con el surgimiento del capitalismo monopolista, el crecimiento de un movimiento obrero cada vez más fuertemente organizado, centralizado y unificado. Desde el momento en que los capitalistas y los trabajadores asalariados nacieron juntos, han habido diferencias, roces, estallidos de conflictos, huelgas, lockouts, entre sectores de estas dos clases. Surgen de la naturaleza misma de sus relaciones, que son antagónicas.

En general, hasta ahora estos conflictos nunca han pasado los límites de la estructura política y económica básica implantada por la Guerra Civil. Se los ha dominado, conciliado y apaciguado. No obstante todos los disturbios, los gobernantes monopolistas se han atrincherado más firmemente en sus posiciones supremas. Sin embargo, mirando más de cerca el desarrollo se descubre que la clase trabajadora ocupa un lugar cada vez más influyente, aunque subordinado aún, en nuestra vida nacional.

El interrogante vuelve a presentarse con fuerza renovada: ¿Continuará indefinidamente esta situación de estancamiento de las clases, con los trabajadores en una posición secundaria? Los capitalistas contestan, naturalmente, que puede y debe ser así. Más aun, hacen de todo, desde enseñar en la escuela que la estructura social del sistema se perpetúa hasta sancionar leyes antiobreras, para asegurarse la continuación del statu quo. Los dirigentes sindicales, por su parte, aceptan esta proposición general.

Ni los portavoces capitalistas ni los dirigentes de la AFL-CIO encontrarán ningún precedente en la historia norteamericana que refuerce sus expectativas de mantener indefinidamente el statu quo. Esa es una lección de nuestro pasado nacional que la "perspectiva" del socialismo pone de relieve. Durante muchos años, a pesar de riñas ocasionales, los colonialistas norteamericanos se llevaron bien con la madre patria y hasta acariciaban el lazo. Luego vino un cambio muy rápido y muy radical en las relaciones, un duelo a muerte. Lo mismo puede decirse de la larga coexistencia entre

los estados libres del Norte y los esclavistas del Sur. Durante sesenta años los norteamericanos tuvieron que estar subordinados a la autocracia esclavista del Sur hasta el punto de que la mayor parte del país llegó a creer que esta situación se mantendría indefinidamente. Los propietarios de esclavos, como hoy los capitalistas, enseñaban que su "modo americano de vida" era la cumbre de la civilización. Pero una vez que la nueva combinación de fuerzas progresistas se vio obligada a hacer valer sus derechos, las diferencias que habían estado madurando estallaron en una guerra civil que eliminó el viejo orden. Los colaboradores políticos de ayer se transformaron en enemigos irreconciliables al día siguiente.

Los que sostienen el statu quo en este país pueden encontrar todavía menos respaldo en las tendencias principales de la historia mundial de nuestra época. En 1848, en un momento en que las clases capitalistas a ambos lados del Atlántico hacían rodar las monarquías y las aristocracias feudales, los pioneros comunistas proclamaban por primera vez públicamente sus ideas y ponían en marcha el movimiento del socialismo científico que ha llegado a ser la guía de la clase obrera mundial en su lucha de emancipación. En 1917, sesenta y nueve años más tarde, se estableció el primer estado obrero en la Unión Soviética. No se creó ningún otro durante casi tres décadas.

Luego vino la Segunda Guerra Mundial, que extendió el dominio de la propiedad colectiva por toda Europa oriental, y después la victoria de la Revolución China, que derribó al capitalismo en esa importante potencia de Oriente.

Todo esto equivale a un avance colosal en la historia mundial. Lo esencial de la nueva etapa es que al movimiento de avance del capitalismo, que ha dominado la historia mundial desde el siglo XVI al XIX, le ha sucedido, en el siglo XX y a escala mundial, el movimiento anticapitalista de la clase obrera socialista y sus aliados coloniales.

Por supuesto, el que los logros, las ideas, los objetivos de este movimiento revolucionario de los trabajadores y los pueblos coloniales puedan ser frenados en otras partes del mundo y aplastados aquí no sólo es una esperanza sino también una política de los capitalistas actualmente en el poder. De cualquier forma, los cazadores de brujas hacen todo lo que pueden por mantener sus influencias lejos de estas costas. Así como los tiranos británicos y los propietarios de esclavos del Sur, cada uno en su momento, apelaron a todos sus recursos para frenar las fuerzas revolucionarias que surgían en esta tierra, lo mismo hacen los agentes de la plutocracia norteamericana en la actualidad. ¿Tendrán éxito los monopolistas donde sus precursores fracasaron? Consideremos esta cuestión.

El punto culminante de un proceso revolucionario consiste en la transferencia del poder supremo de una clase a otra. ¿Cuáles son las relaciones de poder predominantes en los Estados Unidos? Todas las decisiones básicas sobre política exterior e interior son efectuadas por los más altos círculos capitalistas para activar sus objetivos e intereses. La clase trabajadora puede ser capaz de modificar tal o cual decisión o tal o cual política, pero su influencia no logra más que poner freno al poder político ejercido por los monopolistas».

Sin embargo existe una notable anomalía en esa relación de fuerzas. El movimiento sindical, actualmente unificado, cuenta con alrededor de 17 millones de afiliados. Con sus familias, adherentes y amigos, este movimiento puede reunir la suficiente cantidad de votos como para dar a los representantes políticos de la clase trabajadora organizada el poder mayoritario en las ciudades, en los estados y en Washington. Esto significa que los capitalistas continúan ejerciendo su predominio por falencia, o sea, una falencia reiterada de acción y organización política independiente por parte de la clase trabajadora, o más precisamente por parte de sus dirigentes actuales. No utilizan ni una milésima parte del poder que su movimiento posee en la realidad y en potencia a favor de la clase trabajadora.

La clase obrera organizada tiene a su alcance suficiente fuerza política, sin mencionar sus capacidades económicas y sociales, como para ser la fuerza soberana en el país. Es por eso que cualquier movimiento para la formación de un partido independiente de los trabajadores, basado en los sindicatos, tendría implicancias sumamente revolucionarias para el sistema actual, independientemente de las intenciones o el programa anunciado por sus organizadores. Cualquier movimiento masivo de este tipo presagiaría un traspaso del poder de decisión suprema de los

círculos capitalistas a los laborales, así como la llegada a Washington del Partido Republicano en 1869 significó el traspaso del poder de los esclavistas a los industrialistas del Norte.

Los dirigentes republicanos de 1861 no tenían intenciones revolucionarias. Encabezaban un partido reformista. Querían restringir el poder de los propietarios de esclavos. Pero hacerlo implicaba perturbar el equilibrio de fuerzas existente entre las clases. Los propietarios de esclavos vieron la amenaza a su supremacía con mucha más claridad y la sintieron más agudamente que los propios dirigentes republicanos del Norte. Es por eso que iniciaron una embestida contrarrevolucionaria para recuperar el poder que habían tenido previamente.

El paralelo con una toma nacional del poder político por parte del movimiento laboral, aun en una forma reformista, se ve a simple vista. ¿Es posible ese traspaso? El movimiento progresivo del pueblo norteamericano ha estado caracterizado por traspasos cruciales de poder: de Gran Bretaña a los comerciantes coloniales y los hacendados del siglo XVIII; de la esclavocracia del sur a los capitalistas industriales del siglo XIX. El impulso en el período presente de nuestra historia nacional es hacia otro traspaso colosal, esta vez de la plutocracia gobernante a la clase trabajadora en ascenso y sus aliados de las minorías oprimidas.

Todo el curso del desarrollo económico, social y político del país en este siglo apunta a ese traspaso de poder. Por supuesto, la clase trabajadora está lejos de predominar aún, y todavía menos de ser consciente de su misión histórica. Pero, en cuanto a la perspectiva, es sumamente importante observar los diferentes índices de crecimiento en potencialidades económicas, sociales y políticas de los respectivos contendientes por el poder supremo. Al revisar la historia de este país desde 1876 a 1957, junto con el índice del crecimiento del movimiento de la clase trabajadora a escala mundial, el equilibrio de fuerzas ha estado inclinándose firmemente, a pesar de todas las oscilaciones, hacia el lado del poder de la clase trabajadora. Absolutamente nada, ni siquiera la guerra imperialista, la ley Taft-Hartley, o el macartismo han podido detener el ímpetu del movimiento laboral estadounidense.

El mayor mérito del socialismo científico es que nos permite participar de este proceso al comprenderlo, al luchar para influir en él en todas sus etapas, al darle la dirección adecuada y acelerarlo para que sus grandes objetivos se puedan lograr más económica y eficazmente. Esta tarea puede hacerse en forma organizada sólo mediante la dirección revolucionaria de un partido marxista que comprenda las funciones educativas y organizativas indispensables que debe ejercer en el proceso.

Volvamos ahora a Vincent Sheean, quien popularizó la frase "la perspectiva de la historia", y fue el inspirador de estos comentarios. Triste es decirlo, este escritor mantuvo la perspectiva amplia durante un tiempo muy corto. Movidado por los acontecimientos revolucionarios de la década del veinte y transformado por el radicalismo generalizado de la década del treinta, había llegado a ser alguien que miraba con buenos ojos la transformación socialista de la sociedad, a su modo un partidario de la causa antiimperialista e incluso un simpatizante del leninismo. Pero a medida que el reflujó de la marea de los acontecimientos y del pensamiento político se acentuaba en este país ante la proximidad de la Segunda Guerra Mundial, Sheean se unió a los intelectuales en retirada. Poco a poco pasó de la ciencia socialista de Marx y Lenin al misticismo de Mahatma Gandhi. Dejémoslo ahora dormitando junto a la rueda y soñando con las virtudes de la resistencia pasiva, siempre y cuando no se agarre de ninguno de nosotros y trate de empujarnos hacia atrás con él.

Fue un paso decisivo en el proceso de la evolución, señalamos, cuando la primera criatura adquirió la espina dorsal. Ha habido muchos bajones en el movimiento de la historia, especialmente en las tremendas luchas libradas en nuestra propia generación. Mucha gente se asustó ante la inmensidad de las tareas o se sintió aplastada por la adversidad al punto de perder su moral y sus espaldas dorsales intelectuales, y perder de vista la dirección de la evolución social. En años recientes esto les ha ocurrido a muchos, además de a Vincent Sheean, tanto en los círculos laborales como en los intelectuales.

Esta "generación perdida" ha olvidado, si es que alguna vez lo había aprendido, la lección suprema, tanto de la historia mundial como de la norteamericana: que las fuerzas que tienden al

avance de la humanidad han superado los obstáculos más formidables y finalmente triunfado. De otro modo no estaríamos aquí para contar el cuento o para ayudar a redactar su próximo capítulo.

Nuestros antepasados animales avanzaron desde el pez al antropoide; nuestros antepasados humanos han ascendido desde el antropoide al presidente republicano de los Estados Unidos Eisenhower, y al presidente conservador Meany de la AFL-CIO (Central obrera norteamericana [N. del Ed.]). En el camino, se desembarazaron de las clases dominantes recalcitrantes que, como los monopolistas, se negaban a creer que su reinado terminaría algún día. ¿Es racional pensar que los hombres de su calaña son los representantes definitivos de la nación norteamericana y de su movimiento obrero, o que son los eternos hacedores del destino mundial, o que su política reaccionaria y su punto de vista miope prevalecerán por décadas?

El pueblo norteamericano producirá en el futuro, como lo ha hecho en momentos críticos en el pasado, más hombres y mujeres audaces, con la visión de un nuevo mundo en formación. Estos dirigentes luchadores y estos luchadores dirigentes, guiados por la "perspectiva" del marxismo, probarán en la práctica que las expectativas socialistas de la humanidad, y de la nación norteamericana, no están tan distantes como parecen.

CAPITULO III

DE LENIN A CASTRO

El rol del individuo en el proceso histórico

En el tercer capítulo de *El profeta desterrado*, el último volumen de una biografía de Trotsky, donde se refiere a "El revolucionario como historiador", Isaac Deutscher discute en un contexto altamente instructivo el rol de la personalidad en la determinación de los acontecimientos sociales. El problema surge en relación a la evaluación que hace Trotsky del lugar que ocupó Lenin en la Revolución Rusa.

Deutscher sostiene que Trotsky va y viene entre dos posiciones encontradas. En la *Historia de la Revolución Rusa*, en una carta a Preobrajenski de 1928, y en su *Diario en el exilio*, sostuvo que Lenin fue absolutamente indispensable para la victoria de Octubre. No se hubiera logrado sin él. En otra parte, en *La revolución traicionada*, dice Deutscher, vuelve a su concepción ortodoxa del materialismo histórico que subordina la calidad del liderazgo a los factores más objetivos del proceso histórico. ¿Es esta una vacilación por parte de Trotsky?

El marxismo enseña que ningún individuo, por talentoso o resuelto que sea, o por más estratégicamente ubicado que esté, puede alterar el curso principal del desarrollo histórico, que es conformado por circunstancias y fuerzas que están por encima del individuo. Por lo tanto, razona Deutscher, la revolución hubiera triunfado en 1917 con otros dirigentes aun en el caso de que

Lenin hubiera sido eliminado de la arena por algún accidente. Trotsky mismo, o un equipo de otros jefes bolcheviques, podrían haber ocupado su lugar.

Deutscher supone que la caída de Trotsky en un subjetivismo que bordea el "culto al individuo" con respecto a Lenin, fue motivada por una necesidad psicológica de exagerar el rol del liderazgo individual como contrapeso a la autocracia de Stalin durante su dura batalla política contra éste. Busca corregir a Trotsky haciendo referencia a las ideas expresadas en el clásico ensayo de Plejanov *El rol del individuo en la historia*. Esta fue una polémica contra la escuela [populista] *narodnik* de sociología subjetiva, que exaltaba al héroe como un creador autónomo de la historia, a expensas de las masas y otras determinantes objetivas de la lucha de clases. Argumentando contra la tesis de que la demanda colectiva de liderazgo sólo podía ser cubierta por un individuo notable, Plejanov señalaba que la persona elevada a la autoridad máxima es un obstáculo en el camino de otros que podrían haber llevado adelante las mismas tareas aunque con un estilo diferente. El eclipse de candidatos sustitutos crea la ilusión óptica de la personalidad única irremplazable. Si las condiciones objetivas previas están maduras y la exigencia histórica es lo suficientemente imperiosa, una serie de individuos puede cubrir las funciones de comando.

Los ejemplos de China y Yugoslavia, escribe Deutscher, demuestran cómo las revoluciones en ascenso pueden utilizar hombres de talla menor que un Lenin o un Trotsky para tomar el poder. La lucha de clases puede poner a trabajar cualquier material humano disponible para cumplir con sus objetivos.

Este tema tiene una importancia que va más allá del criterio de Trotsky sobre la importancia de Lenin para la Revolución Rusa o la crítica de Deutscher a las supuestas incongruencias de aquél sobre el tema en cuestión. La acción recíproca de los factores objetivos y subjetivos en el proceso histórico es uno de los problemas claves de la ciencia social. Es no menos clave para la práctica revolucionaria de nuestro propio tiempo.

El materialismo histórico da primacía inequívocamente, como lo señala Deutscher, a los factores objetivos tales como el nivel de las fuerzas productivas y el estado de las relaciones de clases en el desarrollo histórico. Pero hay mucho más.

En primer lugar, los fenómenos sociales divididos en categorías opuestas son sólo relativamente objetivos o subjetivos. Su situación cambia de acuerdo a las conexiones correspondientes. Si el ambiente mundial es objetivo para la nación que es parte de él, la nación a su vez es objetiva respecto de las clases, que constituyen su estructura social. La clase gobernante es objetiva para la

clase trabajadora. El partido es subjetivo ante la clase cuyos intereses representa, mientras que los grupos, las tendencias, las facciones y sus combinaciones son subjetivas respecto del movimiento o del partido que los contiene. Finalmente, el individuo tiene una ubicación subjetiva en relación a todos estos otros factores, si bien tiene una existencia objetiva para los otros individuos.

En segundo lugar, los múltiples factores de cualquier proceso histórico no tienen, y en realidad no pueden tenerlo, un crecimiento igual y simultáneo. No sólo algunos maduran antes que otros, sino que algunos de ellos pueden no lograr una realidad completa y adecuada en el momento decisivo, o en cualquier etapa. La conjunción de *todos* los diversos factores esenciales para que se dé un resultado particular en un gran proceso histórico es un acontecimiento excepcional o "accidental" que es necesario sólo a la larga.

La conducción, colectiva o individual, corporiza el elemento consciente de la historia. La influencia de un individuo en determinar el curso de los acontecimientos puede abarcar desde la insignificancia hasta la totalidad. El alcance de su eficacia en la acción depende de la etapa de desarrollo de las condiciones históricas, la correlación de fuerzas sociales, la conexión precisa de esa persona con aquéllos en una coyuntura dada.

Existen largos lapsos en que el revolucionario más resuelto se encuentra atado de pies y manos por la marcha de los acontecimientos y su influencia para imprimirles otro curso es prácticamente nula. Por otra parte, existen "mareas en los asuntos humanos que, si se las toma en plena corriente, conducen a buen destino".

Por lo general, la acción individual se da en algún punto entre estos dos extremos. Lo que los individuos hacen -o no hacen- en su carácter de individuos, afecta en cierto grado limitado la velocidad y las características específicas de la línea principal de desarrollo.

La cuestión es ¿dónde y cuándo puede un individuo ejercer su máxima influencia y convertirse en la fuerza decisiva para el resultado de la pugna? Esto sólo puede ocurrir cuando el individuo interviene en el punto culminante de una evolución prolongada, cuando se han dado todos los otros factores más objetivos. Estos preparan el escenario para un rol decisivo y aportan los medios para llevar adelante los propósitos y el programa del movimiento que él o ella representan.

El individuo que ayuda a comenzar una nueva línea de desarrollo en cualquier campo aparece como el último eslabón en la concatenación de acontecimientos. Nosotros conocemos eso de la paja que quiebra el lomo del asno o la gota que desborda el vaso. El individuo decisivo sirve como precipitante que transforma la cantidad en calidad en el proceso mediante el cual lo nuevo reemplaza a lo viejo.

Sin embargo, el individuo debe intervenir en el punto crítico del proceso para tener una influencia tan decisiva. Una sincronización tan afortunada, que no siempre depende de la propia percepción del individuo, le permite convertirse en la causa final de la secuencia acumulativa de condiciones, que son determinantes necesarias del resultado.

La discrepancia percibida por Deutscher entre las observaciones de Trotsky en el sentido de que Lenin fue indispensable para la victoria de Octubre y la de que las leyes objetivas de la historia son mucho más poderosas que las características especiales de sus protagonistas se explica por la diferencia entre tomar una perspectiva de corto alcance y de largo alcance de la historia. El cálculo de probabilidades se aplica a la historia humana tanto como a los fenómenos naturales. Dadas suficientes posibilidades para un período prolongado, las fuerzas que representan las necesidades objetivas del progreso social se abrirán paso a través de todos los obstáculos y resultarán más fuertes que las defensas del viejo orden. Pero eso no es necesariamente cierto en cualquier etapa o en cualquier instancia del trayecto. Aquí la calidad del liderazgo puede decidir cuál de las alternativas auténticas que surgen de las condiciones predominantes va a realizarse.

Durante toda una etapa histórica el factor consciente tiene una importancia cualitativamente distinta de la que tiene en una fase específica o en una situación de esa fase. Cuando las fuerzas sociales antagónicas se disputan la supremacía a escala histórica mundial, las circunstancias favorables o desfavorables, como la naturaleza del liderazgo tienden a anularse mutuamente. Las necesidades históricas subyacentes se afirman en las luchas conjuntas a través de éstas, y

contrarrestan las características más superficiales y fortuitas que pueden decidir el resultado final de cualquier choque en particular. Más aun, una clase en ascenso a la larga se beneficia más que su oponente de los accidentes del desarrollo, ya que la clase en retroceso tiene cada vez menos reservas para resistir pequeñas variaciones en la relación de fuerzas. El activo total de una aumenta a medida que disminuye el de la otra.

El tiempo es un elemento de importancia fundamental en el conflicto de fuerzas sociales contendientes. La fase indefinida donde los acontecimientos pueden tomar una dirección u otra no dura mucho. La crisis de las relaciones sociales debe ser resuelta rápidamente en uno u otro sentido. En ese punto, la actividad o pasividad de las personalidades dominantes, los grupos, los partidos y las masas pueden inclinar la balanza hacia uno u otro lado. El individuo puede entrar como factor definitorio del proceso total de la determinación histórica sólo cuando todas las otras fuerzas en juego están temporariamente igualadas. Entonces el peso agregado puede servir para inclinar la balanza.

Casi todos nosotros recordamos ocasiones en que nuestra propia intervención o la de otros resultó decisiva para resolver una situación incierta. Lo que ocurre en pequeños incidentes de la vida se aplica a los grandes acontecimientos. Así como el voto simple de la presidencia puede decidir en caso de empate, así las cualidades sobresalientes de las grandes figuras se ponen de manifiesto cuando la historia llega a un punto muerto. Su decisión o el peso de su autoridad rompe el marasmo e impulsa los acontecimientos en cierta dirección.

Esto se aplica tanto a las tendencias contrarrevolucionarias como a las revolucionarias. Hitler fue importante porque llevó a Alemania al fascismo y a la guerra. Pero él no llevó la historia alemana o mundial a un canal cualitativamente nuevo. Simplemente ayudó a escribir otro horrible capítulo de la agonía mortal del capitalismo.

La imperecedera contribución de Lenin fue el impulso que dio a la apertura de un camino completamente nuevo para la historia rusa y mundial, guiándola desde el callejón sin salida del capitalismo hacia el comienzo del socialismo.

Esto nos lleva nuevamente al problema específico que trata Deutscher. El no cuestiona el hecho de que, en el desencadenamiento concreto de la revolución de 1917, Lenin funcionara como la causa final de la victoria de Octubre. La diferencia entre Deutscher y Trotsky tiene que ver con el reino incierto de las posibilidades históricas. ¿Podría otro revolucionario, como por ejemplo Trotsky, o una combinación de varios haber asumido el lugar de Lenin?

Trotsky decía categóricamente que no. Deutscher objeta que si la misma tarea de liderazgo no hubiese podido ser llevada a cabo por otros, entonces hay que abandonar la posición del materialismo histórico sobre la determinación válida de los acontecimientos. O son los factores objetivos o los subjetivos los que deciden: es necesario optar por alguno de los dos.

En mi opinión aquí Deutscher toma una posición demasiado limitada y unilateral sobre el determinismo histórico, mientras que Trotsky empleó una interpretación más flexible y multilateral basada en la interrelación de categorías mutuamente opuestas. El puso a prueba su concepción, primero en la práctica y luego en la teoría, en las sucesivas etapas de la Revolución Rusa donde la importancia de los factores conscientes resaltaba con notable claridad.

El tipo de liderazgo fue muy distinto en las dos revoluciones de 1917. La Revolución de Febrero no fue planeada ni dirigida desde arriba. Trotsky señaló en el capítulo "Quién dirigió la Revolución de Febrero" de su *Historia de la Revolución Rusa*, que fue dirigida "por obreros conscientes y templados, educados en su mayor parte por el partido de Lenin". Como educador y organizador de estos obreros claves, hasta ese punto fue necesario Lenin para el vuelco de Febrero, aunque no estuviera personalmente en la escena de los hechos.

Entre febrero y octubre se volvió más y más decisivo por sus posiciones resueltas y visionarias en una serie de momentos cruciales, comenzando por la reorientación de los cuadros bolcheviques en abril y culminando con su insistencia en lanzar la insurrección en octubre. Según Trotsky, el rol de Lenin no podría haber sido duplicado. No solamente por sus dotes personales sino, lo que es más definitorio aun, por su posición excepcional en el Partido Bolchevique, que fue en gran medida

creación suya. La cuestión del liderazgo en la Revolución Rusa tuvo una faceta dual. Mientras que los bolcheviques dirigían a los obreros y campesinos a la victoria. Lenin dirigía al Partido Bolchevique. El origen de su rol era el hecho de que *él dirigía a los dirigentes* de la revolución.

Trotsky sabía mejor que nadie cómo podía Lenin influir sobre los altos dirigentes así como sobre la base de su partido. Su autoridad significó una gran ayuda en el período de abril a octubre, para lograr que se aceptaran las propuestas correctas, venciendo la resistencia de otros jefes bolcheviques. Ningún otro poseía este capital acumulado de prestigio, ni siquiera Trotsky, que tenía una historia diferente en cuanto a organización y relaciones. Esta fue la base objetiva de su opinión de que la Revolución de Octubre muy probablemente no se hubiera producido a menos que 'Lenin estuviera presente y al mando'.

Con toda seguridad no es posible, como señala Deutscher y el mismo Trotsky reconoció, ser absolutamente categórico en este punto. Pero la conclusión de Trotsky en todos sus escritos posteriores a Octubre y previos al surgimiento de Stalin, no se basaba en una lamentable caída en el subjetivismo. Era el resultado de aplicar la dialéctica marxista a los hechos tal como él los presenciaba y sopesaba. Si se equivocó no fue por alguna desviación de principios o de método provocada por motivos político-psicológicos inconscientes, como cree Deutscher, sino el resultado de una mala apreciación de los hechos.

Sidney Hook ha entrado en esta controversia desde el otro extremo. En un análisis crítico de *El profeta desterrado* en el número del 11 de mayo de 1964 de *New Leader*, toma la crítica de Deutscher al subjetivismo de Trotsky para sus propios objetivos. En lugar de condenarlo, felicita a Trotsky por descartar los dogmas del materialismo dialéctico y atribuir "el acontecimiento social más importante de la historia humana" a la circunstancia puramente personal y fortuita de la presencia de Lenin en Rusia. A sus ojos, la Revolución de Octubre fue una consecuencia casual de la obra de un individuo. Hook repite el punto de vista expresado en su libro *El héroe en la historia*, citado por Deutscher, de que la Revolución de Octubre ' fue no tanto un producto de todo el pasado histórico ruso como el producto de una de las figuras más decisivas de todos los tiempos'.

Mientras que Deutscher, en nombre de la ortodoxia marxista, tiende a considerar los factores objetivos como casi autosuficientes y subestima así la importancia crucial del liderazgo de Lenin, Hook prácticamente anula las determinantes previas haciendo que la victoria de Octubre dependa completamente de un solo individuo Su enfoque está por debajo de las pautas de los historiadores liberales más esclarecidos, quienes por lo menos colocaban a los factores objetivos a la par con las ideas y la intervención de los grandes individuos.

Hook tiene que falsificar la posición de Trotsky para convertirlo en un pragmático tan superficial como él mismo. La *Historia* de Trotsky está explícitamente dedicada a demostrar *la necesidad de la Revolución Rusa y de su resultado específico* como producto de toda la evolución previa del capitalismo mundial, el atraso de Rusia complementado por sus empresas industriales con gran concentración de mano de obra, y una clase obrera avanzada, las tensiones a que sometía la Primera Guerra Mundial a una autocracia zarista en decadencia, las debilidades de la burguesía, el fracaso de los partidos pequeñoburgueses y la osada visión de los bolcheviques encabezados por Lenin.

Trotsky delinea el funcionamiento de este determinismo en la realidad viva, narrando y analizando la interconexión de los acontecimientos sobresalientes desde su comienzo en febrero hasta el clímax en octubre. Las sucesivas etapas de la revolución no se produjeron por azar; se sucedieron con legitimidad inexorable una a otra en una secuencia condicionada causalmente. El objetivo de su exposición teórica fue encontrar en los hechos verificados del proceso real los efectos de las necesidades objetivas formuladas en las leyes de la lucha de clases aplicadas a una gran potencia atrasada en las condiciones del siglo XX. Ya las había anticipado y articulado en su celebrada teoría de la revolución permanente.

Trotsky consideraba al Partido Bolchevique como una de las componentes de esta necesidad histórica, y a Lenin como el exponente más consciente y el ejecutor más habilidoso de la ciencia política del marxismo basado en estas leyes. No fue puramente fortuito que pudiera desempeñar el rol que jugó. No estaba en esa posición por casualidad. "Lenin no fue un elemento accidental en el

desarrollo histórico sino un producto de todo el pasado del desarrollo ruso". Durante años se había preparado y había preparado a su partido para la tarea de guiar la esperada revolución a la victoria.

No hubo predeterminación de las condiciones previas para Octubre que abarcaban desde la historia de Rusia hasta la visión de futuro y la penetración profunda de Lenin. La práctica demostró la necesidad de esa combinación. Ni se llevó a cabo el curso real de los acontecimientos sin la concurrencia de muchas circunstancias accidentales favorables o desfavorables para ambas partes.

Fue, por ejemplo, una coyuntura feliz que el estado mayor general de Alemania, por sus propios motivos, permitiera a Lenin viajar desde el exilio en Suiza a través de su territorio a tiempo para reorientar al Partido Bolchevique. Fue una casualidad histórica que Lenin permaneciera vivo y en actividad durante los meses cruciales; hubiera podido ser de otro modo y, en realidad, Lenin pensaba que era muy probable que lo asesinaran. En ese caso, si damos crédito a Trotsky, el resultado socialista implícito en la situación no podría haberse logrado en 1917.

Esto significa que la historia del siglo XX, que ahora es imposible separar de la Revolución Rusa y todas sus consecuencias, hubiera sido bastante diferente no en las líneas más generales de su desarrollo pero sí en el curso particular de la pugna irrefrenable entre la revolución socialista y sus antagonistas capitalistas.

No hay nada no-marxista, como Deutscher parece pensar, en reconocer esto. Ligar los "destinos de la humanidad en este siglo" con la actividad de Lenin en 1917 no es un pensamiento subjetivista; es un hecho. Por el contrario, la ausencia de Lenin podría muy bien haber restado ese margen de determinismo a las condiciones necesarias para la victoria, lo cual hubiera hecho que la secuencia subsiguiente de desarrollo de la revolución mundial fuese muy distinta.

La gran fortuna del pueblo ruso y de toda la humanidad es que en 1917 *confluyeron ambos, accidente y necesidad, para llevar la lucha de los obreros y los campesinos a su desenlace adecuado. Esto no siempre fue así en las décadas ulteriores.*

Deutscher debilita considerablemente su posición concentrando la atención en Rusia. El rol de Lenin y su partido se destaca más claramente a la luz de las derrotas sufridas por la clase trabajadora en el resto de Europa y Asia durante las décadas del veinte y del treinta por la falta de una dirección colectiva e individual del calibre de la bolchevique-leninista. La victoria de octubre unida a las derrotas posteriores a octubre convencieron al antes dubitativo Trotsky del rol decisivo de la dirección en una situación objetivamente revolucionaria. Estas experiencias lo llevaron a la generalización que fue la piedra angular del programa de fundación de la Cuarta Internacional adoptado en 1938, de que "la crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria". Es por eso que dedicó los últimos años de su vida a la tarea de procurar reunir tal dirección bajo el estandarte de la Cuarta Internacional.

La discrepancia de Deutscher con Trotsky sobre la parte que le cupo a Lenin en la Revolución Rusa está directamente ligada a su diferencia con Trotsky con respecto al rol de este último en el período posterior a Lenin. Deutscher considera la afirmación de Trotsky de que la fundación de la Cuarta Internacional fue "la obra más importante de mi vida, más importante que 1917, más importante que el período de la guerra civil o cualquier otro..." como una aberración. La energía dedicada a los grupos trotskistas fue un gran desperdicio, cree él, porque las condiciones objetivas no eran las adecuadas para construir una nueva internacional. En su opinión, hubiera sido mejor que se le hubiera aconsejado a Trotsky que siguiera siendo un intérprete de los acontecimientos en vez de tratar de cambiar su curso mediante una organización revolucionaria mundial rival.

J. B. Stuart se encargó de responder a la crítica de Deutscher sobre la falta de realismo de Trotsky en cuanto a la Cuarta Internacional en los números del 17 y 24 de abril de 1964 de *World Outlook*, y no tiene sentido repetir sus argumentos. Aquí nos interesa principalmente la verdadera base lógica de las posiciones de Trotsky.

Deutscher sostiene que Trotsky se equivocó en cuanto a la importancia de Lenin para el triunfo de la Revolución Rusa, y en cuanto a su propio rol en el período de reacción mundial posterior a la muerte de Lenin, por razones psicológicas que van en contra de la objetividad marxista. En realidad

Trotsky extrajo su posición en ambos casos, nos parece, de su concepción de las necesidades del proceso revolucionario de nuestro tiempo. Pensaba que todas las condiciones objetivas principales para derribar el capitalismo habían madurado. Lo que faltaba para que se produjeran nuevos octubres era la presencia de una dirección como la de Lenin y los bolcheviques en 1917. Era necesario formar esos cuadros para evitar que las burocracias incompetentes y traidoras que encabezaban los diferentes sectores del movimiento obrero desbarataran más posibilidades revolucionarias. Por lo tanto fueron las necesidades políticas mundiales, y no las necesidades psicológicas particulares, el origen de sus conclusiones.

Es verdad, como señala Deutscher, que en Yugoslavia y China el poder revolucionario fue conquistado con direcciones formadas en la escuela estalinista, lo cual no está a la altura de las pautas del bolchevismo de Lenin. El Congreso Reunificador de la Cuarta Internacional de 1963 lo reconoció en su resolución, *La dinámica de la revolución mundial en la actualidad*: "La debilidad del enemigo en los países atrasados ha abierto la posibilidad de llegar al poder aun con un instrumento desafilado".

Sin embargo, el documento se apresura a agregar: "La fuerza del enemigo en los países imperialistas exige una herramienta mucho más perfeccionada". Para la toma del poder en los bastiones capitalistas, así como para la administración del poder en los estados obreros degenerados o deformados, la construcción de nuevos partidos revolucionarios de masas y su unificación en una nueva organización internacional sigue siendo la tarea estratégica central del período actual, no menos que en el tiempo de Lenin y Trotsky.

Esta unidad dialéctica de los factores objetivos y subjetivos para hacer una revolución ha sido ejemplificada y teorizada por Fidel Castro y sus seguidores cercanos. Si alguna vez un acontecimiento histórico pudo ser considerado la obra de un hombre, ese fue —y es— la Revolución Cubana. Castro es realmente su "líder máximo".

Castro explicó, sobre todo en su discurso del 21 de diciembre de 1961 sobre marxismo-leninismo, que los fundadores del Movimiento 26 de Julio no esperaron a que *todas* las condiciones objetivas necesarias para el triunfo revolucionario surgieran espontáneamente. Ellos comenzaron deliberadamente a crear las condiciones revolucionarias que aún faltaban mediante la lucha. Su guerra de guerrillas sí produjo los cambios morales, psicológicos y políticos necesarios para derrocar la tiranía de Batista.

En Cuba, la transformación del equilibrio de fuerzas a favor del bando progresivo por la iniciativa de un pequeño grupo de combatientes revolucionarios conscientes demuestra dramáticamente lo decisivo que puede ser el factor subjetivo para hacer la historia. Sin embargo las intenciones de Castro se hubieran frustrado y sus combatientes hubieran resultado impotentes sin la respuesta que recibieron, primero de los campesinos en las montañas y luego de las masas en las áreas rurales y urbanas.

Los hechos ocurridos a noventa millas de Cuba han puesto de relieve los aspectos dobles del peso del individuo en el quehacer histórico. El asesinato de Kennedy en noviembre de 1963 no significó una interrupción seria de ninguna de las operaciones del gobierno de Estados Unidos, ni cambió su curso en lo interno o en el exterior. Luego de asumir el poder ejecutivo, Johnson prosiguió esencialmente con la misma política de su predecesor, aunque poniéndole un sello tejano en vez del acento de Harvard. Así, la supresión brusca de una personalidad sumamente popular y poderosa resultó de poca importancia comparada con el automatismo del gobierno capitalista. Los individuos procapitalistas pasan. El sistema queda.

Al mismo tiempo, el que detenta el poder supremo en los Estados Unidos tiene bajo su control más poder militar masivo que cualquier otra persona en la historia de la humanidad. El 4 de julio de 1964, Johnson se jactó de que la fuerza nacional "es más potente que el poderío combinado de todas las naciones en la historia mundial".

El presidente puede lanzar cantidades de cohetes nucleares suficientes como para destrozarse la humanidad entera. ¿Quién puede cuestionar la abrumadora importancia del individuo cuando la decisión de un hombre puede terminar con la historia humana de este planeta? Kennedy estaba completamente de acuerdo con esta posibilidad durante la crisis del Caribe en 1962.

Por cierto que el hombre de la Casa Blanca no actúa como un individuo aislado. El es el primer mandatario de los Estados Unidos, comandante en jefe de las fuerzas armadas y, lo que es más significativo, agente de los explotadores que manejan la economía y el gobierno. Su rol personal concuerda en todo con las necesidades objetivas de la dominación monopolista y en última instancia los intereses fundamentales de la clase gobernante determinan su conducta política.

Pero sus funciones representativas no invalidan el hecho de que es el único que está facultado para tomar la decisión final y puede dar la orden de que se pulse el botón de la bomba H.

La decisión personal es la más alta expresión del determinismo social, el último eslabón de su cadena causal. El determinismo social que actúa hoy en el mundo está dividido en dos tendencias irreconciliables, que emanan de clases opuestas. Una es dirigida por los artífices capitalistas de las guerras, cuyos voceros en Estados Unidos han afirmado que no se abstendrán de usar armas atómicas si resulta necesario. La otra está constituida por las masas de los Estados Unidos y el resto del mundo, que sienten miedo ante esta perspectiva y que tienen todo que perder si eso llegara a ocurrir.

¿Cuál de estos determinismos en disputa prevalecerá? El destino de la humanidad está pendiente de un hilo. Para desalojar y desarmar a los maniáticos de la bomba atómica acuartelados en Washington es necesario construir un movimiento revolucionario masivo y sumamente decidido. Ningún individuo aislado los va a parar. Pero la victoria en la lucha a muerte por la paz mundial contra el aniquilamiento nuclear requerirá la iniciativa y la dedicación de *individuos* que, aunque tal vez no posean las aptitudes sobresalientes de liderazgo de un Lenin, un Trotsky o un Castro, puedan actuar inspirados por ellos.

CAPITULO IV

DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO EN LA HISTORIA MUNDIAL

El curso desigual de la historia

Este ensayo procura dar una explicación amplia de una de las leyes fundamentales de la historia humana, la ley del desarrollo desigual y combinado. Es la primera vez, que yo tenga conocimiento, que se intenta hacerlo. Trataré de demostrar qué es esta ley, cómo ha funcionado en la historia, y cómo puede clarificar algunos de los fenómenos sociales y problemas políticos de nuestra época que más confusión crean.

La ley del desarrollo desigual y combinado es una ley científica de aplicación sumamente amplia en el proceso histórico. Tiene un carácter dual o, mejor dicho, es una fusión de dos leyes íntimamente relacionadas. Su aspecto fundamental se refiere a los distintos ritmos de crecimiento de los diversos elementos de la vida social. El segundo a la correlación de estos factores desigualmente desarrollados en el proceso histórico.

Los aspectos fundamentales de la ley pueden sintetizarse brevemente de la siguiente manera: la fuente principal del progreso humano es el dominio del hombre sobre las fuerzas de producción. A medida que avanza la historia se produce un crecimiento más rápido o más lento de las fuerzas productivas en este o aquel segmento de la sociedad, debido a las diferencias en las condiciones naturales y en las conexiones históricas. Estas disparidades dan un carácter de expansión o comprensión a toda una época histórica y dan origen a distintos ritmos y medidas de crecimiento en los diversos pueblos, en las diferentes ramas de la economía, en las diferentes clases, instituciones sociales y campos de la cultura. Esta es la esencia de la ley del desarrollo desigual.

Las variaciones entre los múltiples, factores de la historia dan la base para el surgimiento de un fenómeno excepcional, en el cual las características de una etapa inferior del desarrollo social se fusionan con las de otra superior. Estas formaciones combinadas tienen un carácter altamente contradictorio y exhiben marcadas peculiaridades. Pueden desviarse tanto de las reglas y causar tal trastorno como para producir un salto cualitativo en la evolución social y capacitar a pueblos antiguamente atrasados para superar, por un cierto tiempo, a otro más avanzado. Esta es la esencia de la ley del desarrollo combinado.

Es obvio que estas dos leyes, o estos dos aspectos de una misma ley, no actúan al mismo nivel. La desigualdad del desarrollo precede cualquier combinación de los factores desarrollados desproporcionalmente. La segunda ley se origina en la primera, y depende de ella, si bien ésta a su vez vuelve a actuar sobre aquélla y la afecta en su funcionamiento posterior.

El descubrimiento y la formulación de esta ley es el resultado de más de 2.500 años de investigaciones teóricas sobre las formas del desarrollo social. Las primeras observaciones sobre las que se basa fueron efectuadas por los filósofos e historiadores griegos. Pero la ley misma fue llevada a un primer plano y aplicada efectivamente por primera vez por los fundadores del materialismo histórico. Marx y Engels aproximadamente un siglo atrás. Esta ley es una de las más grandes contribuciones del marxismo a la comprensión científica de la historia y uno de los más poderosos instrumentos de análisis histórico.

Marx y Engels extrajeron la esencia de esta ley de la filosofía dialéctica de Hegel, quien la utilizó en sus obras sobre historia universal e historia de la filosofía sin darle, no obstante, un nombre especial o un reconocimiento explícito.

De la misma manera, muchos pensadores dialécticos, antes y después de Hegel, usaron esta ley en sus estudios y la aplicaron más o menos conscientemente a la solución de complejos problemas históricos, sociales y políticos. Todos los teóricos destacados del marxismo, desde Kautsky y Luxemburgo hasta Plejanov y Lenin, advirtieron su importancia, observaron su funcionamiento y sus consecuencias y la usaron para la solución de problemas que confundían a otras escuelas de pensamiento.

Permítaseme citar un ejemplo de Lenin, quien basó su análisis de la primera etapa de la Revolución Rusa de 1917 en esta ley. En sus *Cartas desde lejos* escribió a sus colaboradores bolcheviques desde Suiza: "El hecho de que la Revolución (de Febrero) haya triunfado tan rápidamente [...] se debe a una coyuntura histórica inusual, donde se combinaron de una manera notablemente 'favorable' movimientos absolutamente distintos, intereses de clases absolutamente diferentes y tendencias políticas y sociales absolutamente opuestas". (*Obras Completas*, volumen 1)

¿Qué había ocurrido? Un sector de la nobleza y los terratenientes rusos, la oposición burguesa, los intelectuales radicales, los obreros, campesinos y soldados insurgentes, junto con los aliados imperialistas - fuerzas sociales "absolutamente disímiles"- se habían unido momentáneamente en contra de la autocracia zarista, cada una por sus razones particulares. Juntas sitiaron, aislaron y derribaron al régimen de los Romanov. Esta extraordinaria conjunción de circunstancias y combinaciones únicas de fuerzas surgió de la desigualdad previa del desarrollo histórico ruso, con todos sus problemas sociales y políticos largamente postergados y no resueltos, exacerbados por la primera guerra imperialista mundial.

Las diferencias, que desaparecieron superficialmente en la ofensiva contra el zarismo, se reafirmaron después de febrero y no pasó mucho tiempo antes de que esta alianza de facto entre fuerzas opuestas por su naturaleza se desintegrara. Los aliados de febrero de 1917 se transformaron en los irreconciliables enemigos de octubre de 1917.

¿Cómo se llegó a esto? La caída del zarismo produjo a su vez una nueva desigualdad en la situación, que puede sintetizarse en la siguiente fórmula: por un lado, las condiciones objetivas estaban maduras para la toma del poder por los obreros; por el otro, la clase obrera rusa -y sobre todo su dirección- todavía no había apreciado correctamente la situación real ni puesto a prueba la nueva relación de fuerzas. En consecuencia, se encontraban subjetivamente inmaduros para tomar el poder. Puede decirse que el desarrollo de la lucha de clases, desde febrero a octubre de 1917, consistió en el reconocimiento creciente, por parte de la clase obrera y de sus líderes revolucionarios, de lo que debía hacerse y en la superación de la disparidad entre las condiciones objetivas y la preparación subjetiva. La brecha fue cerrada en la acción por el triunfo de los bolcheviques en la Revolución de Octubre, que combinó la conquista obrera del poder con un amplio levantamiento campesino.

Este proceso está explicado a fondo en la *Historia de la Revolución Rusa*, de Trotsky. La misma revolución rusa fue el ejemplo más claro del desarrollo desigual y combinado en la historia moderna. En su análisis clásico de este acontecimiento Trotsky dio al movimiento marxista la primera formulación explícita de la ley.

Trotsky, el teórico, es muy celebrado por la formulación de la teoría de la revolución permanente. Es probable que su exposición de la ley del desarrollo desigual y combinado llegue a ser aparejada a aquella en cuanto a su valor. No sólo le dio el nombre a esta ley, sino que también fue el primero en apreciar toda su importancia.

Estas dos contribuciones a la comprensión científica de los movimientos sociales están, de hecho, íntimamente ligadas. La concepción de Trotsky de la revolución permanente fue el resultado de su estudio de las peculiaridades del desarrollo histórico ruso, a la luz de los nuevos problemas que se le presentaban al socialismo mundial en la era del imperialismo. Estos problemas eran particularmente agudos y complejos en los países atrasados, donde la revolución democrático burguesa no se había dado aún. en un momento en que ya estaba planteada la revolución proletaria. Los frutos de sus ideas sobre esta cuestión, confirmados por el desarrollo real de la Revolución Rusa, prepararon y estimularon su elaboración ulterior de la ley de desarrollo desigual y combinado.

Por cierto, la teoría de Trotsky de la revolución permanente es la aplicación más fructífera de esta misma ley a los problemas claves de la lucha de clases internacional de nuestro tiempo, la época de transición de la dominación capitalista del mundo al socialismo. Sin embargo, la ley misma no sólo es aplicable a los acontecimientos revolucionarios de la época presente sino, como ya veremos, para toda la evolución social. Y tiene aplicaciones más amplias aun.

Dejando de lado el trasfondo histórico del cual ha surgido la ley del desarrollo desigual y combinado, consideramos ahora el alcance de su aplicación. Aunque directamente originada en el estudio de la historia moderna, la ley de desarrollo desigual y combinado tiene sus raíces en aspectos comunes a todos los procesos de crecimiento de la naturaleza así como de la sociedad. Los investigadores científicos han puesto énfasis en el predominio de la desigualdad en muchos campos. Todos los elementos constituyentes de una cosa, todos los aspectos de un hecho, todos los factores de un proceso en desarrollo, no se realizan en la misma proporción o en igual grado. Más aun, bajo diferentes condiciones materiales, incluso una misma cosa exhibe diferentes proporciones de crecimiento. Cualquier campesino o jardinero lo sabe.

En *Life in the Past* (La vida en el pasado), G.C. Simpson, una de las autoridades más destacadas en materia de evolución, desarrolla este mismo punto diciendo:

Lo más notable con respecto a los ritmos de evolución es que varían enormemente y que los más rápidos parecen muy lentos a los seres humanos (incluso a los paleontólogos, se podría decir). Si seguimos cualquier línea de filogenia en su registro fósil, es casi seguro que distintos caracteres y partes evolucionan en proporciones bastante diferentes y en general ninguna parte evoluciona durante mucho tiempo en la misma proporción. El cerebro del caballo evolucionó rápidamente, mientras el resto del cuerpo cambiaba muy poco. Hubo un lapso relativamente corto durante el cual la evolución del cerebro fue mucho más rápida que en cualquier otro momento. La pezuña prácticamente no evolucionó durante el desarrollo del caballo, pero en tres momentos sufrió cambios relativamente rápidos en su mecanismo.

Los ritmos de evolución varían también mucho de una familia a otra, e incluso entre familias ligadas entre sí. Hay algunos animales que viven en la actualidad que han cambiado muy poco en largos períodos de tiempo: un pequeño branquiópodo llamado *Lingula*, en alrededor de 400 millones de años; el *Limidus*, "cangrejo" herradura (que es más un escorpión que un cangrejo), en 175 millones de años o más; el *Esfenodonte* (un reptil parecido a una lagartija) ahora confinado a Nueva Zelandia, en alrededor de 15 millones de años; el *Didelfis* (una zarigüeya americana), en alrededor de 75 millones de años. Estos y otros animales, para los cuales la evolución se detuvo mucho tiempo atrás, tienen parientes que evolucionaron a ritmos normales o incluso relativamente rápidos. Por otra parte existen diferencias típicas de ritmo en los distintos grupos. La mayoría de los animales terrestres han evolucionado más rápido que la mayoría de los acuáticos. Una generalización que no contradice el hecho de que algunos animales acuáticos hayan evolucionado más rápido que algunos terrestres. (Págs. 137-138.)

La evolución de órdenes enteros de organismos ha pasado por un ciclo marcado por una fase inicial de crecimiento lento, restringido, seguido de un período más corto pero intenso de "expansión explosiva", la que a su vez se asienta en una prolongada fase de cambios menores.

En *The Meaning of Evolution* [El significado de la evolución] (págs.72-73), G.C. Simpson señala: "Los tiempos de expansión rápida, alta variabilidad y comienzo de radiación adaptativa [...] son períodos que amplían las oportunidades que se presentan a los grupos capaces de continuarla". Esa oportunidad para una expansión explosiva se abrió a los reptiles cuando evolucionaron al punto de independizarse del agua como medio vital e irrumpir en la tierra, desprovista hasta entonces de animales vertebrados. Luego sigue "un período más tranquilo, en que la radiación ha sido completada" y el grupo puede entregarse al "goce progresivo de la conquista lograda".

La evolución de nuestra propia especie ya ha pasado por la primera fase de ese ciclo y ha entrado en la segunda. Los antecesores animales inmediatos del género humano pasaron por un prolongado período de crecimiento restringido como una raza inferior comparada con otras. El género humano llegó a su fase de "expansión explosiva" sólo en el último millón de años aproximadamente, después que el primate del que descendemos adquiriera las necesarias aptitudes sociales. Sin embargo, el desarrollo posterior del género humano no duplicará el ciclo de evolución animal, porque el crecimiento de la sociedad procede sobre una base cualitativamente distinta y es gobernado por sus propias leyes específicas.

La evolución del organismo humano característico está marcada por una considerable irregularidad. El cráneo desarrolló sus actuales características entre nuestros antecesores antropoides mucho antes de que se formaran nuestras manos flexibles con el pulgar oponible. Fue solamente después de que nuestros prototipos habían adquirido la postura vertical y las manos aptas para el trabajo, que el cerebro contenido en el cráneo desarrolló sus actuales proporciones y su complejidad.

Lo que es válido para órdenes y especies enteras de animales y plantas también lo es para los especímenes individuales. Si prevaleciera, la igualdad en el crecimiento biológico, cada órgano del cuerpo se desarrollaría simultáneamente y en las mismas proporciones. Pero en la vida real no se da una simetría tan perfecta. En el crecimiento del feto humano, algunos órganos aparecen y maduran antes que otros. La cabeza y el cuello se forman antes que los brazos y las piernas, el corazón en la tercera semana y los pulmones después. Como suma de todas estas irregularidades, sabemos que los recién nacidos salen de la matriz en diferentes condiciones, incluso con deformaciones y en diferentes intervalos entre la concepción y el nacimiento. El período de nueve meses de gestación no es más que un promedio estadístico. La fecha de nacimiento puede divergir en días, semanas, o meses de este promedio. El seno frontal, un desarrollo tardío que sólo poseen los primates y los hombres, no se da en los seres humanos sino después de la pubertad, y en muchos casos no aparece nunca.

El desarrollo de la organización social y de las estructuras sociales determinadas exhibe desigualdades no menos pronunciadas que la historia biológica de los antecesores de la raza humana. Los diversos elementos de la existencia social han aparecido en tiempos diferentes, evolucionaron en proporciones enormemente diferentes y se han desarrollado en grados distintos bajo distintas condiciones y de un período a otro. Los arqueólogos dividen la historia humana en Edad de Piedra, Bronce y Hierro, teniendo en cuenta los materiales usados en la fabricación de herramientas y armas. Estas tres etapas del desarrollo tecnológico han tenido un período de vida de duración muy distinta. La Edad de Piedra se extendió alrededor de 900 mil años, la edad de Bronce entre 3.000 y 4.000 años A. de C. y la edad de Hierro tiene menos de 4.000 años. Sin embargo, los distintos grupos del género humano han atravesado estas etapas en distintos momentos en distintas partes del mundo. La Edad de Piedra finalizó 3.500 años A. de C. en la Mesopotamia, alrededor de 1.600 años A. de C. en Dinamarca, en 1492 en América y aún no había terminado en Nueva Zelanda hacia 1.800.

Una desigualdad parecida puede señalarse en el ritmo de la organización social. El salvajismo, basado en la recolección de alimentos, la caza y la pesca, se extiende alrededor de muchos centenares de miles de años mientras que la barbarie, basada en la cría de animales y el cultivo y cosecha de cereales, data de 8.000 años A. de C. La civilización tiene menos de 6.000 años de vida.

La producción extensa, regular y creciente de alimentos produjo un avance revolucionario en el desarrollo económico y elevó a los pueblos productores de alimentos muy por encima de las tribus atrasadas, que continuaban subsistiendo en base a la recolección de alimentos. Asia fue el lugar originario de la domesticación de animales y la horticultura. No se sabe con certeza cuál de estas ramas de la producción se desarrolló antes, pero los arqueólogos han descubierto ruinas de comunidades campesinas mixtas, que llevaban a cabo ambos tipos de producción de alimentos, ya alrededor de 8.000 años A. de C.

Ha habido tribus puramente pastoriles que dependían exclusivamente de la cría de ganado para su existencia, así como pueblos completamente agrícolas, cuya economía se basaba en el cultivo de cereales o tubérculos. La cultura de estos grupos especializados tiene un desarrollo unilateral por su tipo particular de producción de los medios básicos de vida. El modo de subsistencia puramente pastoril no tiene, sin embargo, las potencialidades de desarrollo inherentes a la agricultura. Las tribus pastoriles no pueden incorporar a su economía la forma superior de producción de alimentos ni siquiera a escala mínima sin asentarse en un lugar y cambiar enteramente su modo de vida, especialmente después de la introducción del arado que superó las técnicas del rozado para la agricultura. No podían desarrollar una división amplia del trabajo ni

avanzar a una vida en aldeas o ciudades en tanto continuaran como simples pastores de su ganado.

La superioridad inherente a la agricultura sobre la cría de ganado quedó demostrada por el hecho de que las poblaciones densas y las más avanzadas civilizaciones se desarrollaron sobre la base de la agricultura, como lo prueban las civilizaciones azteca, maya e inca en América Central y del Sur. Más aun, los agricultores han podido incorporar fácilmente animales domesticados a su modo de producción combinando el cultivo del alimento con la cría de ganado, e incluso incorporando animales de tiro a la tecnología agrícola con la invención del arado.

Fue la *combinación* de la ganadería con el cultivo de cereales en explotaciones mixtas lo que preparó, en el seno de la sociedad bárbara, los elementos de la civilización. Esta combinación permitió a los pueblos agrícolas superar a las tribus meramente pastoras y transformarse, por las condiciones favorables de los valles de los ríos de la Mesopotamia, Egipto, India y China, en la cuna de la civilización.

Desde el surgimiento de los pueblos civilizados han existido tres niveles diferentes de progreso, que corresponden a sus modos de asegurarse las necesidades vitales: la recolección de alimentos, la producción rudimentaria de alimentos y la producción mixta con un alto desarrollo de la división del trabajo y un creciente intercambio de mercancías. Los griegos de la era clásica eran sumamente conscientes de la disparidad entre su propio desarrollo y el de los pueblos que aún se mantenían en una etapa primitiva, inferior, de existencia social. Distinguían en forma tajante a los griegos civilizados de los bárbaros. La conexión histórica y la distancia que los separaba fue expresada por el historiador Tucídides, quien dijo: "Los griegos vivieron antes como los bárbaros ahora".

La desigualdad del desarrollo histórico mundial raras veces ha sido más notable que cuando los habitantes aborígenes de América se enfrentaron por primera vez con los invasores blancos que venían de Europa. Se encontraron allí dos líneas de evolución social completamente separadas, producto de diez a veinte mil años de desarrollo independiente en los dos hemisferios. Era inevitable que ambas compararan sus índices de crecimiento y midieran sus respectivos logros. Esta fue una de las más agudas confrontaciones de culturas diferentes en toda la historia.

En ese momento chocaban la Edad de Piedra con la última etapa de la Edad de Hierro y el comienzo del maquinismo. En la caza y en la guerra, el arco y la flecha tuvieron que competir con el mosquete y el canon; en la agricultura, la azada y el palo para roturar la tierra, con el arado y los animales de tiro; en el transporte por agua, la canoa con el barco; en la locomoción terrestre, las piernas humanas con el caballo y el pie descalzo con la rueda. En la organización social, el colectivismo tribal se dio de bruces con las instituciones y costumbres feudal-burguesas; la producción para el consumo inmediato en la comunidad contra una economía monetaria y el comercio internacional.

Se podrían multiplicar los ejemplos de contrastes entre los indios americanos y los europeos occidentales. La desigualdad de los productos humanos de etapas tan distantes de desarrollo económico era demasiado evidente. Eran tan opuestos y había tal distancia entre ellos que al principio los jefes aztecas identificaron a los blancos recién llegados con dioses, mientras que los europeos correspondieron considerando a los nativos como animales.

En Norteamérica no se niveló la desigualdad histórica en capacidad productiva y destructiva mediante la adopción por parte de los indios del sistema de los blancos y su asimilación gradual y pacífica a la sociedad de clases. Por el contrario, en los cuatro siglos siguientes esta desigualdad llevó al desalojo y el aniquilamiento de las tribus indígenas.

Pero si bien los colonizadores blancos desplegaron su superioridad material sobre los pueblos nativos, ellos mismos estaban atrasados en relación a su madre patria. El retraso general del continente norteamericano y sus colonias, comparado con el Occidente europeo, predeterminó las principales líneas de su desarrollo desde el comienzo del siglo XV hasta mediados del siglo XIX. En este período, la tarea histórica central de los americanos fue alcanzar a Europa superando la disparidad entre el desarrollo social de los dos continentes. Cómo y quiénes realizaron esta tarea es el principal tema de la historia norteamericana a través de estos tres siglos y medio.

Ello requirió, entre otras cosas, dos revoluciones para completar el trabajo. La revolución colonial, que coronó la primera etapa de progreso, dio al pueblo norteamericano instituciones políticas más avanzadas que las de cualquier otro lugar del Viejo Mundo y allanó el camino para una rápida expansión económica. Aun habiendo ganado la independencia nacional, los Estados Unidos todavía tuvieron que conquistar la independencia económica dentro del mundo capitalista. La diferencia económica entre este país y las naciones del occidente de Europa se redujo en la primera mitad del siglo XIX y quedó virtualmente eliminada por el triunfo del capitalismo industrial del Norte sobre las potencias esclavistas en la guerra civil. Estados Unidos no necesitó mucho tiempo para ponerse a la altura de las potencias de Europa occidental y superarlas.

Estos cambios en la posición internacional de Estados Unidos muestran la desigualdad entre el desarrollo de los centros metropolitanos y las colonias, entre los distintos continentes y entre los países de un mismo continente.

Una comparación entre los diversos modos de producción en los diversos países pone muy agudamente de manifiesto sus desigualdades. La esclavitud había desaparecido virtualmente como modo de producción en los países de Europa antes de que fuera introducida en América, en virtud de las necesidades de los mismos europeos. La servidumbre había desaparecido en Inglaterra antes de que surgiera en Rusia... y hubo intentos de implantarla en las colonias norteamericanas después de que en la madre patria ya estaba en vías de extinción. En Bolivia, el feudalismo floreció con los conquistadores españoles y languideció la esclavitud, mientras que en el sur de Estados Unidos el feudalismo era frenado y la esclavitud prosperaba.

El capitalismo estaba altamente desarrollado en el occidente de Europa, en tanto que en el Este estaba implantado sólo superficialmente. Una disparidad similar en el desarrollo capitalista prevaleció entre Estados Unidos y México.

Las disparidades cuantitativas y cualitativas en el curso de sus desarrollos son tan evidentes que Trotsky calificó a la desigualdad como "la ley más general del proceso histórico" (*Historia de la Revolución Rusa*, pág. 5). Estas desigualdades son la expresión específica de la naturaleza contradictoria del progreso social y de la dialéctica del desarrollo humano.

Se dieron aun en las etapas más primitivas de la evolución social. En *New Light on Ancient America*, [Nueva luz sobre la antigua América], el antropólogo Ralph Linton nos dice que al pasar del salvajismo a la barbarie las áreas centrales de progreso entre los indios americanos cambiaron de lugar. "Mientras los americanos tuvieron una economía basada en la caza y la recolección de alimentos, el norte de Norteamérica fue culturalmente la parte más avanzada del continente. Ninguna de las culturas preagrícolas establecidas al sur de la Gran Llanura o los Bosques del Norte se compara con las de aquellas áreas en riqueza y contenido. Con el surgimiento de las civilizaciones basadas en la agricultura en la zona central de Estados Unidos, la situación se invirtió. La línea principal de difusión iba del sur al norte y las influencias de la zona central se hicieron cada vez más notorias en toda el área al este de los Rocallosos."

La desigualdad del desarrollo entre distintos continentes y países se da también entre los distintos elementos de cada grupo social u organismo nacional.

En una obra sobre la clase obrera norteamericana escrita por Karl Kautsky a principios de siglo, el marxista alemán señalaba algunos de los contrastes importantes entre el desarrollo social de Rusia y los Estados Unidos en ese tiempo. "Existen dos estados -escribió- diametralmente opuestos el uno al otro. Cada uno de ellos contiene un elemento extraordinariamente desarrollado en comparación con su nivel de producción capitalista. En uno -Norteamérica- es la clase capitalista. En Rusia es el proletariado. En ningún otro país se puede hablar con tanta propiedad como en Estados Unidos de la dictadura del capital, mientras que en ninguno ha adquirido el proletariado tanta importancia como en Rusia." Esta diferencia en el desarrollo, que Kautsky describe en su nacimiento, llegó a acentuarse enormemente.

Trotsky hizo un extraordinario análisis de la importancia de tales desigualdades para explicar el curso de la historia de una nación, en el primer capítulo de *La Historia de la Revolución Rusa*, "Las peculiaridades del desarrollo ruso". La Rusia zarista contenía fuerzas sociales que pertenecían a tres diferentes etapas del desarrollo histórico. En la cima los elementos feudales: una autocracia

asiática excesivamente numerosa, un clero estatal, una burocracia servil, una nobleza terrateniente privilegiada. Más abajo había una burguesía débil, impopular y una intelectualidad cobarde. Estos fenómenos opuestos estaban orgánicamente interrelacionados. Constituían aspectos distintos de un mismo proceso social. Las mismas condiciones históricas que habían preservado y fortificado las fuerzas feudales -el ritmo lento del desarrollo ruso, su atraso económico, sus formas sociales primitivas, y el bajo nivel cultural- habían impedido el crecimiento de las fuerzas burguesas y habían acentuado su debilidad social y política.

Este era un aspecto de la situación. Por otro lado, el atraso extremo de la historia rusa había dejado problemas agrarios y nacionales sin resolver, dando lugar así a un campesinado descontento, sediento de tierra, y a nacionalidades oprimidas con ansias de libertad; además, la aparición tardía de la industria capitalista daba nacimiento a empresas industriales altamente concentradas dominadas por el capital financiero extranjero y un proletariado no menos concentrado, armado con las últimas ideas, organizaciones y método de lucha.

Esta marcada desigualdad en la estructura social de la Rusia zarista dio base a los acontecimientos revolucionarios que comenzaron con el derrocamiento de la decadente estructura medieval en 1917 y concluyeron a los pocos meses con el proletariado y el Partido Bolchevique en el poder. Solamente analizando esta desigualdad es posible captar por qué la Revolución Rusa se dio de esta manera.

Las pronunciadas irregularidades que se han producido en la historia indujeron a algunos pensadores a negar que exista o pueda existir alguna causalidad o ley en el desarrollo social. La escuela más conocida de los antropólogos norteamericanos, encabezada por el desaparecido Franz Boas, niega explícitamente que pueda descubrirse alguna secuencia determinada de etapas en la evolución social, o que las expresiones culturales sean conformadas por la tecnología o la economía. Según R. H. Lowie, el exponente más conocido de este criterio; los fenómenos culturales presentan meramente el carácter de una "mezcolanza sin planes", un "revoltijo caótico". El "revoltijo caótico" está sólo en las cabezas de estos antimaterialistas y antievolucionistas, no en la historia ni en la constitución de la sociedad.

Es posible que los pueblos que viven bajo las condiciones de la Edad de Piedra en el siglo XX posean una radio, pero no que la fabriquen. Pero sería categóricamente imposible encontrar tal producto de la electrónica contemporánea enterrado con restos humanos en un depósito de la Edad de Piedra de 20.000 años atrás.

No se necesita mucha penetración para ver que la recolección de alimentos, hierbas, la caza, la pesca o el capturar aves existieron mucho antes que la producción de alimentos en la forma de horticultura o ganadería. O que las herramientas de piedra precedieron a las de metal; que la palabra precedió a la escritura; que las cuevas son anteriores a las casas; que las tolderías existieron antes que las aldeas; que el trueque de bienes precedió a la moneda. A una escala histórica general estas secuencias son absolutamente inviolables.

Las principales características de la estructura social de los salvajes están determinadas por los métodos primitivos que usaban para producir los medios de vida, que a su vez dependen del bajo nivel de sus fuerzas productivas. Se estima que los pueblos recolectores de alimento requieren entre 4 y 40 millas cuadradas per cápita para mantenerse. No pueden ni producir, ni mantener grandes concentraciones de población sobre tales bases económicas. Generalmente los grupos estaban integrados por menos de 40 personas y raras veces excedían de 100. La escasa provisión de alimentos y la dispersión de sus fuerzas limitaba estrictamente su desarrollo.

¿Qué se puede decir con respecto a la etapa inmediatamente superior del desarrollo social, el barbarismo? El famoso arqueólogo V. Cordón Childe ha publicado recientemente, en un libro llamado *Evolución social*, un análisis de los "sucesivos pasos a través de los cuales las culturas bárbaras entran a la vía de la civilización, en ambientes naturales contrastados". Childe reconoce que el punto de partida en la esfera económica fue idéntico en todos los casos, "en la medida en que las primeras culturas bárbaras examinadas estaban basadas en el cultivo de los mismos cereales y en la cría de las mismas especies de animales". Es decir, el barbarismo se distingue de

las formas salvajes de vida por la adquisición y aplicación de técnicas productivas superiores para la agricultura y la ganadería.

Destaca además que el resultado final -la civilización- aunque exhibe diferencias concretas en cada caso, "sin embargo en todos lados significa el agrupamiento de grandes poblaciones en las ciudades, la diferenciación en su seno entre productores primarios (pescadores, agricultores, etc.), artesanos especializados, mercaderes, funcionarios, clérigos y gobernantes; una efectiva concentración del poder económico y político, el uso de símbolos convencionales para registrar y transmitir informaciones (la escritura) y patrones igualmente convencionales de pesos y medidas, y de mediciones del tiempo y el espacio que llevan a un cierto tipo de ciencia matemática y calendaría".

Al mismo tiempo Childe señala que "los pasos intermedios en el desarrollo no presentan siquiera un paralelismo abstracto". La economía rural de Egipto, por ejemplo, tiene un desarrollo diferente a la de la Europa templada. En la agricultura del Viejo Mundo la azada fue sustituida por el arado, herramienta que los mayas ni siquiera conocieron.

La conclusión general que Childe extrae de estos hechos es que "el desarrollo de la economía rural bárbara en las regiones estudiadas no presenta paralelismo sino convergencias y divergencias". Pero esto no cala con suficiente profundidad. Los diversos pueblos que entran a la barbarie parten todos de las mismas actividades económicas esenciales, el cultivo de cereales y la ganadería. Lograron un desarrollo diversificado según los diversos hábitats naturales y sus circunstancias históricas, y en todos los casos en que han podido recorrer todo el camino hacia la civilización, sin ser detenidos o exterminados en la ruta, llegaron en definitiva a un mismo destino: la civilización.

¿Qué ocurrió con la evolución de la civilización misma? ¿Es una "mezcolanza sin planes"? Cuando analizamos la marcha del género humano a través de la civilización, vemos que sus segmentos avanzados pasaron sucesivamente por la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo y están ahora camino al socialismo. Esto no significa que cada sector de la humanidad haya pasado, o que haya tenido que pasar, por esta secuencia de etapas históricas, o que cada uno de los pueblos bárbaros haya pasado por la misma secuencia de etapas. En cada caso fue necesario que los pueblos de vanguardia se abrieran paso hacia cada etapa determinada. Sus mismos logros permitieron a aquellos que les seguían combinar o comprimir etapas históricas completas.

El curso real de la historia, el pasaje de un sistema social a otro, o de un nivel de organización a otro, es mucho más complicado, heterogéneo y contradictorio que el que se puede exponer en un esquema histórico general. El esquema histórico de las estructuras sociales universales salvajismo, barbarie, civilización- con sus respectivas etapas, es una abstracción. Es una abstracción indispensable y racional que corresponde a las realidades esenciales del desarrollo y sirve como guía para la investigación. No puede ser sustituido por el análisis de ningún segmento concreto de la sociedad.

Una línea recta puede ser la distancia más corta entre dos puntos, pero la humanidad frecuentemente se aparta de ella. Más a menudo sigue el adagio que dice que el camino más largo es el más corto a casa.

En la historia se mezclan ambas: regularidades e irregularidades. La regularidad está determinada fundamentalmente por el carácter y el desarrollo de las fuerzas productivas y por el modo de producir los medios de vida. Sin embargo, este determinismo básico no se manifiesta en el desarrollo real de la sociedad de una manera simple, directa y uniforme, sino por medios extremadamente complejos, tortuosos y heterogéneos.

La evolución del capitalismo y sus partes componentes constituye un ejemplo categórico de ello. El capitalismo es un sistema económico mundial. En los últimos cinco siglos se ha difundido de un país a otro, de un continente a otro, y pasó por las sucesivas fases de capitalismo comercial, industrial y monopolista. Cada país, por más atrasado que fuera, ha sido arrastrado al sistema de relaciones capitalistas y se ha visto sujeto a sus leyes de funcionamiento.

Si bien todas las naciones se han incorporado a la división internacional del trabajo en que se basa el mercado mundial capitalista, cada una de ellas ha participado según su propia forma peculiar y en un grado diferente en la expresión y expansión del capitalismo, y ha jugado un rol distinto en las diversas etapas de su desarrollo.

El capitalismo se desarrolló mucho más en Europa y Norteamérica que en Asia y África. Estos fueron fenómenos interdependientes, caras opuestas de un solo proceso. El subdesarrollo capitalista en las colonias fue un producto y un requisito para el superdesarrollo de las áreas metropolitanas, logrado a expensas de las primeras.

La participación de varias naciones en la evolución del capitalismo no ha sido menos irregular. Holanda e Inglaterra tomaron la delantera en el establecimiento de las formas y las fuerzas capitalistas en el siglo XVI y XVII, mientras que Norteamérica estaba aún en gran medida en posesión de los indios. Sin embargo, en la etapa final del capitalismo, en el siglo XX, Estados Unidos ha superado ampliamente a Inglaterra y Holanda.

A medida que el capitalismo absorbía en su órbita a un país tras otro, aumentaba la dependencia mutua. Esta creciente interdependencia no significa que siguieran caminos idénticos o que poseyeran las mismas características. A medida que se estrechaban sus relaciones comerciales surgían profundas diferencias que los separaban. Su desarrollo nacional no seguía líneas paralelas sino en ángulo, y algunas veces hasta en ángulo recto. No adquirieron características idénticas, sino complementarias.

La regla que dice que las mismas causas producen los mismos efectos no es absoluta. La ley sólo es válida cuando la historia produce las mismas condiciones, pero como generalmente son diferentes para cada país y están en constante cambio y se intercambian entre sí, las mismas causas básicas pueden conducir a resultados diferentes y aun opuestos.

Por ejemplo, en la primera mitad del siglo XIX, tanto Inglaterra como Estados Unidos se regían por las mismas leyes del capitalismo industrial. Pero estas leyes debían actuar en condiciones distintas en los dos países y produjeron resultados muy diferentes en el campo de la agricultura. La enorme demanda por parte de Inglaterra de algodón y alimento barato estimuló poderosamente a la agricultura norteamericana, al tiempo que esos mismos factores económicos estrangulaban a los campesinos ingleses. La expansión de la agricultura en un país y su contracción en el otro fueron consecuencias opuestas pero interdependientes de las mismas causas económicas.

Pasando del proceso económico al intelectual, el marxista ruso Plejanov señalaba, en su notable trabajo *En defensa del materialismo* (pág. 126), que el desarrollo desigual de las instituciones nacionales permite que el mismo conjunto de ideas produzcan muy diferentes impactos sociales sobre la vida filosófica. Hablando del desarrollo ideológico del siglo XVIII, Plejanov señalaba:

El mismo conjunto de ideas lleva al ateísmo militante de los materialistas franceses, al indiferentismo religioso de Hume y a la religión "práctica" de Kant. La razón fue que la cuestión religiosa en Inglaterra, en ese tiempo, no jugaba el mismo rol que en Francia, ni era igual en Francia que en Alemania. Y esta diferencia en la importancia de la cuestión religiosa tenía sus raíces en la distinta relación en que estaban las fuerzas sociales en cada uno de esos países. Similares en su *naturaleza*, pero disímiles en su grado de desarrollo, los elementos de la sociedad se combinaban de modo diferente en los distintos países europeos y conducían a crear en cada uno de ellos un muy particular estado de conciencia que se expresaba en la literatura nacional, la filosofía, el arte, etcétera. Como consecuencia de esto, una misma cuestión podía llegar a apasionar a los franceses y dejar fríos a los británicos. Un mismo argumento podía ser tratado con respeto por un alemán progresivo y despertar un odio amargo en un francés.

Desearía cerrar este examen del proceso del desarrollo desigual discutiendo el problema de las peculiaridades nacionales. Con frecuencia los marxistas son acusados por sus oponentes de negar, ignorar o subestimar las peculiaridades nacionales en favor de las leyes históricas universales. Esta crítica no es correcta, aunque algunos marxistas individualmente sean culpables de tales errores.

El marxismo no niega la existencia ni la importancia de las peculiaridades nacionales. Sería teóricamente estúpido y temerario en la práctica, ya que las diferencias nacionales pueden ser decisivas para dar una política al movimiento obrero, a una lucha nacional o a un partido revolucionario en un país dado, durante un cierto período. Por ejemplo, la mayor parte de los activistas obreros en Gran Bretaña siguen al Partido Laborista. Este monopolio es una peculiaridad primaria en Gran Bretaña y del desarrollo político de sus trabajadores. Los marxistas que no tomen en cuenta este factor como la clave de su orientación organizativa violarán el espíritu de su método.

Lejos de desechar las diferencias nacionales el marxismo es el único método histórico, la única teoría sociológica que las explica adecuadamente, demostrando que sus raíces están en las condiciones materiales de vida y considerándolas en sus orígenes históricos, en su desarrollo, desintegración y desaparición. Las escuelas burguesas de pensamiento contemplan las particularidades nacionales con un criterio distinto, como accidentes inexplicables, como productos de la voluntad divina o como características fijas de un pueblo en particular. El marxismo las ve como un producto histórico que surge de combinaciones de fuerzas mundiales y condiciones internas en cada nación.

Este procedimiento de combinar lo general con lo particular, lo abstracto con lo concreto, concuerda no solamente con las exigencias de la ciencia sino con nuestros hábitos diarios de juicio. Cada individuo tiene una expresión facial distintiva que nos permite reconocerlo y separarlo de los demás. Al mismo tiempo, comprendemos que este individuo tiene el mismo tipo de ojos, boca, oídos, frente y otros órganos que el resto de la raza humana. De hecho, la fisonomía particular que distingue su expresión es sólo la manifestación externa del complejo específico de estructuras y características humanas comunes. Así ocurre con la vida y la fisonomía de una nación dada.

Cada nación tiene sus propios rasgos distintivos. Pero estas peculiaridades nacionales surgen de la acción de leyes generales, a medida que son modificadas por condiciones materiales e históricas específicas. Son, en última instancia, cristalizaciones individuales de procesos universales.

Trotsky llegó a la conclusión de que la peculiaridad nacional es el producto más general de la desigualdad del desarrollo histórico, su resultado final.

Pero por profundamente enraizadas que estén estas peculiaridades en la estructura social y por poderosa que sea su influencia sobre la vida nacional, son limitadas. En primer lugar, son limitadas en la acción. No reemplazan al proceso arrollador de la economía y la política mundial, ni pueden abolir el funcionamiento de sus leyes.

Consideremos, por ejemplo, las consecuencias políticas distintas que tuvo la crisis mundial de 1929 en Estados Unidos y en Alemania, debido a su diferente trasfondo histórico, a sus estructuras sociales especiales y a su evolución política nacional. En un caso, la consecuencia fue el New Deal de Roosevelt, en el otro, el fascismo de Hitler. El programa reformista bajo los auspicios democrático burgueses, y el programa contrarrevolucionario bajo una desembozada dictadura totalitaria, fueron métodos totalmente diferentes utilizados por las respectivas clases capitalistas para salvar su pellejo.

Este contraste entre el modo de autopreservación capitalista norteamericano y alemán fue explotado hasta la saturación por los apologistas del capitalismo norteamericano, quienes lo atribuyeron al espíritu democrático inherente a la nación americana y a sus gobernantes capitalistas. En realidad, la diferencia se debió a la mayor riqueza y recursos del imperialismo estadounidense por un lado y a la inmadurez de sus relaciones de clase y sus conflictos por el otro.

Sin embargo, en la etapa siguiente y antes de que terminara la década, los procesos del imperialismo llevaron a ambas potencias a una segunda guerra mundial, para determinar quién dominaría el mercado mundial. A pesar de importantes diferencias en sus regímenes políticos internos, ambos llegaron al mismo destino. Continuaron subordinados a las mismas leyes fundamentales del imperialismo capitalista y no pudieron impedir su funcionamiento, O evitar sus consecuencias.

En segundo lugar, las peculiaridades nacionales tienen límites bien definidos. No están fijadas para siempre. Son generadas y sustentadas por las condiciones históricas; pueden ser alteradas por nuevas condiciones históricas, pueden ser eliminadas y hasta transformadas en sus opuestos.

En el siglo XIX Rusia era el país más reaccionario de Europa y de la política mundial; en el siglo XX se transformó en el más revolucionario. A mediados del siglo XIX Estados Unidos era la nación más revolucionaria y progresiva; a mediados del siglo XX tomó el lugar que dejara Rusia como bastión de la contrarrevolución mundial. Pero este rol tampoco será eterno, como veremos en el próximo capítulo, donde estudiaremos el carácter y las consecuencias del desarrollo desigual y combinado.

El desarrollo combinado y sus consecuencias

Analizaremos ahora el segundo aspecto de la ley del desarrollo desigual y combinado. En su nombre está implícita la ley general de la que ella es una expresión particular: verbigracia, la ley de la lógica dialéctica llamada ley de la interpretación de los opuestos. Los dos procesos -desigualdad y combinación- que están unidos en esta formulación, representan dos aspectos de la realidad diferentes y opuestos que sin embargo están íntegramente relacionados e interpenetrados.

La ley del desarrollo combinado parte del reconocimiento de la desigualdad en los ritmos de desarrollo de los diversos fenómenos de cambio histórico. La disparidad en el desarrollo técnico y social y la combinación fortuita de elementos, tendencias y movimientos pertenecientes a diferentes etapas de la organización social, dan la base para el surgimiento de algo cualitativamente nuevo y superior.

Esta ley nos permite observar cómo surgen las nuevas calidades. Si la sociedad no se desarrollara *diferencialmente*, es decir, a través del surgimiento de diferencias, por momentos tan agudas que se vuelven contradictorias, no se daría la posibilidad de una combinación e integración de fenómenos contradictorios. Por lo tanto, la primera fase del proceso evolutivo -la desigualdad- es la condición previa para la segunda fase: la combinación de características que pertenecen a diferentes etapas de la vida social en formaciones sociales diferenciadas, que se apartan de las pautas deducidas en abstracto o de los tipos "normales".

Como esta combinación llega como resultado necesario de una desigualdad preexistente, podemos ver que ambas se dan siempre juntas y están unidas en una sola ley del desarrollo combinado y desigual. Comenzando con la realidad de los niveles dispares del desarrollo, resultantes de la progresión desigual de los diversos aspectos de la sociedad, analizaremos ahora la próxima etapa y la necesaria consecuencia de esta situación: su combinación.

Ante todo debemos preguntarnos: ¿qué se combina? Vemos con frecuencia que características adecuadas a una etapa de la evolución se ligan a otras que son propias de una etapa superior. La Iglesia Católica, con su sede en el Vaticano, es una institución feudal característica. En la actualidad el Papa usa la radio y la televisión -inventos del siglo XX- para diseminar la doctrina de la Iglesia.

Esto conduce a una segunda pregunta: ¿cómo se combinan las diferentes características? Las aleaciones de los metales nos proporcionan una analogía útil. El bronce, que jugó un rol tan importante en el desarrollo de la fabricación primitiva de herramientas que ha dado su nombre a toda una etapa del desarrollo histórico, la Edad de Bronce, está compuesto de dos metales primarios, el cobre y el estaño, mezclados en proporciones específicas. Su fusión produce una aleación con propiedades importantes que difieren de las de ambos constituyentes.

Algo parecido ocurre en la historia cuando se unen elementos que pertenecen a diferentes etapas de la evolución social. Esta fusión da origen a una nueva formación con sus propias características especiales. El período colonial de la historia norteamericana, en el que se encuentran y se funden la civilización europea, en tránsito del feudalismo al capitalismo, con el salvajismo y la barbarie, proveyó un magnífico caldo de cultivo para las formaciones combinadas y aportó un campo muy instructivo para estudiarlas. Durante el período colonial, se podían encontrar en el Nuevo Mundo casi todos los tipos de relaciones sociales conocidos, desde el salvajismo hasta

las sociedades anónimas. Varias colonias, como Virginia, Carolina del Norte y Carolina del Sur, fueron originariamente colonizadas por empresas capitalistas por acciones, a las que la Corona les había otorgado sus títulos. La forma más avanzada de empresa capitalista, la sociedad anónima, tomó contacto con los indios que vivían aún en condiciones tribales primitivas.

Una de las peculiaridades más importantes del desarrollo norteamericano fue el hecho de que cada una de las formas precapitalistas de vida que se daban en América estaba combinada en mayor o menor medida con los rasgos fundamentales de la civilización burguesa. Las tribus indígenas, por ejemplo, fueron anexadas al mercado mundial por medio del comercio de pieles. Por otro lado los colonos blancos europeos, los cazadores, los tramperos y los pioneros de la agricultura, se barbarizaron parcialmente al tener que sobrevivir en los desiertos de las planicies y las montañas de las tierras "vírgenes". Sin embargo, el leñador europeo que penetraba en los desiertos de América, con su rifle y su hacha de hierro, y con su criterio y sus hábitos de la civilización, era muy diferente al piel roja, aunque se viera obligado a adoptar muchas de las actividades de la sociedad bárbara.

En su obra pionera, *Social forces in American History*, A.M. Simons, uno de los primeros historiadores socialistas, escribió: "El curso de la evolución siguió en cada colonia una línea de desarrollo muy parecida a la que había seguido la raza" (págs. 30-31). En el comienzo, señala, hubo un comunismo primitivo. Después una reducida producción individual y así se siguió hasta llegar al capitalismo.

Sin embargo, la concepción de que las colonias norteamericanas, o cualquiera de ellas, repitieron en lo esencial las secuencias de las etapas que las sociedades avanzadas habían atravesado antes que ellas, es excesivamente esquemática e ignora el eje principal de su desarrollo y estructura. La peculiaridad más significativa de la evolución de las colonias británicas en Norteamérica se deriva del hecho de que a todas las formas de organización y las fuerzas impulsoras pertenecientes a las primeras etapas del desarrollo social, desde el salvajismo al feudalismo, las incorporó y condicionó y en el caso de la esclavitud la produjo, el capitalismo internacional en expansión.

En el suelo americano no hubo una reproducción mecánica de etapas históricamente superadas. Por el contrario, la vida colonial testimonia una mezcla dialéctica de todos estos diversos elementos, cuyo resultado fue el surgimiento de formaciones sociales combinadas, de un tipo nuevo y especial. La esclavitud en las colonias norteamericanas fue muy distinta a la esclavitud en la Grecia clásica y en Roma. La esclavitud norteamericana fue una esclavitud aburguesada, que no era solamente una rama subordinada del mercado capitalista mundial, sino que se impregnó de características capitalistas. Uno de los productos más caprichosos de esto fue la aparición de tratantes de esclavos entre los indios Creek, en el Sur. ¿Podría encontrarse algo más anómalo y contradictorio que indios que vivían en el comunismo primitivo, ahora propietarios de esclavos, vendiendo su producto en un mercado burgués?

El resultado de esta fusión de diferentes etapas del progreso histórico es, en consecuencia, una aleación peculiar. En la unión de elementos tan diferentes y hasta opuestos, la naturaleza dialéctica de la historia se afirma con toda su fuerza. Aquí predomina la contradicción lisa y llana, evidente, flagrante. La historia les hace todo tipo de travesuras a las formas rígidas y a las rutinas fijadas. Se suceden todo tipo de desarrollos paradójicos que dejan perplejas a las mentes limitadas y formales.

Como un importante ejemplo de esto consideremos la naturaleza del estalinismo. En Rusia se fusionó la forma más avanzada de propiedad - la propiedad nacionalizada- y el modo más eficaz de organización industrial -la economía planificada- ambos logrados por la revolución proletaria de 1917, con la tiranía más brutal, creada por una contrarrevolución política de la burocracia soviética. La base económica del régimen estalinista pertenece históricamente a la era socialista del futuro. Sin embargo esta base económica quedó sometida a una superestructura política que muestra los aspectos más siniestros de las dictaduras de clase del pasado. ¡No es para sorprenderse si este fenómeno extraordinariamente contradictorio ha confundido a mucha gente y la ha desencaminado!

El desarrollo desigual y combinado nos presenta una mezcla peculiar de elementos atrasados con los factores más modernos. Muchos católicos piadosos llevan en sus automóviles las imágenes

de San Cristóbal, el santo patrón de los viajeros, que se supone los protegerá contra los accidentes, esta costumbre combina el fetichismo del salvaje crédulo con los productos de la industria automovilística, una de las industrias automatizadas más avanzadas del mundo moderno. Estas anomalías son, en la actualidad, especialmente pronunciadas en los países más atrasados. ¡Existen curiosidades tales como harenes con aire acondicionado!

"El desarrollo de las naciones históricamente atrasadas lleva necesariamente a una combinación peculiar de diferentes etapas del desarrollo histórico", escribió Trotsky en la *Historia de la Revolución Rusa* (pág. 5).

Carlton S. Coone escribe en *The Story of Man*:

[...] existen todavía regiones marginales donde la difusión cultural ha sido desigual, donde simples cazadores de la Edad de Piedra se enfrentan de repente con extraños cazadores con rifles, donde horticultores neolíticos venden sus hachas de piedra por otras de acero y sus cacharros de agua de cerámica por latas de aceite usadas, donde orgullosos ciudadanos de los antiguos imperios, acostumbrados a recibir las noticias por las caravanas de camellos, con semanas de retraso, se encuentran escuchando la difusión de propaganda por radios públicas. Y en la plaza de baldosas blancas y azules de las ciudades, el claro llamado del almuédano, que llama a los creyentes a orar, es reemplazado un buen día por una citación escueta que sale no de los labios de un hombre barbado sino de un cono metálico brillante que pende del alminar. En el aeropuerto, los peregrinos que se dirigen a los lugares santos saltan directamente del lomo de sus camellos a los asientos de un DC-4. Estos cambios en la tecnología conducen al nacimiento de nuevas instituciones en estos lugares, o en cualquier otro, pero el recién nacido es a menudo una criatura extraña, que no se parece ni a los padres atrasados ni a los avanzados, y que a ambos les resulta difícil manejar- (págs. 413-414).

En el África actual, entre los kikuyos de Kenya, como así también entre los pueblos de la Costa de Oro, los antiguos lazos y costumbres fortalecen su solidaridad en la lucha por el avance social y la independencia nacional contra el imperialismo británico. En el movimiento del Premier Nkrumah, el partido parlamentario nacional está ligado a los sindicatos y al tribalismo: los tres pertenecen a diferentes etapas de la historia social.

La mezcla de elementos atrasados con los más modernos factores puede verse también cuando comparamos la China moderna con Estados Unidos de Norteamérica. Actualmente muchos campesinos chinos que viven en pequeñas aldeas tienen retratos de Marx y de Lenin en sus casas y se inspiran en sus ideas. El obrero norteamericano medio vive en ciudades supermodernas y tiene, por contraste, cuadros de Cristo o fotografías del presidente sobre sus paredes prefabricadas. Sin embargo, los campesinos chinos no tienen agua corriente, ni caminos pavimentados, ni automóviles o televisores, como los obreros norteamericanos.

Así, aunque Estados Unidos y su clase obrera han progresado mucho más que China en su desarrollo industrial y en su estándar de vida y de cultura, en ciertos aspectos los campesinos chinos han superado al obrero norteamericano. "La dialéctica histórica no conoce ni el atraso total ni el progreso químicamente puro", como señalara Trotsky.

Si analizamos la estructura social de la Gran Bretaña contemporánea vemos que conserva características de tres períodos histórico-sociales distintos, inextricablemente unidos. En la cumbre de su sistema político hay una monarquía y una Iglesia oficial, ambas heredadas del feudalismo. Estas están al servicio de una estructura de propiedad capitalista monopolista perteneciente a la etapa superior del capitalismo. Junto a esta industria capitalista existe la industria socializada, poderosos sindicatos y un partido laborista, todos ellos *precursores* del socialismo.

Es significativo que esta singular combinación contradictoria de Gran Bretaña sea motivo de perplejidad y desazón entre los norteamericanos. Los norteamericanos liberales no pueden comprender por qué los ingleses conservan una monarquía y una Iglesia oficial. Los norteamericanos con mentalidad capitalista se sorprenden de que la clase dominante británica tolere al Partido Laborista.

Al mismo tiempo, Gran Bretaña está siendo sacudida por el más formidable de todos los movimientos combinados de fuerzas sociales de nuestro tiempo: la combinación del movimiento anticapitalista de la clase obrera con la revolución anticolonial de los pueblos de color. Estos dos movimientos tan distintos, que surgen ambos en oposición al dominio imperialista, se refuerzan mutuamente.

Sin embargo estos dos movimientos no tienen el mismo efecto en todos los países imperialistas. Se sienten con más fuerza y directamente en Francia y Gran Bretaña que en Estados Unidos. No obstante, hasta en Estados Unidos la lucha de los pueblos coloniales por la independencia y la lucha de las minorías oprimidas por lograr su autodeterminación se influyen mutuamente.

El resultado más importante de la interacción del desarrollo desigual y combinado es que se dan "saltos" en el proceso histórico. Los más grandes saltos se hacen posibles por la coexistencia de pueblos de diferente nivel de organización social. En el mundo actual estas organizaciones sociales cubren todo el espectro, desde el salvajismo hasta el umbral mismo del socialismo. En Norteamérica, mientras los esquimales del Ártico y los indios Seri de la Baja California viven aún en el salvajismo, los banqueros de Nueva York y los obreros de Detroit operan en la etapa superior del capitalismo monopolista. Los "saltos" históricos se tornan inevitables porque los sectores atrasados de la sociedad se ven enfrentados a tareas que sólo pueden resolver utilizando los métodos más modernos. Bajo la presión de las condiciones externas, se ven obligados a saltar o precipitar etapas de evolución que originariamente requirieron un período histórico entero para desarrollarse.

Cuanto más amplias son las diferencias del desarrollo y mayor el número de etapas presentes en un período dado, más dramáticas son las posibles combinaciones de condiciones y fuerzas, y más llamativa la naturaleza de los saltos. Algunas combinaciones producen extraordinarias erupciones y torsiones repentinas en la historia. El transporte ha evolucionado, paso a paso, a través de las épocas, desde la locomoción humana a la animal, pasó por los vehículos con ruedas hasta el tren, el automóvil y el avión. Recientemente, sin embargo, pueblos de Sudamérica y Siberia han pasado directamente y de un solo salto desde el animal de carga al uso de los aviones.

Las tribus, las naciones y las clases pueden comprimir etapas o pasarlas completamente por alto, asimilando los logros de los pueblos más avanzados. Los usan a modo de garrocha, para impulsarse hacia arriba, eliminar etapas intermedias y salvar obstáculos de un potente salto. No pueden hacerlo hasta tanto los países pioneros, a la vanguardia del género humano, les hayan preparado el camino, prefabricando las condiciones materiales. Otros pueblos preparan los medios y los modelos que, llegado el momento, ellos adaptan a sus propias condiciones peculiares.

La industria soviética, por ejemplo, fue capaz de progresar con tanta rapidez entre otras razones porque pudo importar las técnicas y la maquinaria de Occidente. Ahora China puede avanzar a un ritmo más acelerado en su industrialización porque no solamente se basa en los logros técnicos de los países capitalistas avanzados sino que cuenta también con los métodos de planificación introducidos por la economía soviética.

En sus esfuerzos por ponerse a la altura de la Europa occidental, los colonizadores de la costa del Atlántico Norte pasaron rápidamente por la "barbarie del desierto", se saltaron virtualmente el feudalismo, implantaron y extirparon luego la esclavitud, y construyeron grandes pueblos y ciudades sobre una base capitalista. Lo hicieron a un ritmo acelerado. A los pueblos europeos les llevó 3.000 años saltar de la etapa superior de la barbarie de la Grecia homérica a la Inglaterra de la revolución burguesa triunfante de 1649. Norteamérica cubrió las mismas transformaciones en 300 años, o sea a un ritmo de desarrollo diez veces más rápido. Pero esto fue posible porque Norteamérica pudo beneficiarse con los logros previos de Europa, combinados con la impetuosa expansión del mercado capitalista en todos los rincones del globo.

Junto a esta aceleración y compresión del desenvolvimiento social se fue acelerando también el ritmo de los acontecimientos revolucionarios. Al pueblo británico le llevó ocho siglos el proceso desde los comienzos del feudalismo en el siglo IX hasta su revolución burguesa triunfante en el siglo XVII. Los colonos norteamericanos en sólo ciento setenta y cinco años pasaron de sus primeras colonizaciones en el siglo XVII a su revolución victoriosa en el último cuarto del siglo XVIII.

En estos saltos históricos algunas veces se comprimen las etapas del desarrollo y otras se las omite del todo; depende de las condiciones particulares y de las fuerzas. En las colonias norteamericanas, por ejemplo, el feudalismo que en Europa y Asia floreció durante muchos siglos apenas logró asentarse. Las instituciones características del feudalismo (el feudo, los siervos, la monarquía, la Iglesia oficial y los gremios medievales) no tuvieron un ambiente favorable y se vieron forzados a desaparecer, acosados por la esclavitud comercial por un lado y la sociedad burguesa en avance por el otro. Paradójicamente, al mismo tiempo que el feudalismo era ahogado en las colonias norteamericanas, éste pasaba por un período de vigorosa expansión en el otro extremo del mundo. Rusia.

Por otra parte, en las colonias sureñas de Estados Unidos la esclavitud echó profundas raíces, se extendió tanto y resultó tan firme y duradera que fue necesaria una revolución aparte para erradicarla. Todavía existen, sin embargo, hasta nuestros días significativos vestigios anacrónicos de esclavitud en el Sur.

Así como la historia tiene sus períodos de revolución también tiene sus períodos de reacción. En etapas reaccionarias pueden llegar a fusionarse formas infantiles y características obsoletas, adecuadas a períodos superados, con estructuras avanzadas; esto puede generar formaciones extremadamente regresivas e impedir el avance social. Un ejemplo importante de tal combinación regresiva fue la esclavitud en Estados Unidos, donde surgió un modo obsoleto de propiedad y una forma de producción perteneciente a la infancia de la sociedad de clases en medio de un ambiente burgués perteneciente a la madurez de la sociedad de clases.

La reciente historia política nos ha familiarizado con los ejemplos del fascismo y el estalinismo, dos fenómenos históricos simétricos, aunque de ninguna manera idénticos, del siglo XX. Ambos representaron reversiones de formas democráticas preexistentes de gobierno que tenían bases sociales completamente distintas. El fascismo fue el destructor y el sustituto de la democracia burguesa en el período final de dominación y decadencia imperialista. El estalinismo fue el destructor y el sustituto de la democracia obrera de la Rusia revolucionaria en el período inicial de la revolución socialista internacional.

Hasta aquí hemos singularizado dos etapas del movimiento dialéctico de la sociedad. Primero, algunas partes de la humanidad, y ciertos elementos de la sociedad, avanzan más rápidamente y se desarrollan antes que otros. Luego, ante el impacto de las fuerzas externas, los rezagados reciben un impulso, se colocan a la par o incluso superan a sus precursores, combinando las últimas innovaciones con sus viejos modos de vida.

Pero la historia no se detiene en este punto. Cada síntesis singular, que surge del desarrollo desigual y combinado, engendra en sí misma posteriores crecimientos y cambios que pueden llevar a la eventual desintegración y destrucción de la síntesis. Una formación combinada amalgama elementos derivados de distintos niveles de desarrollo social. Por lo tanto su estructura interna es altamente contradictoria. La oposición de sus componentes no sólo imparte inestabilidad a la formación sino que orienta su desarrollo ulterior. Más claramente que el de cualquier otra el curso de una formación combinada se caracteriza por la lucha entre opuestos.

Existen dos tipos principales de combinación. En un caso, el producto de una cultura avanzada puede ser absorbido en el marco de una organización social arcaica. En el otro, se incorporan aspectos de un orden primitivo a un organismo social más desarrollado.

Los efectos resultantes de la asimilación de elementos superiores a una estructura primitiva dependen de muchas circunstancias. Por ejemplo, los indios pudieron reemplazar el hacha de piedra por la de hierro sin dislocar fundamentalmente su orden social porque este cambio implicaba sólo una ligera dependencia de la civilización blanca de la cual se lo tomó. La introducción del caballo cambió considerablemente las vidas de los indios de las praderas porque extendió el alcance de sus campos de caza y sus habilidades para la guerra, sin embargo el caballo no cambió sus relaciones tribales básicas. En cambio la participación en el creciente comercio de pieles y la penetración de la moneda tuvo consecuencias revolucionarias para los indios, al desbaratar su sistema tribal estableciendo intereses privados opuestos a las costumbres comunales, lanzando a

una tribu contra otra y subordinando a los nuevos comerciantes y tramperos indios al mercado mundial.

Bajo ciertas condiciones históricas, la introducción de nuevos elementos puede, incluso, durante un tiempo, prolongar la vida de las instituciones más arcaicas. La entrada de los grandes consorcios petroleros capitalistas en el Medio Oriente ha fortalecido temporariamente a los jeques, por la enorme riqueza que les dio. Pero a la larga, la invasión de técnicas e ideas modernas no puede sino minar los viejos regímenes tribales, porque ellas rompen las condiciones sobre las que se asientan los viejos regímenes y *crean* nuevas fuerzas que se les oponen y toman su lugar.

Una potencia primitiva puede afirmarse sobre otra superior, ganar renovada vitalidad y hasta parecer, por un tiempo, superior a ella. Pero la potencia menos desarrollada lleva una existencia esencialmente parasitaria y no puede mantenerse indefinidamente a costa de la superior. Le falta el suelo y la atmósfera adecuados para su crecimiento, mientras que las instituciones más desarrolladas no sólo son intrínsecamente superiores sino que pueden contar con un ambiente favorable para su expansión.

El desarrollo de la esclavitud en Estados Unidos aporta una excelente ilustración de esta dialéctica. Desde el punto de vista histórico mundial, la esclavitud en este continente fue un anacronismo desde su nacimiento. Como modo de producción, pertenecía a la infancia de la sociedad de clases; ya casi había desaparecido de Europa occidental. Sin embargo las mismas demandas de la Europa occidental en cuanto a materias primas como el azúcar, el índigo y el tabaco, combinadas con la escasez de mano de obra, para trabajos agrícolas en gran escala, implantaron la esclavitud en Norteamérica. El esclavismo colonial creció como una rama del capitalismo comercial. Así un modo de producción y una forma de propiedad que habían desaparecido hacía largo tiempo surgieron nuevamente de las demandas de un sistema económico superior y se convirtieron en parte integrante de él.

La contradicción se acentuó cuando el incremento de la industria fabril capitalista en Inglaterra y los Estados Unidos llevó a los estados algodoneros del Sur a un primer plano en la vida económica y política norteamericana. Durante décadas, los dos sistemas opuestos funcionaron como un equipo. Luego se dividieron en la época de la Guerra Civil. El sistema capitalista, que en una etapa de su desarrollo alentó el crecimiento de la esclavitud, en otra creó una nueva combinación de fuerzas que la destruyó.

La formación combinada de lo viejo y lo nuevo, lo inferior y lo superior, la esclavitud y el capitalismo no resultó ni permanente ni indisoluble; era condicional, temporaria y relativa. La asociación forzada entre ambas tendía a la disociación. Si una sociedad avanza, la ventaja, a la larga, es para la estructura superior, la cual prospera a expensas de las características inferiores, desplazándolas eventualmente.

Una de las consecuencias más importantes y paradójicas del desarrollo desigual y combinado es la solución de los problemas de una clase a través de otra. Cada etapa del desarrollo social hereda, plantea y resuelve su propio complejo específico de tareas históricas. La barbarie, por ejemplo, desarrolló las técnicas productivas del cultivo de las plantas y la cría de ganado y la labranza como ramas de su actividad económica. Estas actividades fueron además los requisitos para reemplazar la barbarie por la civilización.

En la época burguesa, la unificación de provincias separadas en estados nacionales centralizados y la industrialización de estos estados nacionales fueron tareas históricas de la burguesía en ascenso. Pero, en una cantidad de países, el subdesarrollo de la economía capitalista y la consiguiente debilidad de la burguesía le imposibilitó cumplir con estas tareas que históricamente le correspondían. En el mismo corazón de Europa, por ejemplo, la unificación del pueblo alemán fue efectuada entre 1866 y 1869, y no por la burguesía ni por la clase obrera sino por una casta social obsoleta, los terratenientes prusianos junker, encabezados por la monarquía de los Hohenzollern y dirigidos por Bismarck. En este caso, una tarea histórica de la clase capitalista fue llevada a cabo por fuerzas precapitalistas.

En el siglo actual. China presenta otro ejemplo inverso, a un nivel histórico superior. Bajo el doble yugo de sus relaciones feudales y de la subordinación al imperialismo. China no podía ser ni

unificada ni industrializada. Fue necesario nada menos que una revolución proletaria (por deformada que haya sido desde su comienzo), apoyada por una poderosa insurrección campesina, para allanar el camino para el cumplimiento de estas tareas burguesas largamente postergadas. En la actualidad, China está unificada por primera vez y se está industrializando rápidamente. Sin embargo, no son las fuerzas capitalistas o las precapitalistas las que llevan a cabo ese trabajo, sino la clase trabajadora, y bajo la dirección de la clase trabajadora. En este caso las tareas inconclusas de la abortada era capitalista han sido asumidas por una clase poscapitalista.

El desarrollo sumamente desigual de la sociedad hace necesarios estos intercambios de roles históricos entre las clases; la combinación de etapas históricas posibilita la substitución. Como señaló Hegel, la historia frecuentemente acude a los mecanismos más indirectos y astutos para lograr sus fines.

Uno de los problemas más importantes que la revolución democrático burguesa dejó sin resolver en los Estados Unidos fue la abolición de los viejos estigmas de la esclavitud y la extensión de la igualdad a los negros. Esta tarea fue sólo parcialmente cumplida por la burguesía industrial del Norte durante la Guerra Civil. Este fracaso de la burguesía ha sido desde entonces una fuente importante de inquietud y dificultad para sus representantes. El interrogante planteado en la actualidad es si los actuales gobernantes capitalistas ultrarreaccionarios pueden cumplir a fondo ahora una tarea nacional que no pudieron completar cuando se hallaban en su apogeo revolucionario.

Los portavoces de los demócratas y los republicanos creen necesario decir que ellos pueden hacerlo; los reformistas de todo tipo alegan que se puede forzar al gobierno burgués a hacerlo. Nuestra opinión es, sin embargo, que sólo la lucha conjunta de los negros y las masas trabajadoras contra los gobernantes capitalistas podrá llevar hasta el fin la lucha contra los vestigios de esclavitud. En esta forma la revolución socialista, combinando las luchas de las nacionalidades oprimidas con el movimiento anticapitalista por el poder obrero, completará lo que la revolución democrático-burguesa no pudo realizar.

Aquellos que hacen un culto del progreso puro creen que los grandes logros en una cantidad de campos presuponen una perfección equivalente en otros aspectos. Muchos norteamericanos suponen automáticamente que Estados Unidos sobrepasa al resto del mundo en todas las esferas de la actividad humana sólo porque lo hace en cuanto a tecnología, productividad material y estándar de vida. Sin embargo, en política y en filosofía, para no mencionar otras ramas, el desarrollo general de Estados Unidos no ha ido más allá del siglo XIX, mientras que países de Europa y Asia, menos favorecidos económicamente, están mucho más adelantados que Estados Unidos en esos campos.

En los últimos años de su gobierno, Stalin quiso imponer la noción de que sólo los "cosmopolitas desarraigados" podían sostener que Occidente había dejado atrás a Rusia en cualquier rama del esfuerzo humano, desde los inventos mecánicos hasta la ciencia de la genética. Esta expresión del nacionalismo gran-ruso no era menos estúpida que el engreimiento de los occidentales al pensar que nada superior podía venir del pretendido barbarismo asiático de la Unión Soviética.

La verdad es que cada etapa de desarrollo social, cada tipo de organización social, cada nacionalidad, tiene sus virtudes y sus defectos esenciales, sus ventajas y sus desventajas. El progreso impone sus castigos.

Los avances en ciertos campos pueden significar retrocesos en otros. Por ejemplo, la civilización desarrolló las aptitudes productivas y la riqueza de la humanidad sacrificando la igualdad y la fraternidad de las sociedades primitivas que sustituía. Por otra parte, bajo ciertas condiciones, el atraso tiene sus beneficios. Más aun, lo que es progresivo en una etapa de desarrollo puede convertirse en una condición previa para el establecimiento del atraso en una etapa subsiguiente o en un terreno afín. Y lo que es atraso puede convertirse en la base para un salto adelante.

Parece presuntuoso decir a aquellos pueblos oprimidos por el atraso, ansiosos por librarse de él, que su estado arcaico tiene ventajas. Para ellos, el atraso es un mal puro. Pero estos pueblos sólo toman conciencia de este "mal" cuando entran en contacto con formas superiores de desarrollo social. Es el contacto entre las dos formas, la atrasada y la adelantada, lo que deja al descubierto

las deficiencias de la cultura atrasada. En tanto y en cuanto no conozca la civilización, el salvaje primitivo permanece satisfecho. Es sólo la yuxtaposición de las dos lo que introduce la visión de algo mejor y alimenta la semilla de la insatisfacción. Así, la presencia y el conocimiento de un estado superior pasa a ser la fuerza motriz del progreso.

La crítica y la condena al viejo estado de cosas resultantes de esta confrontación, generan la urgencia por superar la disparidad del desarrollo e impulsan a los rezagados hacia adelante despertando en ellos el deseo de colocarse a la par de los más avanzados. Todo individuo que haya participado de un proceso de aprendizaje lo ha sentido personalmente.

Cuando los pueblos atrasados se ven afectados por nuevas e imperativas demandas, la falta de instituciones intermedias acumuladas puede ser positiva: hay menos obstáculos que obstruyan el avance y la asimilación de lo nuevo. Si existen las fuerzas sociales y actúan con eficacia, inteligencia y en el momento oportuno, lo que había sido un castigo puede transformarse en una ventaja.

La historia reciente de Rusia aporta el ejemplo más llamativo de esta conversión de los castigos históricos en ventajas. A comienzos del siglo XX Rusia era la potencia más atrasada de Europa. Este atraso se extendía a todos los estratos, desde el campesinado a la dinastía absolutista de los Romanov. El pueblo ruso y sus nacionalidades oprimidas padecían las miserias acumuladas de su feudalismo decadente y el atraso del desarrollo burgués ruso.

Sin embargo, cuando llegó el momento de la solución revolucionaria de estos problemas, este atraso mostró sus ventajas de muchas maneras. En primer lugar, el zarismo estaba *completamente* alienado de las masas. En segundo lugar la burguesía era demasiado débil para tomar el poder en su propio nombre y mantenerlo. En tercer lugar el campesinado, no habiendo recibido ninguna satisfacción por parte de la burguesía, se vio obligado a confiar en el liderazgo de la clase obrera. En cuarto lugar la clase obrera no tenía burocracias sindicales o políticas que la frenaran. Era más fácil para esta vigorosa clase joven, que tenía tan poco que desaprender y tanto que aprender en poco tiempo, adoptar la teoría más avanzada, el programa más audaz y claro y la organización partidaria más perfecta. La rebelión campesina contra el medievalismo, un movimiento que en Europa occidental había sido característico de los albores de las revoluciones democrático burguesas, se mezcló con la revolución proletaria contra el capitalismo, que pertenecía al siglo XX. Como explicaba Trotsky en la *Historia de la Revolución Rusa*, fue la conjunción de estas dos revoluciones distintas lo que dio envergadura al levantamiento del pueblo ruso y lo que explica su extraordinario ímpetu.

Pero los privilegios del atraso no son inagotables; están limitados por condiciones históricas y materiales. Por lo tanto, en la siguiente etapa de su desarrollo, el atraso heredado de la Rusia de los zares se reafirmó bajo las nuevas condiciones históricas y sobre bases sociales completamente nuevas. Los antiguos privilegios fueron pagados en las décadas siguientes por el amargo sufrimiento, las privaciones económicas y la pérdida de las libertades que el pueblo ruso soportó durante la dictadura de Stalin. Ese mismo atraso que antes había fortalecido a la revolución y que había impulsado a las masas rusas a la vanguardia del resto del mundo, se convirtió en el punto de partida de la reacción política y de la contrarrevolución de la burocracia, una consecuencia del fracaso de la revolución internacional en los países industrialmente más avanzados. El atraso económico y cultural de Rusia, combinado con el lento desarrollo de la revolución internacional, fueron las condiciones básicas que permitieron que la camarilla estalinista ahogara al Partido Bolchevique y que la burocracia usurpara el poder político.

Por estas razones, el régimen estalinista pasó a ser el más contradictorio de la historia moderna, una cristalización de las más avanzadas formas de propiedad y conquistas sociales surgidas de la revolución con la resurrección de las características más repugnantes del dominio de clase. Las inmensas fábricas, que contaban con la maquinaria más moderna, eran atendidas por obreros a los que, como a los siervos, no se les permitía dejar sus lugares de empleo; los aviones volaban sobre intransitables caminos de barro; la economía planificada funcionaba codo a codo con los campamentos de "trabajo forzado"; los enormes avances industriales iban de la mano con la regresión política; el crecimiento prodigioso de Rusia como potencia mundial fue acompañado por la decadencia interna del régimen.

Sin embargo, el desarrollo dialéctico de la Revolución Rusa no se detuvo allí. La extensión de la revolución a Europa Oriental y a Asia después de la Segunda Guerra Mundial, la expansión de la industria soviética, y la elevación cuantitativa y cultural de los obreros soviéticos, preparó las condiciones para una inversión modificada de las viejas tendencias, el renacimiento de la revolución en una etapa superior, y la superación parcial del azote del estalinismo. Las primeras manifestaciones de este adelanto de las masas en Rusia y en sus satélites, con la clase obrera a la cabeza, ya han sido anunciadas al mundo.

A partir del discurso de Jruschov dirigido a la Revolución Húngara, se ha producido una serie continua de acontecimientos que demuestran la dialéctica del desarrollo revolucionario. En cada una de las etapas de la revolución rusa desde 1905 podemos ver la interacción de su atraso y su progreso, con la conversión del uno en el otro según las circunstancias concretas del desarrollo nacional e internacional. Sólo una comprensión de la dialéctica de estos cambios puede darnos una imagen exacta del desarrollo sumamente complejo y contradictorio de la Unión Soviética a través de los cincuenta años de su existencia. Las docenas de caracterizaciones ultrasimplificadas de la naturaleza de la sociedad rusa moderna, que sólo sirven para confundir al movimiento revolucionario, provienen de una falta de comprensión de las leyes de la dialéctica y del uso de métodos metafísicos para analizar el proceso histórico.

La ley del desarrollo desigual y combinado es una herramienta indispensable para analizar la Revolución Rusa y para precisar su crecimiento y decadencia a través de todas sus fases complejas, sus triunfos, su degeneración y su próxima regeneración a medida que el pueblo soviético lleve hasta sus últimas consecuencias el proceso de desestalinización y el movimiento hacia la democracia socialista.

Las desproporciones del desarrollo norteamericano

En la sección previa mostramos cómo la ley del desarrollo desigual y combinado permite al marxista desenmarañar el tortuoso curso de la Revolución Rusa. Todos los socialistas reconocen en la actualidad la tremenda importancia que tiene llegar a una explicación satisfactoria de la degeneración de la Unión Soviética y de esa manera precisar fehacientemente la importancia del conflicto entre el carácter progresivo de la propiedad nacionalizada en la URSS y la burocracia reaccionaria que gobierna ese país. Si la cuestión rusa tiene una importancia fundamental para el movimiento socialista internacional, no es menos importante la comprensión de la dialéctica del desarrollo del movimiento socialista en Estados Unidos de Norteamérica, el país capitalista más desarrollado y más poderoso del mundo. ¿Cómo se ha manifestado esencialmente la ley del desarrollo desigual y combinado en las principales etapas de la historia de EE.UU.? ¿En qué forma nos ayuda la comprensión de esta ley a vaticinar el curso de la lucha de clases en Norteamérica?

Antes de desprenderse del dominio británico, las colonias estaban subdesarrolladas en muchos aspectos. Comparadas, por supuesto, con las metrópolis de Europa occidental, en especial con la misma Inglaterra. La primera revolución norteamericana, generalmente denominada "guerra de la independencia norteamericana", fue un poderoso esfuerzo por parte de las colonias por colocarse a la par del Viejo Mundo.

Al preparar, organizar y dirigir la guerra de la independencia, el Partido Patriota Norteamericano se benefició enormemente con los "privilegios del atraso". Sus dirigentes comerciantes habían adquirido riqueza y poder desarrollando las más recientes técnicas en materia de construcción de barcos y las prácticas del comercio mundial. El pueblo adquirió libertad y democracia apropiándose de aquellas formas de organización en partidos (los Whigs y los Tories) y las formas gubernamentales de representación legislativa y gobierno comunal que Inglaterra había creado y los colonizadores trajeron consigo. Para justificar sus exigencias los colonos encontraron teorías ya elaboradas sobre derecho natural en los escritos de los ideólogos de la revolución inglesa en el siglo XVIII: Milton, Harrington y John Locke. Además, los colonos crearon una nueva técnica para la guerra, uniendo su experiencia de caza en los desiertos de las llanuras y montañas con las potencialidades de los triunfos de sus dos revoluciones anteriores y por los notables logros resultantes en materia de industria y agricultura. La tercera revolución norteamericana, la socialista, se está retrasando precisamente porque sus predecesoras tuvieron tanto éxito.

La desigualdad predomina también en otros sectores de la conciencia social norteamericana. La ideología de la clase dominante es una de las más altamente desarrolladas de la historia capitalista. La clase dominante no sólo tiene una filosofía militante, positiva, para justificar sus privilegios, una filosofía que disemina asiduamente dentro y fuera de Estados Unidos, sino que al mismo tiempo está dedicada a una ofensiva incesante contra las ideas comunistas y socialistas, aún cuando las ideas marxistas no están muy difundidas entre el pueblo. Este celo en la cruzada anticomunista y antisocialista, junto con su aguda sensibilidad de clase y su conciencia de la lucha de clases, demuestra que la clase dominante estadounidense tiene malos presagios con respecto a su propio futuro. En contraste con la conciencia de clase de los capitalistas, la clase obrera norteamericana no ha alcanzado aún un nivel de conciencia que le permita hacer una generalización de sus propios intereses de clase en particular, ni siquiera bajo la forma de las nociones socio-reformistas más elementales. Esta indiferencia hacia la ideología socialista es una de las peculiaridades más pronunciadas del obrero norteamericano. Esto no significa que el obrero norteamericano esté desprovisto de sentimientos de clase y de iniciativa. Por el contrario, la clase obrera norteamericana se ha afirmado una y otra vez como una fuerza combativa independiente especialmente en la industria, a menudo con brillantes resultados. Pero estas experiencias no han llegado aún a constituir un desafío consciente y permanente al orden capitalista: no han llevado a un movimiento socialista masivo.

La hipertrofia de la ideología burguesa en Estados Unidos y la correspondiente atrofia de la conciencia de la clase obrera son productos inseparables de las mismas condiciones históricas. Son aspectos interdependientes de la actual etapa del desarrollo social y político en EE UU.

En la actualidad, la fisonomía política del mundo entero refleja las desigualdades de la sociedad norteamericana: una en el dominio de la producción, otra en la organización política y una tercera en la conciencia social. La brecha existente entre la madurez de la economía para la socialización y su propiedad y administración capital-monopolista, y la que hay entre el alto nivel de la organización sindical de los trabajadores y su inmadurez política e ideológica, son las peculiaridades más notables de la vida norteamericana. Esta situación plantea los problemas teóricos y prácticos más difíciles para todos los socialistas, especialmente para aquellos que actúan en un medio semejante. A todo el mundo trabajador, estas brechas en la vida social norteamericana le parecen por momentos un pozo sin fondo al que inevitablemente van a caer los pueblos de todo el mundo para su destrucción nuclear. A veces parece imposible imaginar que alguna vez surgirán fuerzas capaces de zanjear el abismo.

Pero este estado de cosas ¿continuará así eternamente, o al menos en lo que resta de este siglo? Las contradicciones de la vida social norteamericana, ¿persistirán indefinidamente sin cambios esenciales? Las brechas entre el nivel del desarrollo económico norteamericano y las formas de propiedad, entre las debilidades presentes y la energía potencial de la clase obrera norteamericana ¿continuarán como hasta hoy? Los capitalistas, los reformistas, los liberales, los pragmáticos y pseudo marxistas de toda laya no sólo piensan que sí, sino que además tratan de inducir al resto a compartir sus convicciones.

Pero toda esta gente no tiene en cuenta el movimiento de la historia mundial, un movimiento que se ha acelerado considerablemente en nuestro tiempo. Ellos no tienen en cuenta las contradicciones del sistema capitalista a escala mundial; y estas contradicciones generarán, a su vez, crisis cada vez más devastadoras. No tienen en cuenta el desarrollo de los conflictos de clase en nuestro propio tiempo. Sobre todo, subestiman la capacidad creadora de la clase obrera norteamericana. Al no ser marxistas, no incluyen en sus cálculos la acción y los efectos de la ley del desarrollo desigual y combinado.

Veamos ahora cómo puede ayudarnos esta ley a penetrar bajo la superficie y dejar al descubierto el meollo de la realidad presente. Como hemos visto, esta no es la primera vez en la historia de Estados Unidos ni es este país el único lugar del mundo en el cual, en el siglo XX, las relaciones económicas, las estructuras políticas y las ideas sociales se han quedado atrás con respecto al desarrollo de las fuerzas productivas. Los hechos innegables de la historia son que, en el pasado, la única forma en que se han resuelto las disparidades fundamentales y se han eliminado las desigualdades ha sido a través de alzamientos revolucionarios, cuya función ha sido

colocar nuevas fuerzas progresivas a la cabeza de la nación. En nuestro tiempo, sólo la clase obrera puede llevar a cabo esta función históricamente necesaria. No hay ninguna razón para creer que, quienquiera que intervenga, las contradicciones extremas de la vida norteamericana se pueden resolver de otra manera.

En este punto, un crítico astuto puede aducir que según la ley del desarrollo desigual y combinado, y según esta exposición de la misma, los acontecimientos no se reproducen necesariamente en la misma forma, incluso en el seno del mismo sistema social, sino que, bajo un conjunto distinto de circunstancias, el curso de los acontecimientos puede tomar una vía distinta de desarrollo. En ese caso ¿por qué los EE.UU. tienen que seguir en el siglo XX el mismo sendero revolucionario que siguieron en los siglos XVIII y XIX? ¿Por qué tienen que seguir necesariamente el curso tomado por países atrasados como Rusia y China en nuestro propio tiempo? ¿No podrá Estados Unidos dar un rodeo a la revolución socialista y llegar mediante etapas suaves y graduales a una forma superior de organización social y a una vida mejor?

Es por cierto verdad que ningún precedente histórico, por similar que parezca, puede reemplazar adecuadamente al análisis directo de la situación concreta; los precedentes sólo pueden orientar y complementar la investigación específica. Por supuesto, sería más ventajoso para los pueblos del mundo entero si la transición del capitalismo al socialismo en Estados Unidos (o en Gran Bretaña, o en cualquier otra parte) se pudiera llevar a cabo por acuerdo mutuo entre las clases. Los marxistas nunca lo han negado ni han deseado otra cosa. Pero este deseo piadoso, desafortunadamente, no elimina el problema. Surge entonces el interrogante: ¿Es realista esta perspectiva ideal y deseable? ¿Debería hacerse de ella la base para una política práctica socialista en Gran Bretaña o en EE.UU.? El mismo interrogante ha sido planteado una vez más en el seno de los partidos comunistas de Gran Bretaña y Estados Unidos en el "gran debate" que siguió al Vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético.

La vía "pacífica" al socialismo en Estados Unidos presupone que el capitalismo norteamericano puede seguir adelante sin que se produzcan más convulsiones económicas devastadoras, crisis sociales y guerras, y que si no fuera así, los gobernantes, desacreditados por estas catástrofes, darían un paso al costado y cederían voluntariamente su poder, su propiedad y sus privilegios en respuesta a las exigencias (y tal vez a los votos) de un pueblo movilizado.

¿Puede haber alguna esperanza, siendo realistas, de que el conflicto social más profundo de toda la historia, el conflicto que implica la abolición de la explotación de un sector de la humanidad por otro, será resuelto, en los países capitalistas avanzados de la "democracia occidental", por negociaciones diplomáticas entre las clases, apoyadas por la presión pacífica de las masas y por un recuento de votos? Entre paréntesis, no existen precedentes de tales "revoluciones" en la historia de Gran Bretaña, Francia, Alemania o Estados Unidos. Puede demostrarse que existen razones de lo más poderosas que señalan por qué los capitalistas monopolistas de la actualidad, en EE.UU. y en cualquier otra parte, están mucho menos dispuestos a ceder voluntariamente su posición dominante, a actuar en contra de sus intereses materiales y a cometer un "suicidio social", de lo que lo estaban las cortes de Carlos I, Jorge III y Luis XVI, los propietarios de esclavos del Sur o, para el caso, la corte del zar Nicolás II.

Los poderosos magnates financieros e industriales que dominan hoy Estados Unidos están acostumbrados desde hace mucho tiempo no sólo a dominar sino a creer que su dominio es justo y eterno. Más aun, se dan cuenta de que no estarían cediendo simplemente su propia supremacía sino la del capitalismo a escala mundial. Porque, si los obreros norteamericanos tomaran el poder del estado, esto no sería sólo un traspaso secundario del poder dentro de un sistema social aislado. Representaría el acto decisivo de la más fundamental y trascendente de las transformaciones. Se trataría nada menos que del golpe de gracia histórico al capitalismo a escala mundial y el pasaje de sectores decisivos de la humanidad a un sistema social superior, el socialismo. Fundamentalmente, el destino de dos sistemas históricos mundiales, el capitalismo y el socialismo, está en juego en la lucha entre los capitalistas norteamericanos y la clase obrera norteamericana. El reconocimiento de esta posición clave de la clase obrera norteamericana es de importancia fundamental para el movimiento socialista de cualquier país.

Habiendo tanto en juego, la actitud instintiva de los capitalistas estadounidenses ante la amenaza de ser desplazados por la clase obrera muy probablemente sea, como lo mostró el macartismo, un cerrado giro hacia la dictadura militar o hacia el fascismo. De cualquier manera, un marxista serio no sería realista y sí un irresponsable si contara sólo con la posibilidad más favorable e ignorara la probabilidad de que, en lugar de facilitar la transición al socialismo, los representantes del capitalismo procuren crear nuevas barreras en el camino del avance socialista y luchar para retener su soberanía, por ilegal y "falta de democracia" que sea su resistencia.

Sin embargo, si este último bastión del capitalismo mundial, los EE.UU., es el que menos posibilidades tiene de escapar a la necesidad de una lucha revolucionaria en su camino al socialismo, esto por supuesto no significa que el modelo de lucha será precisamente una copia fiel del camino seguido en otros países, como podría ser Rusia. Una proposición elemental del marxismo, que ahora, para lograr sus propios objetivos inmediatos, los estalinistas están "redescubriendo" afanosamente, es que la clase revolucionaria actúe en cada país según sus peculiaridades para tomar el poder del estado y construir el socialismo.

Luego de una desalentadora postergación de décadas los obreros norteamericanos, en un poderoso salto, obtuvieron su organización industrial en los años treinta en la CIO. Comprimieron varias etapas de desarrollo con este salto. Los obreros de la industria automotriz no pasaron de la agremiación por oficios a la unión en sindicatos industriales, sino que fueron directamente de la no organización a la forma más alta de organización industrial, salteándose la etapa intermedia que necesitaron los obreros industriales de Gran Bretaña.

Es muy probable que se repitan esos saltos espectaculares en el próximo avance político de la clase obrera norteamericana. El valor de la ley del desarrollo desigual y combinado consiste en ayudar a anticipar esos saltos. Cuando Gran Bretaña perdió su supremacía en el mercado mundial, a comienzos del siglo XX, los elementos más progresivos de la clase en Gran Bretaña comenzaron a sacar las conclusiones políticas necesarias apartándose del Partido Liberal y formando su propio partido de clase alrededor de un programa de reforma social, si bien era una reforma social que se completaba y se expresaba por una ideología casi socialista. Los trabajadores norteamericanos no han llegado aún al punto alcanzado por los británicos medio siglo atrás. El movimiento sindical norteamericano continúa ligado políticamente al Partido Demócrata, el equivalente estadounidense del viejo y ahora anacrónico Partido Liberal de Gran Bretaña.

¿Cómo pueden responder las masas trabajadoras norteamericanas a cambios radicales en sus condiciones económicas y políticas? ¿Es probable que sigan los pasos de los obreros británicos? Un marxista, un pensador dialéctico, sólo puede contestar: sí y no. El obrero norteamericano seguirá al británico pero sólo en una forma muy general. Por cierto llegará un momento en que le resultará imperioso desprenderse de los partidos capitalistas y crear una posición y una organización de clase independientes, al igual que lo han hecho los británicos. Pero las formas específicas, las características específicas y el ritmo de desarrollo político de la clase norteamericana *no necesitan ser* una copia fiel de las características del desarrollo británico y con toda seguridad *no lo serán* porque las condiciones históricas mundiales en que formarán su partido político de clase serán muy distintas a las que rodearon la creación del Partido Laborista británico.

Cuando la clase obrera británica se lanzó a una política independiente al comenzar el siglo, el capitalismo mundial estaba aún en ascenso y ningún país había derrotado todavía la dominación capitalista. En la actualidad, el capitalismo está a la defensiva a escala mundial, mientras que las potencias anticapitalistas y los movimientos socialistas y coloniales se han convertido en una poderosa realidad.

Ni tampoco es la Norteamérica de hoy, internamente, lo que era Gran Bretaña en la primera mitad del siglo XX. Hoy Estados Unidos es el último bastión del capitalismo y, a diferencia de la Gran Bretaña de la época de los Eduardos, los capitalistas norteamericanos tienen poco espacio para una retirada estratégica. Estas diferencias garantizan que habrá diferencias entre el Partido Laborista británico y el Partido Norteamericano de los Trabajadores, que aún resta crear. Por lo tanto, la clase obrera norteamericana abrirá este nuevo capítulo de los acontecimientos políticos norteamericanos con una actitud muy distinta a la de sus predecesores británicos.

Más aun, estas luchas estarán precedidas y acompañadas de poderosos movimientos de masas de las nacionalidades insurgentes, de los estudiantes y las juventudes en rebeldía, de las feministas y otros sectores radicalizados de los oprimidos.

En EE.UU. será necesaria una crisis muy aguda para que la clase sacuda sus viejas amarras, a diferencia de la larga crisis crónica que caracterizó a Gran Bretaña. El impacto de estos sacudones sociales se hará sentir en el estancado desarrollo político de la clase obrera estadounidense en un momento en que el capitalismo está a la defensiva y las fuerzas anticapitalistas a la ofensiva en el resto del mundo. La ofensiva de la clase obrera no sólo chocará con una resistencia intensificada de los capitalistas, sino también con la inercia y la miopía de la burocracia sindical, como ya ha pasado en Gran Bretaña. Pero la burocracia sindical reaccionaria de Estados Unidos también tendrá que actuar en condiciones muy distintas a la británica. Por un lado, la situación crítica exigirá las medidas más radicales. Por el otro, los burócratas disputarán la dirección de los trabajadores militantes con una fuerte y sólida organización socialista revolucionaria.

Una combinación así, de una clase obrera organizada, de alto nivel cultural y recién radicalizada por un lado y una dirección equipada con la teoría más avanzada y los análisis políticos más amplios por el otro, tal como se está gestando en Estados Unidos en la actualidad, tendrá un extraordinario poder explosivo.

En esa coyuntura de la historia mundial, los castigos del atraso que ahora padece el movimiento socialista norteamericano mostrarán con toda certeza su otra faz, más esperanzada. Los obreros norteamericanos serán receptivos a las perspectivas revolucionarias más audaces y estarán preparados para asimilarlas rápidamente y actuar de acuerdo a ellas.

Las especies nuevas, señalamos antes, han experimentado una "expansión explosiva" cuando irrumpieron en territorios vírgenes bajo condiciones favorables. Podemos pensar que se producirá una aceleración análoga en el desarrollo cuando los obreros norteamericanos entren al terreno de la acción política independiente y tomen posesión de las ideas del socialismo científico y de los métodos del marxismo. En esos días de grave crisis social, esta amalgama de una clase obrera que estaba atrasada políticamente pero era poderosa en potencia con la ciencia social y la acción política, es decir, con el marxismo, puede producir el mayor salto adelante que ninguna sociedad haya dado -mayor que cualquiera en la historia norteamericana- y, por este solo acto, superar al conjunto de la humanidad.

Cómo aplicar una ley de la sociología

Las tres primeras secciones de este capítulo aparecieron por primera vez en los números de enero y marzo-abril de 1957 del periódico socialista británico *Labour Review* bajo el título de "La ley del desarrollo desigual y combinado". La publicación de estos artículos llevó al siguiente intercambio de opiniones entre un marxista británico y George Novack:

"La serie de George Novack "La ley del desarrollo desigual y combinado" debe de haber sido muy estimulante para los marxistas británicos. En el mundo complejo y ágil del siglo XX, una concepción formal de secuencias eternas para el desarrollo de las sociedades es tan inútil como la idea de que en la vida social no existen en absoluto leyes que rijan los procesos. Novack presta por lo tanto un servicio al poner de relieve aquel aspecto de la dialéctica materialista que explica el resultado de un choque entre fenómenos, o de una combinación de ellos, a distintos niveles de desarrollo, por ejemplo, la eficiencia técnica norteamericana con economías semif feudales -o tribales no mucho tiempo atrás- y las costumbres que las acompañan.

"La ubicación de esta ley del desarrollo desigual y combinado requiere un tratamiento sistemático como parte del método dialéctico; mientras tanto parece surgir un interrogante del propio material de Novack. Una ley científica debería bosquejar el conjunto particular de condiciones que producen un resultado típico en una esfera determinada de investigación. Un ejemplo, en sociología, es la ley que dice que las fuerzas productivas se desarrollan hasta un punto en que exigen un cambio primero en la estructura económica y luego en la superestructura política e ideológica de una sociedad. Esta ley expone con claridad una dependencia definida de un conjunto de hechos hacia otro conjunto. ¿Puede decirse lo mismo de la ley del desarrollo desigual y combinado? Ella afirma

que factores desigualmente desarrollados, ya sea en sociedades distintas o dentro de una misma sociedad, se combinan para producir formaciones unitarias de un carácter contradictorio. Si a esta generalización se le concede el rango de ley, debe dar líneas claras de orientación para el siguiente problema, entre otros. El proceso en marcha, ¿dará lugar a un salto progresivo dialéctico en la historia, como en la Revolución de Octubre en Rusia, o a procesos degenerativos, como en el caso de las distorsiones burocráticas del régimen de Stalin, o de la aniquilación de los aborígenes de Tasmania? Por supuesto uno no espera una respuesta a todos los interrogantes, una respuesta que sustituya al análisis de cada caso en particular, porque ésa es la esencia del método científico. Pero una ley debiera establecer las características de las combinaciones progresivas comparadas con las regresivas. Si puede aclararse este punto, más adelante se pueden plantear otros problemas discutibles que pueden resultar provechosos".

C.S.

Respuesta de George Novack

No veo con claridad por qué C.S. duda en acordar a la ley del desarrollo desigual y combinado el rango de ley. La legitimidad proviene del hecho de determinar las conexiones necesarias, condicionadas materialmente, entre los fenómenos. Las leyes formulan tales relaciones necesarias entre los factores de un cierto sector de la realidad en forma general. En las ciencias naturales, por ejemplo, los primeros físicos, Boyle, Charles, Gay-Loussac y Avogadro, establecieron relaciones simples que relacionaban el volumen, la temperatura y la presión de los gases, y las formularon en leyes elementales y empíricas.

Debido a que los distintos aspectos de la realidad tienen sus propias leyes, las distintas leyes no operan al mismo nivel de generalidad, ni tienen el mismo grado de necesidad. Las leyes más amplias son formuladas en la dialéctica materialista del ser y el devenir, que abarca procesos y modos universales de desarrollo. La ley de interpenetración de los opuestos pertenece a esta clase. Por otra parte, existen leyes particulares que se aplican sólo dentro de los límites de formaciones socioeconómicas específicas, como, por ejemplo, la ley de concentración creciente del capital, que corresponde exclusivamente al sistema capitalista.

La ley del desarrollo desigual y combinado se encuentra en mitad de camino entre estos dos tipos, por el alcance de su operación. No pertenece a la filosofía ni a la economía política sino principalmente a la ciencia de la sociología, que busca descubrir las leyes generales de la evolución humana. Formula ciertos aspectos importantes de las tendencias históricas del desarrollo social. Es más concreta que la ley de la interpenetración de los opuestos, de la cual es una expresión específica, y menos limitada que la ley de concentración del capital.

- 1.- El materialismo histórico parte de la premisa concreta de que los seres humanos no pueden existir sin comer, beber, etcétera. Esta es la ley suprema de la vida.
- 2.— La ineludible contradicción física entre el hambre y la supervivencia, que los animales superan mediante la apropiación directa y el consumo de alimentos, la humanidad la resuelve a través de las actividades laborales.
- 3.— El desarrollo de la sociedad está determinado por el desarrollo de las fuerzas productivas.
- 4.— Estas fuerzas productivas dan surgimiento a ciertas relaciones definidas de producción que dan forma al resto de la estructura social.
- 5.— El posterior desarrollo de las fuerzas productivas entra eventualmente en conflicto con las relaciones existentes de producción, iniciando un período revolucionario que, si se lo resuelve progresivamente, da como resultado la instauración de un orden socioeconómico superior.

Estos son los eslabones principales de la cadena de la necesidad que rige el desarrollo social y del razonamiento lógico del socialismo científico que lo explica. La ley del desarrollo desigual y combinado se incorpora a la cadena en el siguiente punto: las fuerzas productivas, que son el producto de todo el movimiento social, se desarrollan desigualmente en el tiempo y el espacio, en los distintos pueblos y en las distintas formaciones sociales. Estas diferencias en el grado de

desarrollo producen a su vez una desproporción no sólo entre distintos segmentos de la sociedad sino también entre los diversos elementos de cualquier estructura social dada.

La legitimidad fundamental de los fenómenos teóricamente expresados en la ley del desarrollo desigual y combinado viene del hecho observado, verificable, que recorre toda la historia, de que los distintos índices de desarrollo económico producen desproporciones de diversos tipos. Dadas estas disparidades, irremediablemente se dan ciertas consecuencias en el desenvolvimiento posterior del proceso social.

Para probar lo contrario, o sea, la falta de necesidad histórica de esta ley, debería demostrarse que la sociedad avanza en forma distinta; que las organizaciones sociales y las superestructuras culturales resultantes son elementos armoniosos perfectamente proporcionados unos a otros.

Desde este punto de partida, el proceso pasa a una segunda etapa, formulada en la ley del desarrollo desigual y combinado, que complementa a la primera. Los elementos diversamente desarrollados no se unen en estructuras homogéneas simples sino en formas complejas, heterogéneas, y a veces altamente contradictorias.

Las características contradictorias de las combinaciones no dependen sólo del hecho de que las diversas formaciones y factores han evolucionado independientemente unos de otros y coexisten en diferentes niveles de desarrollo social. La manera y las consecuencias de la fusión también dependen del período histórico en el que se unen. Puede resultar una diferencia considerable de que los elementos se unan en tiempos precapitalistas, durante el período capitalista o bajo condiciones poscapitalistas.

Una vez surgidas estas combinaciones, el proceso pasa a una etapa aun más avanzada en la que el surgimiento de una nueva desigualdad en la situación lleva al conflicto y a la disociación de los factores contradictorios previamente sintetizados.

Esta ley sociológica, cuyas operaciones y efectos pueden observarse a través de todo el curso de la historia, ha alcanzado su máxima fuerza y alcance bajo el capitalismo y durante el período de transición al socialismo porque todas las contradicciones y desproporciones acumuladas del desarrollo histórico, heredadas de períodos pasados, pasan a un primer plano en esta coyuntura.

La única dificultad que plantea C.S. en sus observaciones es que la ley del desarrollo desigual y combinado debería indicar sin ambigüedad cuál ha de ser el resultado específico de su operación. Debería permitirnos anticipar si la combinación de factores distintos a distintos niveles de desarrollo culminará en un salto progresivo o en una regresión.

La ley no lo puede hacer, porque su acción y sus resultados no dependen sólo de sí misma como una formulación teórica de tendencias generales, sino más bien de toda la situación en la que actúa. La situación total es lo decisivo. Lo que determina el resultado específico de su operación es la totalidad de los factores materiales: la estructura viviente de una sociedad, la dinámica de sus fuerzas internas y sus conexiones históricas e internacionales.

Una misma ley puede dar distintos resultados en distintas etapas del desarrollo del sistema económico a medida que cambian las condiciones objetivas en que actúa. La ley del valor, el regulador supremo del sistema capitalista, estimula enérgicamente las fuerzas productivas en su período progresivo, y luego su acción conduce a la contracción de las fuerzas productivas en su etapa de declinación monopólico-imperialista.

La ley del desarrollo desigual y combinado conduce asimismo a distintos resultados según las circunstancias específicas en que opera. Bajo ciertas condiciones, la introducción de elementos superiores y su amalgama con otros inferiores acelera el progreso social; bajo otras condiciones, la síntesis puede retrasar el progreso y hasta causar un retroceso. Si el resultado ha de ser el progreso o la reacción, depende del peso específico de todos los factores de la situación dada.

Los elementos avanzados no pueden en sí y de por sí garantizar un movimiento progresivo amplio e ininterrumpido a menos que actúen (y mientras no lo hagan) sobre el basamento del sistema social, lo revolucionen y lo reconstruyan. De otro modo su eficacia puede ser restringida y distorsionada.

De acuerdo con esto, consideremos ahora la situación de la Unión Soviética desde 1917, tal como Trotsky la explicó en *La revolución traicionada* con la ayuda de la ley del desarrollo desigual y combinado. Señaló que, en primer lugar, "la ley del desarrollo desigual fue la causa por la que la contradicción entre la técnica y las relaciones de propiedad del capitalismo (un rasgo universal en su agonía mortal) hizo añicos el eslabón más débil de la cadena mundial". La Revolución Rusa fue, como afirmó en otra parte, una avalancha nacional dentro de una formación social universal. "El atrasado capitalismo ruso fue el primero en pagar la bancarrota del capitalismo mundial".

Trotsky observó luego que en general "la ley del desarrollo *desigual* se complementa a través de todo el curso de la historia con la ley del desarrollo *combinado*".

¿Cuál fue su resultado específico en Rusia? "El colapso de la burguesía en Rusia llevó a la dictadura del proletariado, o sea a que un país atrasado diera un salto progresivo y superara a los países avanzados." Como ya sabemos, esto causó mucha desazón a los teóricos esquemáticos de Rusia y Europa occidental, quienes insistían en que los trabajadores no podían y no debían tomar el poder hasta que el capitalismo no hubiera elevado la economía nacional.

Pero fue también la causa de mucha genuina desazón para el pueblo ruso, como Trotsky pasó a explicar. "Sin embargo, la instauración de formas socialistas de propiedad en un país atrasado se estrelló contra el inadecuado nivel técnico y cultural." Esto es, surgieron nuevos tipos de desigualdades sobre la base de los logros precedentes y a un nivel histórico superior. "La misma Revolución de Octubre, nacida de las contradicciones entre las fuerzas altamente productivas mundiales y las formas capitalistas de propiedad, produjo a su vez una contradicción entre las fuerzas de baja productividad nacionales y las formas socialistas de propiedad".

Aunque los logros de la revolución -la propiedad nacionalizada y la economía planificada- ejercieron una acción altamente progresiva sobre la Unión Soviética, ellas mismas estaban sujetas a la influencia degeneradora del bajo nivel de producción del aislado estado obrero. De esta condición fundamental surgieron todos los efectos degenerativos del estado soviético bajo el régimen de Stalin, incluso el régimen mismo. Las ideas más avanzadas y las relaciones más progresivas de producción no podían prevalecer por sobre la insuficiencia de su infraestructura económica, y el resultado fue su envilecimiento.

Así, la desigualdad impide que exista cualquier línea simple, única, recta, en el curso del desarrollo social. Por el contrario, lo que tenemos es una ruta compleja, tortuosa y contradictoria. La tarea teórica es analizar la interacción dialéctica de la acción y la reacción de las fuerzas contendientes en su conexión con el medio histórico.

A veces son las tendencias progresivas y otras las fuerzas contrarrevolucionarias las que se afirman y toman la delantera.

Esta interacción dialéctica puede observarse en las consecuencias contradictorias de los mismos factores históricos en los países vecinos de China y Japón. Ambos países, antiguamente aislados y atrasados, sintieron el impacto de las fuerzas capitalistas en el siglo XIX. El capitalismo occidental invadió China, intervino en su economía, e instauró el control político y militar. Sólo la rivalidad entre los imperialismos contendientes impidió que se dividieran totalmente a China entre ellos.

Aunque la intrusión del capitalismo, con las técnicas más modernas para la producción, el transporte, el comercio, las finanzas y el conocimiento, despedazaba y trastornaba a China, estos instrumentos del capitalismo moderno no modernizaron, en general, la vida de China ni la emanciparon. Por el contrario, el imperialismo instaurado afianzó las instituciones más arcaicas, tales como el sistema feudal de tenencia de la tierra, y ayudó a la burguesía compradora, a los terratenientes, a los funcionarios y a los militaristas a prolongar las formas precapitalistas de organización social. Su garra impidió a China pasar por una auténtica renovación democrático burguesa y tener cualquier tipo de desarrollo capitalista independiente.

En el mismo período en que estas influencias capitalistas impedían el desarrollo chino, estimulaban a Japón. Allí, la introducción de la civilización capitalista occidental estimuló desde la cumbre una reorganización de la estructura precapitalista del país sin que hubieran convulsiones revolucionarias desde la base. Junto con la restauración Meiji, las agencias de cambio capitalistas

fortalecieron nuevas clases de industriales, comerciantes, financistas, quienes desarrollaron los más avanzados modelos occidentales. En lugar de ser una víctima del imperialismo occidental, Japón se convirtió en la corporización suprema del imperialismo oriental, lanzándose ávidamente sobre China para tomar su parte del botín.

Así, en la primera etapa, bajo las condiciones históricas dadas, la ley del desarrollo desigual y combinado condujo a la degradación y el sojuzgamiento de China, mientras que Japón experimentaba una tremenda oleada de energía y logros nacionales bajo auspicios capitalistas. No es para asombrarse que en Japón el nacionalismo se canalizara por tendencias imperialistas, mientras que del otro lado del Mar de la China el nacionalismo tuviera que buscar otras salidas por vías antiimperialistas.

Sin embargo, como sabemos, el proceso histórico mundial osciló en una dirección distinta luego de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa, y esto afectó las tendencias del desarrollo del Lejano Oriente.

Incluso durante el primer período de la fusión del capitalismo occidental con la vida del Lejano Oriente, surgieron tendencias que iban contra la dirección predominante del desarrollo de ambos países. En Japón, el régimen imperialista —producto del más alto estadio de la evolución mundial y nacional— era encabezado por un culto al emperador que se arrastraba desde tiempos prefeudales. Su estructura capitalista estaba plena de combinaciones extrañas y desproporcionadas. Aparecieron modernas fábricas y talleres en las ciudades, mientras que en el campo las relaciones feudales permanecieron inalteradas. Se desarrolló en exceso la industria liviana, mientras que la industria pesada, de la que deriva el poder en la actualidad, quedó subdesarrollada. Los militares, equipados con el más moderno armamento, continuaron animados por las tradiciones feudales. Debido a que la democracia hizo su reforma superestructuralmente, en lugar de revolucionar desde la base, era débil y la vida parlamentaria endeble. La modernización incompleta de la estructura social japonesa culminó en una desproporción extrema: el programa imperialista impuesto a ese recién llegado por las necesidades de la expansión capitalista nacional y la competencia mundial estaba más allá de las capacidades de sus fuerzas y recursos. El resultado fue la *debacle* sufrida por el militarismo japonés en la Segunda Guerra Mundial.

Mientras tanto, el atraso chino bajo el imperialismo aumentó su ímpetu para un salto progresivo en la etapa siguiente. Junto con la venal burguesía compradora, representada por Chiang Kai-shek, el proceso de occidentalización creó un proletariado moderno. Los problemas apremiantes y no resueltos de la unificación y la independencia nacional, la revolución agraria, la industrialización, etcétera, que el imperialismo bloqueaba y el régimen de Chiang no podía resolver, dieron una fuerza explosiva a los movimientos populares.

Luego de la Revolución Rusa, factores históricos mundiales de un orden superior intervinieron en el Lejano Oriente y con fuerza especial en China. Las influencias que emanaban de la Revolución de Octubre y de la Unión Soviética penetraron en China más efectivamente que lo que habían penetrado las ideas capitalistas y las fuerzas del imperialismo occidental en el Japón. Gracias al poder de estas influencias a escala internacional y nacional. China, durante tanto tiempo trabada por el imperialismo y sus servidores, se elevó luego de la Segunda Guerra Mundial. En el proceso de resolver las largamente postergadas tareas históricas, los movimientos de las masas proletarias y campesinas elevaron al país por encima del capitalismo nativo hasta el primer estadio de un estado obrero.

Este poderoso salto revirtió las relaciones entre China y Japón. Bajo las presiones del capitalismo mundial, Japón había trepado desde el feudalismo hasta el imperialismo en un par de generaciones, mientras que las mismas fuerzas mantenían aplastada a China. Luego, en la etapa siguiente, bajo las presiones combinadas del imperialismo reaccionario y del socialismo progresivo (mezclado con el estalinismo), China dio un salto por encima del capitalismo y le tomó la delantera a Japón.

Así, cada una de las series de influencias históricas, la primera surgida del capitalismo del siglo XIX y la segunda de los movimientos poscapitalistas del siglo XX, tuvieron impactos muy distintos sobre el desarrollo de los dos países vecinos. Esto demuestra que las consecuencias de la ley del

desarrollo desigual y combinado dependen de la acción y la reacción de las fuerzas nuevas sobre las viejas; la realidad concreta en cualquier etapa dada es una resultante de la interacción dinámica entre ellas. Estas pueden tomar las formas más divergentes.

Una generalización sociológica, como es la ley del desarrollo desigual y combinado, puede servir solamente como guía para la investigación y el análisis de los procesos en juego en un medio ambiente social dado. Puede ayudarnos a entender las particularidades de los procesos sociales que se están desarrollando. Pero categóricamente no puede decirnos por anticipado cuál será el resultado de su operación futura. Los resultados específicos están determinados por la lucha de fuerzas vivientes en el terreno nacional e internacional.

La ley del desarrollo desigual y combinado expresa ciertas características de la dialéctica de la historia. La dialéctica es "el álgebra de la revolución" y de la evolución. Es decir, formula ciertos aspectos necesarios, relaciones y tendencias de la realidad en forma general, sacada de las condiciones específicas. Para que sus cualidades algebraicas abstractas puedan convertirse en cantidades definitivas, "aritméticas", tienen que ser aplicadas a la sustancia de una realidad particular. En cada caso nuevo y en cada etapa sucesiva del desarrollo es necesario el análisis específico de las relaciones y tendencias reales en su conexión e interacción continua. Las fórmulas dialécticas son abstractas, pero "la verdad es concreta".

CAPITULO V

EL DESARROLLO DESIGUAL DEL PROCESO REVOLUCIONARIO MUNDIAL

Todas las formaciones sociales y sus partes componentes han pasado por un desarrollo irregular. Esta es una característica universal de la historia y una ley fundamental de su proceso dialéctico, que tiene su origen material último en el crecimiento variable de las fuerzas de producción.

Las desproporciones acumuladas en todos los sectores de la sociedad a través de las épocas han sido unidas, acentuadas y llevadas a su punto máximo bajo el capitalismo mundial. La totalidad de sus efectos se está manifestando durante la declinación de este sistema, lo cual coincide con la primera etapa de la transición al socialismo.

El crecimiento extremadamente diversificado de las relaciones y del poder capitalista en distintas partes del globo es la causa histórica subyacente del curso contradictorio de la revolución socialista. Desde el siglo XVI al XX el capitalismo local se elevó a su estatura máxima sólo en Europa occidental, Norteamérica y Japón. Fue retardado en Europa oriental y en la Península Ibérica y apenas se elevó del suelo en Asia, África, Medio Oriente y Latinoamérica.

La disparidad del desarrollo capitalista conformó decisivamente la marcha de los acontecimientos en los siglos XIX y XX. Las potencias capitalistas más antiguas, más ricas y más favorecidas se repartieron entre ellas el planeta, impidieron y distorsionaron el crecimiento de las naciones menos avanzadas y bloquearon su progreso.

Hacia 1914, unos pocos gigantes plutocráticos que gozaban del monopolio de la capacidad industrial, la riqueza y el poder se habían dividido el mundo mientras que la mayoría de la humanidad padecía tanto el estancamiento precapitalista como la depredación imperialista. Su enfrentamiento preparó el escenario para el primer round de revoluciones en las que aquellos pueblos que habían quedado rezagados con respecto a las metrópolis industrializadas comenzaron a dar vuelta la tortilla y a propinar golpes demoledores al sistema imperialista.

Aquellos que se lamentan de la marcha a paso de tortuga y del sendero espinoso de la lucha del proletariado por el poder necesitan recordar si alguna vez lo supieron que los movimientos democráticos de masas que marcaron las etapas formativas del capitalismo y dieron hegemonía a la burguesía pasaron por un desarrollo mucho más dilatado y tortuoso. Las fuerzas antifeudales necesitaron más de tres siglos para desplegar todo su potencial y no menos tiempo les llevó a los magnates occidentales del capital lograr su predominio.

El primer período de revoluciones democrático burguesas se abrió con un levantamiento en los Países Bajos contra el dominio español a fines del siglo XVI y culminó con las dos revoluciones inglesas del siglo XVII. Cien años más tarde las energías revolucionarias burguesas alcanzaron su pico máximo con la Guerra Norteamericana por la Independencia, la primera revuelta colonial victoriosa de los tiempos modernos, y la decisiva Revolución Francesa, que rompió la columna vertebral del orden feudal europeo. El período se cerró con la serie de guerras y revoluciones entre 1848 y la Comuna de París en 1871 y con la Guerra Civil en los Estados Unidos, la fragua en que se forjó el actual coloso del capitalismo mundial.

El sector progresivo y sus elementos plebeyos experimentaron muchos tropiezos durante esta escalada. La gran burguesía, que fue en definitiva el vencedor, vio que por momentos el poder político que había ganado se le escapaba de las manos. Como por ejemplo cuando los comerciantes, banqueros e industriales del Norte de Estados Unidos fueron desplazados en Washington por los propietarios de las plantaciones algodoneras del Sur y sus cómplices, en las décadas previas a la Guerra Civil.

Aun después de tres siglos de luchas por la democracia republicana, los regímenes políticos no fueron transformados en la misma medida que las estructuras sociales. Hasta 1848 la monarquía, ya fuera absoluta o constitucional, continuaba siendo el modo más común de gobernar los estados, a excepción del continente americano. E incluso allí Brasil tenía un emperador. Las testas

coronadas no fueron eliminadas de Alemania, el Imperio Austro-Húngaro y Rusia hasta la Primera Guerra Mundial y el advenimiento de la primera revolución proletaria.

No obstante, el orden precapitalista fue derrotado y sus instituciones principales eliminadas por estos sucesivos esfuerzos que abarcaron siglos. Las conquistas básicas del proceso revolucionario resultaron duraderas, los reveses, transitorios. Hacia el último cuarto del siglo XIX los "nuevos hombres del poder" se habían apoderado del mundo civilizado.

Pero la burguesía no conquistó en todas partes la soberanía *política*. Es una creencia generalizada que la democracia capitalista, encabezada por los capitanes de la industria, el comercio y las finanzas, es una etapa obligatoria para el avance político de todas las naciones esclarecidas. Este prejuicio es más fuerte en Estados Unidos que en cualquier otro lugar. En realidad, la burguesía se las ha compuesto para ganar y retener el dominio político en gran parte de las naciones capitalistas más privilegiadas. En las otras, esta clase poseedora llegó demasiado tarde y con demasiado poco para desalojar a sus rivales de la derecha o a sus desafiantes de la izquierda, como para concentrar el poder estatal en sus propias manos.

Esta insolencia fue evidente primero y en mayor medida en Rusia. Hasta 1917 la burguesía rusa debió inclinarse ante el zar y los terratenientes. Entre febrero y octubre sus representantes no pudieron empuñar el poder por derecho propio y perdieron la última oportunidad de tomar el mando del estado cuando la revuelta obrero-campesina dirigida por los bolcheviques echó a puntapiés al Gobierno Provisional e instauró la primera República Soviética. La impotencia de un régimen burgués tardío ha quedado demostrada posteriormente en China y otros lugares.

La revolución democrática fue capaz de reorganizar las estructuras sociales y políticas en líneas burguesas progresistas sólo en una cantidad reducida de países; es así que en este siglo, el resto de la humanidad, atormentada por el atraso, se ha visto impulsada a encontrar otras formas y otros medios para abrirse paso hacia lo moderno. Las desigualdades, la falta de equidad y las iniquidades del desarrollo capitalista han transferido a la época siguiente de la revolución mundial las tareas históricas inconclusas de llevar los países más atrasados a la corriente principal de la civilización. Esta no se dirige a la expansión y consolidación del capitalismo sino a su confinamiento y eliminación.

La desequilibrada evolución que caracterizó a los cuatro siglos de revolución democrática burguesa se ha extendido exageradamente a las primeras etapas de la revolución proletaria mundial. En el último siglo y medio los requisitos previos para la revolución social aparecieron y maduraron de una manera sumamente dispersa y desigual. Por un lado, esta irregularidad ha servido para debilitar la fuerza latente del bando anticapitalista, para obstaculizar su marcha hacia adelante y para impartirle formas anómalas a su desarrollo. Pero también ha tenido resultados positivos al reunir en forma inusual líneas de fuerzas sociales que han ejercido un tremendo poder, han acelerado el proceso revolucionario en ciertas coyunturas y han asegurado victorias inesperadas sobre el enemigo de clase.

La heterogeneidad de sus diversos sectores nacionales ya era evidente en la infancia del movimiento obrero. Si bien durante la mayor parte del siglo XIX los asalariados eran más numerosos y fuertes en Inglaterra, Francia y Estados Unidos que en ninguna otra parte, su conciencia de clase y su nivel ideológico eran bajos.

El marxismo, método científico del pensamiento y la acción socialista, no se originó en los países industrialmente avanzados sino en el medio más retrasado, Alemania. Las ideas marxistas se abrieron paso vacilante y superficialmente entre la vanguardia socialista de Francia durante el último cuarto de siglo. Hasta ahora la discrepancia entre el equiparamiento teórico y el poder social latente de los trabajadores de Inglaterra y Estados Unidos no ha sido superada ni mucho menos. El empirismo fabiano y la estrechez de miras aún dominan el movimiento obrero británico, mientras que del otro lado del Atlántico prevalecen el pragmatismo y el más craso oportunismo.

Cuando Marx y Engels publicaron el *Manifiesto Comunista* en 1848, la Europa occidental era el único teatro de la actividad revolucionaria proletaria. Rusia y Estados Unidos (los dos titanes del siglo XX) sólo recibieron una mención de pasada en el texto original de ese trascendente documento programático. Los desplazamientos del centro de gravedad revolucionario desde aquel

entonces indican que el desequilibrio en la distribución de las fuerzas de que dispone el socialismo ha persistido.

Tanto la Primera como la Segunda Internacional, las primeras organizaciones políticas de la clase trabajadora mundial, tuvieron sentada su plaza fuerte en Europa occidental. Las regiones alejadas de ese perímetro no contaron mucho en esa fase preliminar de la movilización de las fuerzas proletarias.

Aunque la Internacional Obrera y Socialista se apoyaba sobre una base masiva, fue predominantemente una organización de hombres blancos que tenía poca ligazón y se preocupaba poco por las masas coloniales. Los sectores más radicales venían de la periferia de Europa: Rusia y Polonia. Su puntal y modelo, la socialdemocracia alemana, era el líder indiscutible de los trabajadores, un estrecho aliado de los sindicatos y realizó un prodigioso trabajo de organización y adoctrinamiento. Pero el talento de sus dirigentes en estos aspectos no estaba acompañado por la visión de futuro, el valor, la voluntad revolucionaria y el internacionalismo necesarios. El resultado de estas deficiencias fue que la socialdemocracia alemana y la Segunda Internacional se desvirtuaron en agosto de 1914 y no se recuperaron nunca.

Aunque la clase trabajadora rusa no era tan numerosa ni tan culta y no podía crear organizaciones de masas tan poderosas como la alemana, había adquirido desde 1903 algo mucho más precioso y decisivo: una dirección firme, visionaria y audaz en el equipo bolchevique. Cuando las tensiones y los desastres de la Primera Guerra Mundial provocaron la insurrección de las masas rusas, el partido de Lenin fue capaz de aprovechar la mayor parte de las oportunidades que éste ofrecía para el derrocamiento del viejo orden.

En el primer capítulo de la *Historia de la Revolución Rusa*. "Las peculiaridades del desarrollo en Rusia", Trotsky explicó cómo los levantamientos conjuntos de proletarios y campesinos surgieron del desarrollo desigual del imperialismo capitalista, que impuso al estado y la sociedad atrasados de Rusia objetivos que excedían la fuerza y la resistencia de todas sus clases poseedoras, desde la nobleza terrateniente hasta la débil burguesía. Bajo las crecientes presiones a que se vio sometido el gobierno zarista al participar en la contienda imperialista, el pilar más vulnerable del capitalismo mundial entró en colapso y el período revolucionario irrumpió por la puerta más débilmente barricada. Trotsky escribía en *La revolución traicionada*:

Rusia entró en la vía de la revolución proletaria no porque su economía era la más madura para la transformación socialista, sino porque esta economía no podía ya desarrollarse sobre unas bases capitalistas. La socialización de los medios de producción se había vuelto una condición necesaria para sacar al país del barbarismo. (pág. 39*) (L. Trotsky, *La revolución traicionada*, Buenos Aires. El Yunque. [N. del Ed.]) La ley de la desigualdad del desarrollo ha tenido como resultado que la contradicción entre la técnica y los lazos de propiedad del capitalismo provoque la ruptura de la cadena mundial en su punto más débil. El capitalismo ruso atrasado pagó el primero por las insuficiencias del capitalismo mundial. (*Ibidem*. La edición inglesa que cita el autor dice "la bancarrota [bankruptcy] del capitalismo mundial". [N. del E.]

Pero el pueblo ruso también tuvo que pagar un precio terrible por ocupar el primer lugar en el orden revolucionario socialista. La misma desigualdad del desarrollo histórico que impulsó a Rusia a superar a los países más avanzados, permitiéndole instaurar el primer gobierno obrero y nacionalizar los medios de producción, se cobró su revancha posteriormente. La nueva economía progresó a los saltos, ya arrastrándose, ya a borbotones, a costa de tremendos sacrificios, pero en total demasiado lentamente para zanjar la enorme brecha entre el bajo nivel de las fuerzas productivas y las necesidades elementales del pueblo.

Debido al aislamiento y al atraso de la Unión Soviética, su vanguardia revolucionaria fue rechazada y aplastada. "O establecimiento de las formas socialistas de propiedad en un país atrasado ha tropezado con una técnica y una cultura demasiado débiles. La Revolución de Octubre, nacida de la contradicción entre las fuerzas productivas del mundo, altamente desarrolladas, y la

propiedad capitalista, ha engendrado a su turno contradicciones entre las fuerzas productivas nacionales demasiado insuficientes y la propiedad socialista." (Trotsky. *La revolución traicionada.*)

El retroceso político fue completado por el despotismo burocrático de Stalin. El conservadurismo contrarrevolucionario que minó la Revolución Rusa fue en sí mismo una consecuencia de la detención del desarrollo de la lucha internacional por el poder obrero. Los movimientos revolucionarios de 1918 a 1923 no derrotaron al capitalismo en ninguno de los países altamente industrializados de Europa occidental. El aislamiento de la Unión Soviética fue reforzado por la subsiguiente estabilización del capitalismo mundial, la serie de derrotas sufridas por las fuerzas socialistas y la propagación del fascismo en los años previos a la Segunda Guerra Mundial.

Para muchos, la revolución proletaria estaba condenada a quedar indefinidamente confinada a los límites de la URSS. Esta creencia fue la fuente psicológica del criterio de construir el socialismo en un solo país, improvisada por Stalin en 1924 para justificar la usurpación del poder por la burocracia soviética y el sojuzgamiento del movimiento comunista internacional a sus estrechos dictados nacionales. La teoría y la práctica del socialismo autárquico expresó tanto la caída política e ideológica del proceso revolucionario en Rusia como el retraso episódico pero prolongado de la revolución socialista mundial.

La siguiente oleada de victorias revolucionarias, que se agitó a partir de 1943, hizo trizas la base objetiva de la concepción del socialismo en un solo país. Al mismo tiempo, luego de la Segunda guerra mundial, las luchas extendieron las revoluciones anticapitalistas iniciadas en 1917 hasta las áreas más atrasadas del mundo. Los pueblos en que el desarrollo capitalista era más magro pasaron a ser los candidatos más propicios para la revolución socialista. El centro de la conmoción revolucionaria se desplazó hacia Oriente y no a Occidente: de la Europa oriental a China, Vietnam y Corea.

El mundo colonial se convirtió en la forja de la actividad revolucionaria, mientras que las partes más latamente industrializadas y ricas de la economía mundial permanecieron en las garras del imperialismo. Este giro de los acontecimientos levantó el sitio a la Unión Soviética y abrió nuevas y brillantes perspectivas a las masas coloniales. Pero la grieta entre Oriente y Occidente mantuvo a los regímenes poscapitalistas confinados a los países menos desarrollados.

Así, a escala más amplia y en un plano histórico superior, los estados obreros, aisladamente y en conjunto, continuaron rodeados por el imperialismo mundial. Las incesantes presiones ejercidas por el enemigo de clase tuvieron efectos perniciosos sobre los nuevos regímenes revolucionarios; no pudieron evitar que los deformara desde su nacimiento en mayor o menor medida su propio atraso material y cultural y la influencia del estalinismo. Estas deformaciones fueron más fuertes en Europa oriental y en China.

El entrelazamiento de los efectos favorables y desfavorables del desarrollo desigual se puede observar en el desenvolvimiento de la revolución socialista en Cuba. Esta isla fue el último país de Latinoamérica en librarse de la dominación española; fue el primero en librarse de la explotación capitalista. La decadencia del estalinismo a nivel mundial desacreditó al Partido Comunista Cubano mientras que la nueva y joven dirección del Movimiento 26 de Julio fue estimulada a tomar el timón de la revolución popular y a impulsarla.

Desgraciadamente, su ejemplo aún no ha sido repetido en Latinoamérica. Esto ha mantenido al régimen de Castro aislado en el Hemisferio Occidental y en peligro por el bloqueo económico de Washington y la amenaza de intervención, a pesar de la ayuda de otros estados obreros. La extensión de la revolución socialista en Latinoamérica es, como lo reconoce La Habana, imperativa tanto para la salvación de los pueblos de ese continente como para el saludable crecimiento interno de la propia Cuba nueva.

Las imposibilidades que surgen de los tiempos desproporcionados del proceso revolucionario mundial en las diversas zonas son hoy más notables que nunca. Cincuenta años después de la victoria de Octubre, el Tercer Mundo late con ardor y energía revolucionaria, mientras que el conservadurismo oportunista domina al bloque soviético. Los movimientos y partidos de la clase obrera de los países capitalistas más importantes continúan en gran medida sin responder a las exigencias de la lucha mundial por el socialismo. La atomización política de las masas en los

países comunistas, junto con la pasividad de los obreros de los bastiones del imperialismo, privan a los elementos revolucionarios de las tierras coloniales de sus más poderosos aliados potenciales, permitiendo a los imperialistas y a sus cómplices nativos sostener al neocolonialismo e impedir los movimientos de liberación, desde el Congo hasta el Sudeste Asiático.

Mientras que las características antidemocráticas de los estados obreros burocratizados reducen el atractivo que podría ejercer el socialismo para las masas occidentales, los niveles económicos desiguales de los países comunistas agrian sus mutuas relaciones. Esta es una de las causas básicas de la separación chino-soviética.

Los sociólogos soviéticos oficiales mantienen que, mientras que el capitalismo está sujeto a la ley del desarrollo desigual, los estados obreros existentes operan bajo la ley opuesta del desarrollo parejo. Así, G. Glazemann escribe en *The Laws of Social Development* [Las leyes del desarrollo social]: "Los revisionistas ignoran el hecho básico de que la ley del desarrollo político y económico desigual ha dejado de funcionar dentro del marco del sistema mundial, que los países socialistas se rigen ahora por una nueva ley, la ley de la nivelación de su desarrollo económico y cultural" (pág. 238).

Una afirmación así "ignora los hechos básicos" sobre la URSS misma, donde el crecimiento de la industria pesada ha aventajado al de la industria liviana, los suministros y la agricultura. Es por cierto falso con relación a la evolución política de la Unión Soviética donde la democracia del Soviet y del partido fue destrozada por el despotismo de Stalin, un retroceso que, a pesar de las reformas y los avances culturales y económicos de los últimos años, todavía resta superar.

No menos infundado es el pronunciamiento de que entre los países comunistas rige una ley general de desarrollo proporcionado. La economía planificada sí contiene el potencial de un crecimiento balanceado, especialmente está combinada con el control obrero de la política económica y política. Pero, individualmente o de conjunto, los estados obreros están aún muy lejos de tal simetría. Más flagrante es el contraste entre la Unión Soviética y China, que en la actualidad están en los extremos opuestos de la escala en cuanto a desarrollo económico.

La ayuda soviética fue una bendición para el progreso económico chino en el primer período de la revolución, y su retiro es censurable. Pero aun con una cooperación más estrecha y continua, los dos países comunistas más importantes no pueden manejar suficientes recursos como para superar la ancha brecha en sus niveles económicos y marchar codo a codo al socialismo. Esa es una tarea revolucionaria global.

Las relaciones chino-soviéticas han sido afectadas negativamente más de los que sus dirigentes desean admitir por el alcance aún restringido de la revolución mundial, que refuerza las deficiencias heredadas del atraso anterior. Estas fuentes *objetivas* de fricción han sido exacerbadas e intensificadas considerablemente por la mira estrechamente nacionalista y por la conducta despóticamente burocrática de sus respectivas direcciones.

La tarea primordial de todo el período de transición del capitalismo al socialismo es nivelar las vastas desproporciones entre los sectores ricos y pobres de la humanidad junto con las desigualdades en cada país. Es imperativo reconocer la gravedad y explicar la dificultad de este problema y discutir públicamente qué medidas a corto y a largo plazo se requieren para llegar a las mejores soluciones posibles. Pero la falsa orientación de los partidos comunistas soviético y chino les ha impedido poner en el candelero este problema fundamental. Esto destruiría la perspectiva ilusoria de construir el socialismo o el comunismo en un solo país y plantearía aguda y directamente la necesidad imperiosa de expandir la revolución a los centros del capitalismo. Hacer de estas preocupaciones el eje huele demasiado a la "herejía" del trotskismo, aun cuando concuerda con los criterios de Marx y Lenin

En la actualidad existen tres grandes procesos que contribuyen al avance de la revolución mundial. Las acciones y las reacciones de sus fuerzas impulsoras sirven ya sea para acelerar o para retrasar su desarrollo. Son la revolución colonial, la revolución política que apunta a la democratización de los estados obreros degenerados o deformados y la revolución proletaria en los países imperialistas.

Su compleja interacción está delineada de la siguiente manera en la Resolución sobre "La dinámica de la revolución mundial en la actualidad" adoptada por el Congreso Reunificador de la Cuarta Internacional de junio de 1963:

Indudablemente la demora de la revolución proletaria en los países imperialistas ha impedido en general que la revolución colonial tome el camino socialista tan rápida y conscientemente como lo habría posibilitado la influencia de un levantamiento revolucionario poderoso o una victoria del proletariado en un país avanzado, lista misma demora también retrasa la maduración de la revolución política en la URSS, especialmente en tanto no enfrenta a los trabajadores soviéticos con una alternativa convincente para construir el socialismo. Finalmente, el ascenso de las revoluciones coloniales y políticas, obstaculizado por la demora de la revolución proletaria en Occidente, contribuye no obstante a ayudar al proletariado de los países imperialistas a superar la demora.

Las tendencias más importantes que compiten por la captación de los trabajadores con conciencia de clase ofrecen respuestas muy diversas a los problemas que presenta la disparidad del desarrollo entre estos tres sectores de la lucha por el socialismo. Desde 1956, los dirigentes de Moscú han difundido enérgicamente la concepción, que Stalin fue el primero en promulgar, de que el avance de la revolución internacional ya no es el objetivo del campo anticapitalista. Ellos predicán que con el transcurso del tiempo la Unión Soviética, que supuestamente ha llegado al socialismo y está camino al comunismo, constituiría una vitrina tan seductora de los esplendores y beneficios de la nueva sociedad que los pueblos que están bajo el yugo capitalista se lo sacarán de encima como una vestimenta gastada, y casi con la misma facilidad.

Mientras tanto, la línea principal para la estrategia comunista deberá ser la coexistencia pacífica entre los gobiernos comunistas y capitalistas en el terreno internacional, implementada por la colaboración de clases con "elementos progresistas, amantes de la paz" de las burguesías imperialistas y neocolonialistas.

Esto es utopismo de la peor especie. Así como Owen, Fourier y otros creían que el ejemplo y los logros de las comunidades cooperativas modelo ganarían o neutralizarían a los grandes propietarios, acercarán a ellos a todos los ciudadanos sensatos y que las comunidades se esparcirían pacíficamente por emulación, así Jruschov, Kosigin, Breznev y sus acólitos sugieren que el brillante ejemplo del progreso soviético llegará a prevalecer sin necesidad de una intransigente lucha revolucionaria. Ellos consideran que el mal ejemplo de la fuerza será reemplazado por la fuerza del buen ejemplo.

La línea estalinista desorienta y desmoraliza la lucha mundial contra el capitalismo de dos maneras. Primero, su consejo de confiar la alianza con los elementos "progresistas" de la burguesía desarma a las masas y ayuda a sus enemigos. Esto quedó demostrado por las catastróficas derrotas sufridas a partir de 1964 en los países coloniales, desde el Brasil hasta Indonesia. Una prueba de su desatino fue el apoyo acordado al Presidente Johnson por el Partido Comunista Norteamericano en la campaña presidencial de 1964 en base a que él sería menos "amante de apretar el gatillo" en Vietnam que su oponente republicano.

Segundo, propone dejar la tarea de desarmar a los monopolistas y militaristas sujeta a negociaciones "en la cumbre" y a pactos diplomáticos entre Washington y Moscú. Ningún acuerdo gubernamental entre los "dos grandes" puede garantizar la paz mundial. Como la prohibición parcial de pruebas atómicas de 1963, hasta pueden estar tácitamente dirigidas contra los derechos soberanos de la República Popular China. Los maniáticos del átomo que manejan a Estados Unidos sólo pueden ser privados para siempre de su poder para hacer el mal y aniquilar la raza humana con su arsenal de bombas H si los trabajadores norteamericanos se organizan en un movimiento para quitarles el control económico, político y militar del país.

Los maoístas abogan, por lo menos de palabra, por una estrategia para la revolución mundial más militante que la de sus adversarios del Kremlin. Sin embargo han mostrado graves limitaciones en la teoría y en la práctica. Hasta en los países cercanos a ellos en Asia, no han aconsejado consecuentemente la movilización independiente de las masas para la toma del poder, sino que

han alimentado la confianza en dirigentes burgueses como Sukarno, que pueden ser amistosos con Pekín. Esta actitud llevó a consecuencias trágicas en Indonesia.

Contrariamente a las enseñanzas de Marx y Lenin, los maoístas no consideran a la revolución colonial como el área de actividad más intensa e importante de logros revolucionarios de la presente etapa, sino como la fuerza suprema en el movimiento mundial por el socialismo. Ellos menosprecian o descartan el factor que define el equilibrio de fuerzas internacional y que puede producir la victoria de la revolución mundial: las relaciones de clases en los bastiones imperialistas.

Así, en un editorial conmemorativo del primer aniversario del celebrado documento programático del Ministro de Defensa Lin Piao, "Viva la victoria de una Guerra Popular", el diario *Jenmin Jih Pao* decía en septiembre de 1966 que la gran batalla entre el pueblo que da razón de más del 90% de la población mundial y el imperialismo de Estados Unidos era la "batalla decisiva entre la revolución y la contrarrevolución, de la cual depende el futuro del mundo". También se la calificó como la batalla decisiva entre "el socialismo y el imperialismo capitalista". Tanto por los beneficios que presta a las naciones más oprimidas como por los golpes que descarga sobre el imperialismo, la revolución colonial tiene una tremenda importancia histórica y consecuencias de clase colosales. Pero sería incorrecto que un marxista considerara su curso y su resultado como *definitorios* en la lucha mundial por el poder obrero y por el socialismo.

La superioridad del programa y las perspectivas de la Cuarta Internacional, que visualiza la dinámica del proceso revolucionario en su conjunto, con todas sus vueltas y giros históricos, se demuestra en esta cuestión crucial. Jamás pierde de vista la verdad de que el desarrollo de la lucha proletaria por la supremacía *dentro de los países imperialistas* es de importancia fundamental para la revolución mundial. Los éxitos económicos, militares y diplomáticos logrados por los obreros existentes y sus aliados coloniales son acicates poderosos para el progreso, y piedras bási­ales del socialismo. Pero la clave para la paz permanente y la construcción de una sociedad socialista democrática de abundancia sobre una base mundial está en los centros capitalistas, sobre todo en Estados Unidos. La crisis de los cohetes de 1962 y la escalada bélica en el Sudeste asiático deberían haber dejado esta enseñanza.

La revolución internacional y las estructuras sociales que surjan de ella prometen estar tan llenas de las incongruencias y los desequilibrios del colapso del viejo orden en la segunda mitad del siglo como estuvieron en la primera. ¿Cómo se podrá manejar estas pronunciadas desproporciones?

El marxismo enseña que las contradicciones inevitables del periodo de transición del capitalismo al socialismo pueden ser amenguadas y superadas sólo ampliando y profundizando los procesos revolucionarios. Cualquier estado nacional, por grandes que sean sus recursos, es un marco demasiado estrecho para la construcción de una sociedad socialista armoniosa que en los aspectos decisivos sea superior a los países capitalistas más avanzados, y más fuerte que ellos. La única salida a sus dificultades internas y a sus dilemas externos se encontrará en el terreno internacional. Esta es la principal enseñanza que debemos sacar de las experiencias económicas y políticas de la Unión Soviética durante sus primeros cincuenta años, y es también el *quid* de la teoría de la revolución permanente.

Los obreros de los países altamente industrializados tienen que jugar un rol indispensable en facilitar y eventualmente eliminar las múltiples deficiencias y distorsiones engendradas por la exigüidad de la capacidad productiva en las áreas menos desarrolladas. Su conquista del poder eliminaría las terribles amenazas y presiones que ejercen los siempre agresivos imperialistas. Por otra parte pueden, por medio de la planificación internacional, proveer una ayuda material esencial para llegar más rápidamente a soluciones efectivas de los problemas acuciantes que surgen de que las revoluciones anticapitalistas se han reducido hasta ahora a las partes más pobres del globo.

El supuesto que subyace en la política de la coexistencia pacífica del Kremlin (y del reformismo socialdemócrata) es que la política nacional y mundial será más calma, pacífica y razonablemente regulada en las décadas por venir que entre 1917 y 1967. Esto podría ser. si no hubiera acumulados tantos elementos explosivos en las relaciones internacionales y entre las clases como en la tecnología militar. La diversidad de las crisis inherentes a las contradicciones de un sistema capitalista acosado puede producir desplazamientos abruptos y profundos en el equilibrio de

fuerzas entre las clases que acelerará el ritmo de la revolución (y de la contrarrevolución) con modalidades y en lugares inesperados. ¿Quién pensó en 1950 que Cuba entraría por la senda del socialismo a fines de esa década?

Los inconvenientes del desarrollo desproporcionado no son unilaterales. Si favorecen a los oponentes del socialismo en un punto, pueden mutilarlos gravemente en otros. Al precipitarse los acontecimientos, los defensores del capitalismo en Rusia, Yugoslavia, China y Cuba se encontraron sin suficientes medios para salvar sus fuentes de poder y se convirtieron en víctimas de la acción de la ley del desarrollo desigual y combinado.

Las desproporciones del desarrollo histórico crean tantán oportunidades como obstáculos a las fuerzas progresistas. El desarrollo desigual sienta las bases para el surgimiento de coyunturas inusuales y combinaciones de elementos que pueden ser el origen de innovaciones sorprendentes y de agudos reveses de fortuna. Así, en la última parte del siglo XIX Japón rompió con el aislamiento feudal y se lanzó a una febril carrera capitalista que culminó en catástrofe por sus desmedidas ambiciones imperialistas. Mientras tanto China continuaba trabada por el atraso, víctima de la división y el sojuzgamiento al que la sometían las potencias extranjeras, incluso Japón.

Luego, fuertemente impactado por la invasión japonesa y la Segunda Guerra Mundial, y por medio de la catapulta de su tercera revolución, el pueblo chino dio un salto por encima del capitalismo y aventajó al derrotado Japón en su régimen social y político. ¿Es legítimo suponer que las diferenciales dialécticas de la evolución de estos países vecinos se han detenido ahora? ¿O la dinámica subsiguiente de la historia verá al capitalismo resurgente del Japón tambalear una vez más y entrar en una crisis interna tan seria que sus obreros y agricultores se vean impelidos a deshacerse del gobierno monopolista y a dar un salto por encima de China comunista en su economía y en su democracia política?

O bien consideremos las perspectivas revolucionarias de los sudafricanos, que pueden estar entre los últimos pueblos de ese continente turbulento en ser liberados de sus opresores. No pueden ganar su independencia política y su autodeterminación salvo librando una lucha armada tan dura y prolongada como en Argelia. Una vez lanzado a escala masiva, el movimiento de liberación, demorado y reprimido durante tanto tiempo, bien puede pasar a un alto nivel ideológico y político precisamente porque debe luchar contra un enemigo tan formidable y feroz y porque llega después de diversas experiencias revolucionarias y contrarrevolucionarias en África y en otros lugares.

Sud África es el país industrialmente más avanzado del continente. Sus varios millones de obreros negros están estrechamente ligados a los campesinos de las reservas. Al no existir una burguesía o siquiera una pequeña burguesía urbana importante negra, es muy poco probable que se produzca una evolución neocolonialista nativa en líneas capitalistas.

En estas condiciones, una alineación de fuerzas sociales en contra del implacable régimen de los explotadores blancos y dispuesta a derrocarlo a cualquier costo daría la base objetiva para una alianza revolucionaria de obreros y campesinos como la que se dio en Rusia. Con una dirección como la de los bolcheviques, el programa, la concepción y los logros del movimiento de liberación sudafricano significaría un salto gigantesco más allá de cualquiera logrado hasta ahora en el continente, rompería de cuajo con todos los intereses capitalistas y se convertiría en la vanguardia de la revolución en África.

Una dirección revolucionaria alerta debería prever y prepararse para "saltos cualitativos" en las relaciones de fuerza entre las clases resultantes de las desproporciones precedentes del desarrollo, y utilizarlas para la conquista del poder. Estos cambios cualitativos, ¿estarán confinados a los países coloniales o neocoloniales?

Esto ha llegado a ser un artículo de fe para muchos anticapitalistas cuya posición se basa en el supuesto de que la lucha práctica por el socialismo en nuestro tiempo es una prerrogativa exclusiva del Tercer Mundo. Ellos ven poca o ninguna posibilidad de que la clase trabajadora dominada por la opulencia neocapitalista se convierta en una fuerza trascendente.

Como todas las revoluciones triunfantes de este siglo se han producido en los países menos desarrollados, llegan a la conclusión de que este modelo reiterativo no será violado ni complicado por el estallido de la revolución y la instauración del poder obrero en ningún país capitalista importante. Han transformado en su opuesto la probabilidad que veía Marx de que la revolución socialista comenzaría en los países más avanzados. Ellos prescriben que en lo venidero la revolución debe trasladarse sin desviaciones desde las extremidades al corazón del imperialismo o, como dicen los maoístas, de la guerra popular rural a las ciudades.

Son algo desmemoriados. Desde 1943 a 1947, los años del capitalismo estuvieron alarmados por la inminente perspectiva de levantamientos de la clase obrera en Europa occidental. El peligro que corría su dominación fue eliminado gracias a la oportuna ayuda de Stalin y los partidos comunistas y luego por la reconstrucción y el refuerzo de la economía capitalista. Pero el potencial revolucionario acecha debajo de la superficie y puede surgir nuevamente, como lo señaló la huelga general de mayo-junio de 1968 en Francia.

El nítido diagrama de prioridades universales que condena al movimiento obrero de Occidente al último puesto en la línea revolucionaria también puede ser alterado por repentinos vuelcos en la lucha de clases. Las próximas décadas pueden traer algunas sorpresas tanto para los enemigos como para los amigos del socialismo. Los distintos sectores del neocapitalismo pueden no ser tan impermeables a las consecuencias de los antagonismos de clase pero parecen serlo durante la excepcionalmente prolongada expansión de posguerra.

El campo de pruebas supremo será por supuesto Estados Unidos. Siendo el sector más rico, más fuerte y más estable del capitalismo, durante mucho tiempo se lo ha considerado inmune a la transformación estructural: el Gibraltar del imperialismo permanecerá firme en el futuro a pesar de las tormentas que se agiten en otras partes.

Sin embargo es discutible si Estados Unidos está destinado a permanecer indefinidamente apartado del movimiento histórico mundial hacia el socialismo, cuando está comprometido hasta las orejas con todos los otros acontecimientos internacionales importantes. En realidad, las consecuencias de sus temerarias y amplias actividades en salvaguarda de un sistema capitalista en decadencia contra el socialismo prometen acelerar una eventual radicalización interna.

Los administradores de la clase gobernante han comprometido recursos ilimitados contra el avance de las fuerzas anticapitalistas en todos los frentes. ¿Será capaz Washington de llevar a cabo con éxito esta gigantesca tarea histórica? ¿O las incalculables obligaciones contraídas excederán las posibilidades del coloso del capitalismo y se le volverán en contra?

Al proyectar su estrategia revolucionaria para Latinoamérica, los dirigentes cubanos han insistido en la vulnerabilidad de un imperialismo yanqui extendido en exceso. No tendrá, predicen, la fuerza necesaria para poner freno a todos los levantamientos de los pueblos oprimidos.

Ha debido emplear 245.000 hombres para hacer frente al heroísmo del pueblo de un país tan pequeño como Vietnam. El número llegó a 525.000 a comienzos de 1968. ¿Cuántas divisiones y cuántos hombres necesitará para enfrentar a todo un continente? ¿Cuántas situaciones similares a las de Vietnam puede afrontar simultáneamente el imperialismo? ¿Qué ocurrirá cuando no uno sino varios, y hasta la mayor parte de los pueblos del continente, tomen el camino de la acción revolucionaria? ¿Cuántos soldados norteamericanos tendrán que morir en las montañas o en las llanuras de las Américas, defendiendo un sistema de explotación que no es el suyo y que los oprime a ellos también, y que además se ha hecho acreedor de la reprobación universal?

Es ya evidente que la nación norteamericana no es un bloque reaccionario sólidamente unido detrás de los monopolistas y los militaristas, como se mostró en el apogeo del macartismo. La escalada del Sudeste asiático no sólo ha provocado diferencias en los altos mandos sino que ha generado un profundo sentimiento en contra de la guerra que ha llevado a los estudiantes e intelectuales radicales a la protesta y que se está filtrando hasta los conscriptos. Una de las más importantes fuerzas anticapitalistas potenciales, los veintidós millones de afroamericanos, se ha embarcado en una lucha por el poder negro y la liberación.

El elemento más inescrutable y anómalo de la sociedad norteamericana es la clase obrera, que es única en la historia laboral del mundo. Cuenta con decenas de millones de integrantes, está altamente capacitada, poderosamente sindicalizada y es capaz de una tremenda militancia. Sin embargo, debido a circunstancias y a privilegios históricos especiales, su desarrollo político e ideológico está rezagado con respecto a la madurez de la economía norteamericana para la socialización y en comparación con el grado de conciencia de sus compañeros obreros de otros países. Al movimiento obrero norteamericano le falta aún una organización política independiente o la inspiración socialista.

Las mentalidades conservadoras, incluso muchas de los círculos izquierdistas, llegan a la conclusión, partiendo de la situación actual, de que hay que descartar a la clase obrera norteamericana como factor revolucionario. Los marxistas sostienen el criterio opuesto. Ellos anticipan que este gigante despertará de su letargo y que cuando se las compongá para romper con las ideas y ataduras anticuadas y lance una ofensiva a gran escala contra la gran empresa y su gobierno, la viril nueva generación de militantes obreros puede atravesar aceleradamente o saltar etapas intermedias de política estalinista o socialdemócrata en que los trabajadores de otras partes se han demorado durante largos periodos. Puede ser que lleguen más fácil y rápidamente a conclusiones radicales en cuanto a teoría, organización y acción porque tal vez estén menos trabados por las formaciones políticas tradicionales y reciban más ayuda de revolucionarios principistas.

La estabilidad social y política del régimen monopolista más sólido del mundo puede zozobrar una vez que la reacción contra las costosas agresiones de la maquinaria militar, la arremetida irreprimible de los negros norteamericanos por la emancipación y la alienación de la juventud rebelde con respecto a la sociedad burguesa se unan con el levantamiento de un sector importante de obreros industriales conscientes.

La victoria depende de un engranaje oportuno de aperturas revolucionarias con el tipo correcto de dirección. El desarrollo de la lucha por el socialismo se ha de caracterizar inevitablemente por irregularidades pronunciadas porque rara vez se dan simultáneamente todos los requisitos para una revolución victoriosa a escala nacional o internacional. Los factores objetivos y subjetivos del proceso revolucionario maduran a ritmos diferentes y en medidas variables. Esto es especialmente cierto para las primeras etapas de un período revolucionario, cuando la fuerza social en ascenso, tal como la clase obrera mundial, debe dar sus primeros pasos experimentales en organización política, reconstrucción social y renovación cultural en las condiciones más difíciles.

Las desventajas que surgen de las serias desproporciones entre los factores objetivos y subjetivos para hacer la revolución pueden ser abordadas desde puntas opuestas. Fidel Castro afirma rotundamente que es posible compensar cierto grado de inmadurez de las condiciones objetivas mediante la acción resuelta de las guerrillas armadas, políticamente esclarecidas, que saben cómo estrechar lazos indestructibles con las masas rurales primero y con las urbanas después. Una línea táctica así, como la Revolución Cubana lo ha demostrado, puede ser correcta para ciertos países coloniales donde las tareas de la revolución democrática están sin resolver y el régimen es corrupto, odiado y carece de apoyo popular.

Sin embargo, la contradicción más constante y crucial de la situación mundial durante los últimos cincuenta años no ha surgido de la inmadurez de las condiciones objetivas para el derrocamiento del gobierno capitalista, sino más bien de la falta de preparación o de la renuencia de las direcciones de las organizaciones obreras a tomar esta tarea. Desde 1918, las crisis del régimen capitalista y las tensiones de la lucha de clases han creado una situación prerrevolucionaria y una oportunidad revolucionaria tras otra, que se han perdido o arruinado por el carácter oportunista, el rol traidor o las políticas conciliatorias de los viejos partidos.

En el presente existen dos desproporciones enormes que penden como pesas de plomo sobre el avance de la revolución mundial. Una es la peligrosa brecha entre el Oriente revolucionado pero industrialmente atrasado y el Occidente no revolucionado pero económicamente avanzado. La otra es la urgente necesidad de que los trabajadores y las masas rurales cuenten con una guía correcta en su lucha por el poder y la incapacidad de las direcciones tradicionales para proporcionarla.

Estas condiciones definen la función histórica y plantean la tarea suprema de la Cuarta Internacional: reunir y adiestrar una dirección que pueda cubrir esas brechas y asegurar la victoria definitiva de las fuerzas del socialismo.

CAPÍTULO VI

LAS FORMACIONES HIBRIDAS Y LA REVOLUCION PERMANENTE EN LATINOAMERICA

El Grupo Comunista Internacionalista, una organización trotskista mexicana, formuló a George Novack las tres preguntas siguientes sobre tópicos de interés especial para los revolucionarios latinoamericanos. Tratar, sobre las relaciones entre la teoría de la revolución permanente y la ley del desarrollo desigual y combinado, y su aplicación a los problemas de la historia y política latinoamericanas.

¿Cuál es la relación entre la teoría de la revolución permanente y la ley del desarrollo desigual y combinado en la historia? ¿Por qué escribió usted que la primera teoría se basa en la segunda?

La ley del desarrollo desigual y combinado es una ley general del proceso histórico de la cual la teoría de la revolución permanente es una expresión particular y limitada al período de transición del sistema capitalista al socialismo.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la idea de evolución floreció en el mundo occidental en gran parte bajo la forma del gradualismo. En el seno del pensamiento social y político se creía que en el ascenso de la humanidad desde el salvajismo a la civilización había una secuencia uniforme y determinada de etapas que cada pueblo debía seguir forzosamente. En esta procesión ordenada no se podía alternar, cambiar, condensar ni saltar ninguna parte.

Esta suerte de esquematización prolija adquirió incluso una base biológica. Se descubrió que las primeras formas embrionarias de diversos animales del mismo grupo general se parecen unas a otras mucho más que la forma adulta de la misma especie. Los naturalistas evolucionistas como Geman Ernst Haeckel llevaron estos paralelos entre el embrión y sus predecesores a la ley general de que "la ontogenia recapitula la filogenia", o sea que durante su desarrollo cualquier embrión pasa por una serie de formas que representan a sus antepasados adultos en su orden de evolución. Los biólogos han descubierto desde entonces que mientras esta observación refleja, sí, ciertas características de algunas especies, la supuesta ley tiene demasiadas excepciones para ser aceptada como válida en general.¹

La embriología de las formaciones sociales fue interpretada en líneas similares por los evolucionistas vulgares. Los apóstoles del progreso capitalista sostenían que todo pueblo progresista eventualmente sale de su estado oscuro precapitalista a la luz de la libre competencia, el liberalismo burgués, el parlamentarismo y sus instituciones auxiliares, en el mismo orden y en una forma muy parecida a lo que lo hicieron las naciones capitalistas pioneras.

Los acontecimientos del siglo XX han demostrado que había un error fatal en su método de razonamiento. No tomaban en cuenta los efectos acumulados de la característica más fundamental e inevitable del desarrollo capitalista mundial, su extrema irregularidad. Este aspecto de la acción de la primera parte de la ley del desarrollo desigual y combinado dictaminaba que el curso posterior del avance histórico no iba a ser tan parejo y simple.

Casi todo el comercio, la banca y la industria capitalistas, el poder capitalista, las relaciones capitalistas y sus beneficios, fueron concentrados y desarrollados en las formas clásicas en sólo una pequeña porción del planeta, Europa occidental y Estados Unidos, mientras que la mayor parte de la humanidad continuaba fuertemente adherida a las condiciones más atrasadas o eran obligados a mantenerse en ellas por sus explotadores del otro lado del mar.

La pronunciada desigualdad del crecimiento económico, social, político y cultural a escala mundial fue el basamento para un vuelco drástico e inesperado en las formas de desarrollo que habían caracterizado a las primeras etapas del capitalismo. Las formas raquílicas de la vida y el

¹ Ver Uri Lanham, *Origins of Modern Biology* (Orígenes de la biología moderna) (Nueva York, Columbia University Press, 1968), págs. 213-15, para un examen crítico de la teoría de la recapitulación de Haeckel. que sostiene que durante el desarrollo embrionario un organismo repite su evolución histórica. "En ninguna instancia es un embrión una replica de la forma madura de ningún antepasado", escribe el autor.

trabajo burgués, conjuntamente con las relaciones precapitalistas arcaicas, impidieron a los estratos burgueses, que habían prestado servicios tan progresivos revolucionando el viejo orden en la Europa occidental y en Estados Unidos, cumplir un rol histórico comparable en las áreas colonizadas.

La teoría de la revolución permanente fue el resultado del reconocimiento del hecho de que los roles de las clases sociales iban a ser muy distintos en la etapa de declinación del capitalismo de lo que habían sido en su período progresivo. Las principales tareas de la revolución democrática de la era burguesa fueron el logro de la independencia y la unificación nacional, la reforma agraria, la secularización, la igualdad de derechos para las mujeres, la autodeterminación para las nacionalidades oprimidas, la creación del estado democrático, la industrialización y la modernización de la economía. Estas tareas, que habían sido resueltas con más o menos éxito por la burguesía radical y liberal en Occidente, apenas si se habían insinuado en los continentes donde vivía la mayor parte de la humanidad.

Debido a las deficiencias que surgen del desarrollo desigual en la civilización capitalista, ni la gran burguesía ni la pequeña burguesía nativas de los países subdesarrollados podían tomar estas tareas y conducir a las masas a la renovación total de viejo régimen en líneas democráticas. ¿Qué debía hacerse entonces? Esta ha sido la pregunta fundamental planteada a la vanguardia revolucionaria de los países atrasados desde comienzos de siglo.

Del análisis de la estructura social de la Rusia semifeudal, semicapitalista y de la dinámica de clases puesta en evidencia durante la revolución derrotada en 1905. Trotsky sacó las siguientes conclusiones: la burguesía liberal se había vuelto impotente y estaba políticamente en bancarota; cuando sus acciones mejor cotizadas perdieran valor pasaría a la contrarrevolución.' El campesinado y los intelectuales sólo podían jugar roles auxiliares en el proceso revolucionario. El único candidato a asumir la dirección revolucionaria que llevaría la lucha por la democracia a sus últimas consecuencias era el proletariado, ese producto peculiar de la revolución industrial capitalista.

La singular alineación de fuerzas sociales, producida por la evolución del capitalismo mundial a medida que entraba en su fase imperialista, había preparado las condiciones, deducía Trotsky. para un desarrollo combinado de etapas históricas en las revoluciones del siglo XX.

Esta correlación tuvo dos aspectos fundamentales. Primero, al ser la clase trabajadora anticapitalista la fuerza política dirigente en el levantamiento, las tareas democráticas propias de una revolución antifeudal demorada inevitablemente se entremezclaron con las tareas de la revolución socialista. Estas últimas tareas incluían la conquista del poder por el proletariado a la cabeza de las masas insurgentes, la abolición de la propiedad privada capitalista, la colectivización de la agricultura, la creación de una economía planificada y el monopolio estatal del comercio exterior, el desarrollo de una democracia socialista. Estas instituciones podían promover un crecimiento más acelerado de la economía y conducir a niveles superiores de consumo y cultura, a la eliminación de las desigualdades, la eliminación gradual de las diferencias entre el trabajo manual y el intelectual, entre la ciudad y el campo, y a la extirpación de la alienación en la vida social. La tarea primordial era la extensión de la revolución mundial instaurando el poder obrero en los países industriales más avanzados, donde se encontraban las fuerzas productivas más altamente desarrolladas y las sedes del poder imperialista.

Segundo, ambos conjuntos de tareas, uno perteneciente al amanecer, el otro al crepúsculo de la sociedad capitalista, debían llevarse a cabo mediante una alianza revolucionaria de los trabajadores y los campesinos trabados en una lucha a muerte contra la propiedad y el poder de la burguesía nativa, los propietarios precapitalistas y los imperialistas extranjeros.

En colaboración con Parvus (A. L. Helphand), Trotsky dio origen a esta concepción del proceso revolucionario y su estrategia socialista para la etapa imperialista ya por 1906, mientras pensaba en la orientación de la lucha proletaria en Rusia. Lenin y los bolcheviques la adoptaron en principio en abril de 1917. Constituyó la guía de su política para el vuelco de Octubre.

Desde entonces las revoluciones yugoeslava, china, cubana y vietnamita han confirmado la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Ha sido confirmada por la negativa por aquellos

pueblos coloniales que al no haber combinado su lucha por la independencia nacional con una arremetida victoriosa contra la propiedad y el poder capitalistas no pudieron lograr ya sea un régimen democrático estable o escapar del yugo imperialista. El continente latinoamericano de la actualidad, desde México a la Argentina, da testimonio de ello.

Además de iluminar el camino hasta el poder y la liberación del imperialismo, la teoría de la revolución permanente contiene otras dos tesis correspondientes a la ley del desarrollo desigual y combinado. Estas afirman que mientras las fuerzas socialistas pueden ser victoriosas en un determinado país atrasado, sin esperar a ninguna otra, como ocurrió en Rusia en 1917 y en Cuba mucho más tarde, la revolución no puede realizar todo su programa y ser consumada en un orden socialista a menos que llegue al poder obrero en los sectores más altamente industrializados del globo. Esta posición revolucionaria internacionalista se contrapone rotundamente al dogma estalinista nacional-burocrático de construir el socialismo en un solo país.

Señala además que la revolución socialista victoriosa no erradica igualmente y dé repente todas las relaciones y las costumbres del pasado, sino que sólo elimina aquellas instituciones económicas, políticas y legales que son la raíz de la dominación capitalista. Después de la conquista del poder, la revolución obrero-campesina está obligada a atacar y a eliminar todo lo obsoleto heredado, tan rápidamente como lo permitan las condiciones objetivas.

Esta tarea histórica es especialmente ardua y lenta en aquellos países poscapitalistas que, por su atraso, han debido hacer frente a las tareas no resueltas de la revolución democrática y al mismo tiempo a las tareas relativas a la construcción del socialismo. Sin una dirección política alerta, firme y altamente consciente y sobre todo, sin romper el cerco imperialista, extendido el poder proletario a los países avanzados, los estados obreros corren el riesgo de sufrir una regresión y una deformación burocrática. La historia del régimen soviético bajo Stalin y sus sucesores es la más fuerte y aterradora evidencia de este peligro.

Es necesario señalar que la interconexión de la teoría de la revolución permanente con la ley del desarrollo desigual y combinado puede verse en el hecho de que el mismo Trotsky llegó a formular la ley más amplia del desarrollo histórico sólo después de elaborar la concepción más restringida (en gran medida como Einstein por el mismo tiempo presentara primero la teoría restringida y luego la teoría general de la relatividad). Aunque se pueden distinguir las semillas de la ley del desarrollo desigual y combinado en su pensamiento previo, éstas no florecieron hasta después de la Revolución de Octubre, cuando profundizó más en las causas, contrarias a lo que Marx esperaba, de que el proletariado pudiera tomar el poder y lo hubiera hecho realmente, en uno de los países menos desarrollados antes que en los más desarrollados.

En este caso, los resultados de la experiencia fructificaron y estimularon una comprensión más profunda de la dialéctica de la historia. Las sucesivas etapas del esclarecimiento intelectual de Trotsky pueden estudiarse en sus dos trabajos, *Resultados y perspectivas*, escrito en 1906 y el primer capítulo de la excelente obra *Historia de la Revolución Rusa*, escrita a comienzos de la década del 30.

Algunos autores como Andre Gunder Frank creen que la fórmula del desarrollo desigual y combinado no puede aplicarse a Latinoamérica ya que no es más que un esquema trotskista. ¿Qué piensa de la interpretación del desarrollo latinoamericano que él presenta en su trabajo, en el cual contrapone el método marxista a la ley trotskista del desarrollo desigual y combinado?

Las primeras preguntas enfocaban el pasaje de un capitalismo bien desarrollado a una sociedad poscapitalista. El tema concierne ahora al primer período de transición desde las formaciones precapitalistas a las capitalistas.

A pesar de lo que sostiene Frank, no existe oposición entre el método marxista de enfoque de los problemas involucrados en este proceso histórico y la aplicación de la ley del desarrollo desigual y combinado a los mismos. Los dos son idénticos. En realidad no se pueden descifrar las complejidades del período colonial sin recurrir a la ley del desarrollo desigual y combinado.

A medida que el capitalismo se irradiaba desde su centro de la Europa marítima para crear el mercado mundial, se topó con toda suerte de formaciones y relaciones precapitalistas y penetró en

ellas. Estas primeras formas abarcaron desde los primitivos recolectores de alimento, incluían una gama de tipos intermedios de organización social y llegaban hasta el feudalismo.

Las fuerzas capitalistas no pudieron extirpar inmediatamente estas relaciones sociales arcaicas, especialmente en el campo de la producción. Muy por el contrario. Así como los propietarios feudales de Europa occidental habían utilizado la esclavitud y las familias campesinas junto con la servidumbre en las regiones rurales y los comerciantes y artesanos en las ciudades, así los primeros emisarios del comercio y la manufactura capitalista buscaron equipar las instituciones precapitalistas y hacerlas funcionar en su propio beneficio.

Los elementos mercantiles fueron tan lejos que recrearon en las colonias modos anticuados de producción que ellos ya habían descartado en su patria. El caso más notorio fue la implantación de la esclavitud a gran escala en el Nuevo Mundo mucho después de que había llegado a jugar un rol marginal en Europa. Este modo de producción fue exportado a las zonas semitropicales del Nuevo Mundo como el tipo más lucrativo y viable de mano de obra para cultivar productos de consumo como el azúcar, el tabaco, el arroz, el índigo, etc... y para extraer metales preciosos.

Sin embargo, la esclavitud introducida en las Américas no fue una mera réplica de la esclavitud clásica. Aunque tenía la misma forma económica, adquirió características y funciones muy distintas debido a las circunstancias de su nacimiento, a la época más avanzada en que creció y al papel específico que jugó como rama agrícola del mercado mundial capitalista en expansión. Desde sus orígenes, fue una esclavitud comercializada y aburguesada. La trata de esclavos fue en sí misma una de las formas principales de empresa comercial.

Este tipo combinado de esclavitud fue perfeccionado en el Reino del Algodón en el Sur de Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX y funcionó como el principal apéndice agrícola del capitalismo industrial en la división social del trabajo internacional. En *La miseria de la filosofía*, Marx lo llamó "el pivote de la industria burguesa".

La fusión de las relaciones capitalistas con las precapitalistas dio lugar a una serie de formas económicas combinadas y formaciones sociales incongruentes en la era del capitalismo comercial. En Norteamérica, los tramperos indios traficaban cueros y pieles con las compañías francesas, inglesas y holandesas, por lo cual integraban el circuito del capital aun cuando retuvieran su estructura y sus costumbres tribales.

Marx menciona en *Introducción a la crítica de la economía política* que la forma corporativa que domina la etapa monopolista del capitalismo apareció primero en las sociedades anónimas que se dedicaban a vastas empresas de colonización y comercialización.

Una de las más extrañas fue la Carolina Plantations. Esta sociedad anónima buscó establecer en la costa del Atlántico una sociedad puramente feudal siguiendo el proyecto de una constitución redactada por su secretario, el eminente filósofo empírico John Locke. El documento decretaba que las relaciones señor feudal-siervo tendrían vigencia perpetua entre los colonizadores. Ese experimento resultó ser más quijotesco que empírico. Fracasó rápidamente porque las condiciones socioeconómicas del desierto, donde la mano de obra era escasa y la tierra abundante, se oponían al crecimiento de formas medievales de producción.

La esclavitud floreció, sin embargo, en las colonias inglesas del Sur, en el Caribe y en Latinoamérica durante la era colonial. Las relaciones feudales y semif feudales de producción experimentaron un crecimiento más desigual. El semillero más favorable fue Sud América. El proceso colonizador en ese continente fue el producto de fuerzas que venían de dos niveles muy dispares de desarrollo: los conquistadores españoles y los portugueses, quienes estaban pasando del feudalismo al capitalismo, y la población indígena, que conservaba las relaciones tribales comunales de la Edad de Piedra. Su interacción dio surgimiento a una amplia variedad de formas intermedias. La cuestión es: ¿Cuál era su naturaleza socioeconómica?

De acuerdo con Andre Gunder Frank, eran esencialmente capitalistas. En *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, escribe: "El capitalismo comenzó a penetrar, a formar, a caracterizar en realidad *completamente* a la sociedad latinoamericana y chilena ya por el siglo XVI". (La bastardilla es mía - G.N.) Este postulado de su análisis del desarrollo de la región es

insostenible cuando se lo confronta, ya sea con los hechos históricos o con el método marxista por las siguientes razones:

1.- En el siglo XVI el capitalismo recién comenzaba a tomar forma en Europa occidental. La revolución industrial, que estableció el modo específicamente capitalista de producción, no despegó hasta el siglo XIX. ¿Cómo podía entonces la atrasada Latinoamérica haberse convertido en "completamente" capitalista tan pronto?

2.- La principal potencia colonial, España, apenas había comenzado ella misma a salir a tientas del medievalismo. El país era todavía tan feudal como burgués. Estaba gobernado por una monarquía absoluta asistida por una Iglesia inquisitorial y se asemejaba más al despotismo asiático que a los regímenes monárquicos progresistas del resto de la Europa occidental. Se apoyaba en una economía decadente cuyas relaciones con el Nuevo Mundo servían mucho más para enriquecer a las potencias más avanzadas del otro lado de los Pirineos que para revolucionar su propia estructura social. "Todavía en el siglo XVIII la fuerza de la alta nobleza y la preeminencia de los grandes de España se asentaba firmemente en su dominio de la tierra y de la mano de obra, y según se cree, cuatro grandes familias poseían un tercio de toda la tierra cultivada en España".²

Los comerciantes españoles servían como agentes intermediarios de los productores franceses, ingleses y holandeses y las potencias. ¿Cómo podían los españoles y los portugueses haber instituido formas de organización económica en Latinoamérica superiores a la suya propia entre los siglos XVI y XIX? Es bien conocido que el subdesarrollo económico de España con relación a las otras grandes naciones mercantiles marítimas de Europa era en parte atribuible a la excesiva extensión de sus posesiones coloniales. Esto a su vez contribuía considerablemente a perpetuar el atraso en las tierras que gobernaba y saqueaba.

3.- España y Portugal crearon en el Nuevo Mundo formas económicas que tenían un carácter combinado. Unían las relaciones precapitalistas a las relaciones de intercambio subordinándolas por lo tanto a las exigencias y a los movimientos del capital mercantil.

Durante el período colonial, fueron más predominantes diversas formas de trabajo forzado que el trabajo libre en las principales áreas de producción tales como las empresas mineras, ganaderas y agrícolas. La población nativa sojuzgada trabajaba duramente bajo la servidumbre (*mita*), la esclavitud lisa y llana, el peonazgo o la servidumbre por deudas, y la aparcería. El trabajo asalariado surgía aquí y allá pero era una excepción, marginal y débil. Las encomiendas, que eran la fuente principal de riqueza y poder, eran una forma de propiedad y un método de producción feudal, no burgués, y los aristócratas terratenientes que las poseían eran tan feudales como sus contrapartidas en la Península Ibérica.

¿Cuáles son, desde el punto de vista marxista, las fuentes de los errores de Andre Gunder Frank?

1.- No ve la diferencia entre la existencia de ciertas formas capitalistas de actividad económica, como el préstamo de dinero y el capital mercantil, y el sistema capitalista de relaciones económicas. Las formas más primitivas y superestructurales del capital pueden coexistir con condiciones precapitalistas antes de que los empresarios capitalistas se pongan al frente de los procesos de producción. Y coexistieron en realidad desde los tiempos antiguos hasta la revolución industrial.

2.- Andre Gunder Frank fija su atención sobre las relaciones que predominaban en la esfera del intercambio al punto de pasar por alto las relaciones de producción que, para un materialista histórico, son decisivas para determinar la naturaleza de una economía y su estructura social correspondiente. Los artículos de consumo pueden ser producidos bajo condiciones precapitalistas así como capitalistas y hasta poscapitalistas. El capital mercantil, considerado ya sea en sus operaciones en el mercado interno o externo, no es idéntico al sistema capitalista de relaciones económicas. Esta forma de capital antecede a la creación de la producción capitalista por sí y es su

² Citado en Eugene Genovese, *The World the Slave Holders Made* [El mundo que hicieron los esclavistas] (Nueva York, Pantheon, 1969), pág. 51. Su capítulo "Los sistemas esclavistas y sus antecedentes europeos" contiene también una interesante crítica a las ideas de Andre Gunder Frank.

condición previa. Como explicaba Marx, el modo capitalista de producción adquiere su base técnica adecuada sólo con el advenimiento de la industria fabril a gran escala dirigida por el capital industrial.

3.- No comprende el rol de las formaciones combinadas en el período de transición de una economía precapitalista a una economía capitalista. Por lo tanto pierde de vista el carácter muy peculiar -la forma especial de explotación- que caracterizó al sistema colonial: la explotación en condiciones *precapitalistas* de producción por parte de las potencias coloniales para beneficio del sistema *capitalista* naciente. La explotación capitalista puede darse antes de que el capitalismo tome posesión del sistema de producción en que se basa la vida social.

Cuando eran los esclavos o los condenados a trabajos forzados los que extraían el oro, la plata y los diamantes de las minas y no los asalariados, y luego esos metales eran llevados al mercado, ésta era una actividad económica combinada desde el punto de vista de la evolución histórica. Los metales preciosos producidos por métodos precapitalistas eran transformados en artículos de consumo, luego en dinero y eventualmente en capital, contribuyendo con suma eficacia al poderío y la prosperidad de los reinos comerciales en vías de aburguesarse. Pero el rol importante de estos artículos de primera necesidad al promover el capitalismo no niega el hecho de que se originaran dentro de formas precapitalistas. El algodón cultivado en las plantaciones de esclavos del Sur era producido de una manera no capitalista aún cuando constituía el principal artículo de consumo para exportación en Estados Unidos antes de la Guerra Civil y estaba ligado a las industrias textiles capitalistas tanto de Inglaterra como de Nueva Inglaterra.

4.- A nivel de la teoría y el método marxistas, Frank no comprende ni el carácter altamente contradictorio de las formaciones transicionales ni la dinámica de su desarrollo.³ La civilización europea que se injertó en la población aborigen de Latinoamérica no sólo produjo híbridos biológicos como el *mestizo* sino también sociológicos, que eran tanto feudales como burgueses. El problema que presenta la teoría de Frank es que busca excluir los híbridos del campo de la economía y la sociología.

Frank considera imperativo "elaborar una teoría dialéctica unitaria del proceso del desarrollo capitalista..." Sin embargo él cuestiona "la supuesta coexistencia del feudalismo y el capitalismo" (Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, pág. 268). El insiste en que el uno no debe tener nada que ver con el otro, cuando en la realidad histórica estas categorías económicas contrarias no sólo, han coexistido sino que se han fusionado, sobre todo en las tierras coloniales atrasadas.

Frank ignora la ley dialéctica de la unidad o la interpenetración de los opuestos que, en términos socio históricos, presupone la posibilidad de coexistencia, al menos durante un cierto tiempo, de relaciones feudales y capitalistas en la evolución de las sociedades de clase. En el caso típico de Chile, sí coexistieron en las encomiendas y en las minas, donde los productos del trabajo forzado eran vendidos en el mercado capitalista. La coexistencia de las relaciones precapitalistas con las mercantiles es aun más clara en las plantaciones de caña de azúcar del Brasil que eran cultivadas por la mano de obra esclava. A fines del período colonial, dos quintos de la población de ese país eran esclavos negros.

El enfoque de Frank con respecto al desarrollo socioeconómico de Latinoamérica es excesivamente simple. No deja espacio para las situaciones históricas complejas, las relaciones de clase combinadas, y las formaciones socioeconómicas contradictorias. Un investigador científico no puede trabajar eficazmente sin las herramientas adecuadas. Frank podría haber evitado sus conclusiones parciales si hubiera asimilado y aprendido a aplicar la ley del desarrollo desigual y combinado. Esta teoría es uno de los aportes más valiosos al socialismo científico en el siglo XX y es indispensable para analizar períodos y formaciones transicionales, especialmente aquellas que caracterizan al mundo colonial.

³ Ver el ensayo "El problema de las formaciones transicionales", reimpresso en *Key Problems of the Transition from Capitalism to Socialism* (Problemas claves de la transición del capitalismo al socialismo), tres artículos por Pierre Frank, George Novack y Ernest Mandel (New York. Pathfinder Press, 1970).

Andre Gunder Frank, en nuestra opinión, afirma correctamente que el desarrollo histórico de Latinoamérica es complejo y que no puede ser explicado esquemáticamente. No obstante, en su polémica con los estalinistas, ha mantenido que la conquista de América por las potencias europeas fue capitalista en esencia. Este criterio es compartido por Luis Vítale en Chile, Alonso Aguilar en México y otros marxistas. ¿Cuál es su posición en esta controversia?

El criterio sustentado por Frank y los otros marxistas mencionados está impulsado por móviles revolucionarios y dirigido contra posiciones mucho más erróneas y peligrosas.

Los eruditos liberales y proimperialistas estadounidenses presentan el mito de un pasado puramente feudal para defender la vía del desarrollo capitalista como una "alternativa democrática" dinámica para el estancamiento latinoamericano y sus instituciones tradicionales. Es asimismo defendido por los seguidores ideológicos de los comunistas orientados por Moscú para apoyar su concepción oportunista de una revolución en dos etapas en los países coloniales, en los que se asigna prioridad a una revolución democrática separada e independiente antes que a la lucha de las masas por el socialismo. (Muchos maoístas también comparten esta concepción, que proviene del menchevismo, no del bolchevismo).

Estos esquemas falsos y perniciosos permiten a los reformistas y a los estalinistas justificar su apoyo a las alas supuestamente "progresivas" y "antiimperialistas" de las burguesías nacionales contra los intereses reaccionarios de los terratenientes. En la práctica esta política se reduce a subordinar y sacrificar la lucha de clases revolucionaria por el poder obrero.

Pero las meritorias intenciones políticas no justifican el burdo análisis sociológico y la percepción histórica superficial. Uno difícilmente puede refutar a los reformistas y a los estalinistas si se pone a la altura de su concepción errónea de que existía una sociedad puramente feudal usando el criterio equivocado de que existía una sociedad puramente capitalista, con lo cual se desafía a las realidades históricas. El criterio de unos es sólo un reflejo de la insuficiencia del criterio de los otros.⁴

Ambos pueden evitarse si se usa adecuadamente la ley del desarrollo desigual y combinado para clarificar el curso real del desarrollo socioeconómico latinoamericano. Está en juego algo más que una cuestión teórica o académica. Ya que la respuesta implica serias consecuencias políticas y estratégicas para la vanguardia revolucionaria en toda Latinoamérica en la actualidad, es esencial hacer un enfoque correcto y amplio de los problemas,

La teoría de la revolución permanente explica por qué la tardía burguesía latinoamericana ha sido incapaz de llevar a término las tareas básicas de la revolución democrática y por qué el proletariado es la fuerza social y política que puede completar estas tareas como parte de la lucha anticapitalista.

Las dos tareas democráticas más importantes que enfrentan los pueblos de Latinoamérica son el logro de una auténtica liberación del imperialismo y la reforma agraria. Pero será necesaria una revolución socialista para realizar estos objetivos.

⁴ Es interesante observar que durante la última década se ha desarrollado una controversia similar en Estados Unidos alrededor de la naturaleza de la civilización esclava del Sur entre especialistas en este tema.

Una corriente sostiene que la sociedad esclavista debe ser considerada como predominantemente capitalista, a pesar de todas sus demás características peculiares, por las relaciones comerciales que la rodeaban y la penetraban. La tendencia opuesta afirma que, a pesar de sus características comerciales, la sociedad basada en las plantaciones tuvo una base independiente y que los plantadores constituían una clase de propietarios de esclavos pura con una forma de vida claramente diferenciada.

Ambos criterios son parciales, y no toman en cuenta la totalidad y la dualidad del sistema esclavista del Sur. Como he afirmado en otra parte, en un extenso análisis de la dinámica de su desarrollo en el siglo XIX: "La economía esclavista del Sur tenía un carácter peculiarmente *combinado*. Era fundamentalmente un modo arcaico precapitalista de producción que se había impregnado de la sustancia y el espíritu de la civilización burguesa a causa de su subordinación al sistema del capitalismo industrial." *The Rise and Fall of the Cotton Kingdom*. "The Ultimate Stage of Chattel Slavery in the South". En *Studies in Afro-American History* (New York, National Education Department of the Socialist Workers Party. 1968).

La teoría de Frank no puede explicar por qué la cuestión agraria, que es uno de los vestigios del feudalismo o del sistema esclavista, juega un rol tan central en el proceso revolucionario contemporáneo.

¿Cómo es que este requerimiento de la revolución democrática, al que la burguesía de Estados Unidos prestó tanta atención en sus revoluciones, pesa tanto en Latinoamérica? ¿Y cómo ha de resolverse? La teoría de la revolución permanente aporta la explicación más clara y el enfoque más realista a su solución desde el punto de vista marxista revolucionario.

Al enfrentar a los estalinistas, uno debería examinar su posición de acuerdo al método marxista. Este requiere, entre otras cosas, estudiar su origen. No se requiere un gran esfuerzo para dejar al descubierto el hecho de que la teoría estalinista de la "revolución en dos etapas" y la posibilidad de la clase capitalista o de un sector de la misma de jugar un "rol progresista" en una revolución así, no se originaron en Latinoamérica. Es una mera aplicación a Latinoamérica y otros lugares de una teoría propuesta por Stalin después de que la casta burocrática usurpó el poder en la Unión Soviética.

Un examen más profundo revelará, y no será ninguna sorpresa, que Stalin sólo sacó a relucir una teoría que había sido discutida exhaustivamente en el movimiento marxista en Rusia a comienzos del siglo y aun antes. Era la teoría de los mencheviques, que sostenían que en Rusia la revolución se produciría en dos etapas, en la primera de las cuales la burguesía rusa jugaría el rol de dirección.

El debate de los marxistas rusos sobre esta cuestión tiene mucho que ver con la discusión actual, en tanto y en cuanto ellos estaban frente al problema de hacer una revolución en un país donde existían vestigios muy palpables de feudalismo. Apenas vale la pena reexaminar ese debate desde el punto de vista de la teoría de Frank, pero parecería obvio que la contribución de Trotsky, la teoría de la revolución permanente, sería rechazada de plano, por supuesto, así como la posición básica del marxismo ruso, incluso la de Plejanov y Lenin, ya que todos los marxistas rusos, fueran cuales fueran sus diferencias en otras cuestiones, estaban de acuerdo en que las tareas que correspondían históricamente a la revolución democrático burguesa no se habían realizado aún en Rusia.⁵ Contra los marxistas, un revolucionario ruso comprometido con la teoría de Frank había dicho que el país era ya capitalista y que la cuestión de los vestigios feudales era sólo un asunto diversionista. Lo imperativo era descartar el "criterio dualista recibido" de la "supuesta coexistencia del feudalismo y el capitalismo" y "elaborar una teoría dialéctica unitaria del proceso del desarrollo capitalista".

Al prototipo ruso de Frank también le había sido difícil explicar el origen de la cuestión agraria, por qué era de importancia fundamental una reforma agraria a fondo, y por qué Lenin insistía en elaborar un programa correcto para asegurarse el liderazgo del proletariado en la revolución.

Andre Gunder Frank puede argumentar que esto es absurdo. Naturalmente, en el caso de Rusia él está de acuerdo en que los marxistas de aquellos días estaban en la posición correcta al sostener un "criterio dualista", y en considerar la reforma agraria como una tarea democrático burguesa que los trabajadores tendrían que llevar a cabo.

Sin embargo, eso tendría que llevarlo lógicamente a admitir la siguiente posibilidad: si realmente existen vestigios feudales en Latinoamérica en la actualidad, eso no es un obstáculo para hacer una revolución triunfante. En realidad, desde el punto de vista tanto de la teoría como de la práctica, puede facilitar el proceso revolucionario. El ejemplo de la Revolución Rusa lo prueba.

La realidad es que esta es la situación. La naturaleza semifeudal, semiburguesa del desarrollo de América Latina ha creado un contradictorio estado de cosas en la amalgama de relaciones feudales y capitalistas que sólo la conquista del poder por la clase obrera revolucionaria, dirigiendo a todos los sectores oprimidos, incluso al campesinado sin tierras y empobrecido, puede resolver.

⁵ Un buen informe sobre cómo los marxistas rusos lucharon a brazo partido alrededor de esta cuestión y llegaron a posiciones políticas divergentes que en algunos casos llevaron al desastre individual y en otros a la dirección de una revolución triunfante se puede encontrar en la obra de Samuel H. Baron: *Plekhanov, the Father of Russian Marxism* (Stanford, California, Stanford University Press, 1966). Es de notar que Baron no tiene una posición leninista ni trotskista.

Así como la estructura de la sociedad latinoamericana mezcla elementos precapitalistas con capitalistas en una unidad indisoluble, así la solución de las tareas democráticas heredadas está inseparablemente ligada a las tareas socialistas de la revolución venidera. Este es el *quid* de la enseñanza que nos deja la revolución permanente. Es no menos marxista que trotskista.

La ley del desarrollo desigual y combinado es indispensable para comprender el desarrollo de Latinoamérica en los últimos cuatro siglos. Puede iluminar tanto la primera etapa, cuando las relaciones precapitalistas se mezclaron con las capitalistas, como la etapa actual, en que las tareas de democratización, que históricamente corresponden a la etapa burguesa, se han convertido en una parte integral de la revolución proletaria del siglo XX.

Es también por esto que fracasa el intento de Frank de separar al marxismo del trotskismo y de contraponer el uno al otro. Las formulaciones teóricas del movimiento trotskista no solamente están sólidamente enraizadas en el socialismo científico sino que son las expresiones más profundas del pensamiento marxista con que contamos en la actualidad.

APENDICE

LA IMPORTANCIA DE LA INTERPRETACION DE NOVACK

Las respuestas de Novack a los interrogantes que le plantearon algunos miembros del grupo Comunista Internacionalista, la organización trotskista mexicana, son de gran importancia teórica para nosotros, los revolucionarios latinoamericanos.

El marxismo latinoamericano se educó bajo la influencia de un pseudo marxismo que había abrevado en las fuentes de los historiadores liberales. Estos pregonaban una supuesta colonización feudal por parte de España y Portugal que había sido el origen de nuestro retraso con respecto a Estados Unidos de Norteamérica. Ese falso esquema de la colonización ha sido suplantado en algunos medios marxistas por otro tan peligroso como el anterior: la colonización latinoamericana fue directamente capitalista. Gunder Frank es uno de los más importantes representantes de esta nueva corriente de interpretación marxista. Como bien cita Novack, éste afirma categóricamente que "el capitalismo comienza a penetrar, a formar, a caracterizar por completo a Latinoamérica y a la sociedad chilena ya en el siglo XVI".

He sido uno de los primeros, si no el primero, que desde el año 1948 vengo luchando en los medios marxistas latinoamericanos contra la teoría de la colonización feudal, que en su momento levantaba el estalinismo como justificación teórica para su política de hacer una revolución antifeudal y constituir frentes populares con la burguesía "antifeudal" y "liberal". Esa es la razón por la cual algunos teóricos de la "colonización capitalista" me citan como uno de los pioneros de la actual interpretación en boga. Nada más equivocado. Sin emplear la expresión de combinación de distintas formas y basándome en Marx, que definió la colonización esclavista de Estados Unidos como "capitalismo feudal", mi interpretación ha sido esencialmente la de Novack, que a su vez es la de Marx, aunque sin citarlo. Algunas citas vienen a cuento para delimitar bien los campos.

En la tesis II de mi trabajo *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa*, publicada repetidas veces desde 1948, y por primera vez impresa en 1957 en *Estrategia*, digo categóricamente:

La colonización española, portuguesa, inglesa, francesa y holandesa en América fue esencialmente capitalista. Sus objetivos fueron capitalistas y no feudales: organizar la producción y los descubrimientos para efectuar ganancias prodigiosas y para colocar mercancías en el mercado mundial. No inauguraron un sistema de producción capitalista porque no había en América un ejército de trabajadores libres en el mercado. Es así como los colonizadores para poder explotar capitalísticamente a América se ven obligados a recurrir a relaciones de producción no capitalista: la esclavitud o una semiesclavitud de los indígenas. Producción y descubrimientos por objetivos capitalistas; relaciones esclavas o semiesclavas; formas y terminologías feudales (al igual que el capitalismo mediterráneo) son los tres pilares en que se asentó la colonización de América.

Para cualquier lector medianamente responsable mi planteo es claro, la colonización tiene objetivos capitalistas, obtener ganancias, pero se combina con relaciones de producción no capitalistas. Lo mismo dice Novack: a los "objetivos capitalistas" de mi análisis les pone un nombre más preciso, capital mercantil, pero insiste en lo mismo que en mi tesis, el carácter no capitalista de las relaciones de producción. "¿Qué hicieron de hecho España y Portugal? Crearon formas económicas en el nuevo mundo que tenían un carácter combinado. Ellos soldaron relaciones precapitalistas a relaciones de cambio, subordinándolas así a las demandas y movimientos del capital mercantil."

Esta discusión teórica no es una polémica académica sin relaciones con la política. Las tesis de la revolución permanente no son las tesis de la mera revolución socialista, sino de la combinación de las dos revoluciones, democrático burguesa y socialista. La necesidad de esa combinación surge inexorablemente de las estructuras económico sociales de nuestros países atrasados, que combinan distintos segmentos, formas, relaciones de producción y de clase. Si la colonización fue desde un principio capitalista no cabe más que la revolución socialista en Latinoamérica y no una combinación y supeditación de la revolución democrático burguesa a la revolución socialista.

Todas estas razones hacen que una vez más, recomendemos la atenta lectura de las respuestas de Novack. como un aporte importante a nuevas y viejas polémicas sobre la colonización, como así también a la discusión del programa de la revolución permanente en el continente.

Nahuel Moreno

CUATRO TESIS SOBRE LA COLONIZACION ESPAÑOLA Y PORTUGUESA

1.- Hay toda una metodología e interpretación que se escuda bajo el rótulo de marxista y que no es tal. Es una aproximación al marxismo, inclusive en muchos un sano intento de hacerlo, pero no es marxismo. En general, podemos involucrar en esta definición a todo el marxismo latinoamericano, que no ha superado todavía teóricamente su etapa embrionaria.

Al decir esto no nos referiremos a la parte programática, o mejor dicho a los aspectos más generales del programa marxista revolucionario. En ese sentido los marxistas revolucionarios del pasado y nosotros los trotskistas del presente somos, sin duda, marxistas.

Nuestra aventurada afirmación se refiere al método y a la interpretación del mundo de los que se han autodenominado marxistas latinoamericanos. Mariátegui es el mejor ejemplo de este revolucionario latinoamericano, digno de admiración y respeto, pero que no supo o no pudo elevarse a una verdadera comprensión y metodología marxistas. Mariátegui y todos los otros, sin excepción, que conocemos, han sido positivistas-marxistas o neoliberales-marxistas. Ser marxista para ellos era fundamentalmente aceptar la existencia de las clases, la importancia del factor económico y en algunos la necesidad de la revolución obrera. Se limitaban después a aplicar el método positivista que habían aprendido en la Universidad y a cambiarle a la interpretación liberal su terminología por una marxista. Se conformaban con ser una mera superación formal de los términos, de la ideología positivista liberal de los círculos intelectuales oficiales.

El mejor ejemplo de lo que venimos diciendo es la interpretación de la historia latinoamericana y en especial de la colonización española y portuguesa de Hispanoamérica. Hay todo un mito de los historiadores liberales que atribuye el atraso actual de Latinoamérica a la colonización española y portuguesa, y el progreso de Norteamérica a la colonización inglesa. Este mito es tomado por Mariátegui y también por Puiggrós, transformando lo racial en categorías económicas: colonización española igual a feudal.

La conquista del territorio americano y de sus habitantes, y su incorporación a los dominios de la corona de España, fue la obra de conquistadores feudales, de los continuadores de aquellos que habían luchado contra los moros y que antes habían engrosado los ejércitos de las cruzadas. Toda empresa feudal europea, ya sea en el Norte contra los eslavos, en el Este contra los turcos, en el Oeste contra los sajones y los germanos o en el Sur contra los árabes ha sido llevada adelante bajo el signo de la cruz de Cristo. La conquista de América por España forma parte del proceso general de expansión del feudalismo y se verifica cuando éste ya ha entrado en decadencia. España volcó sobre América los elementos de su régimen feudal descompuesto. El poder de la monarquía se afianzó al entregar a sus vasallos vastos territorios, cuantiosas riquezas y millares de seres humanos sometidos a las rudezas y crueldades de la servidumbre. (*De la Colonia a la Revolución*, Editorial Lautaro, 2da. edic., pág. 16.)

A Puiggrós hay que reconocerle el mérito de haber comprendido, al menos, que "el descubrimiento de América fue una empresa llevada a cabo por comerciantes y navegantes del Mar Mediterráneo". Pena es que después considerara que "el capital comercial había cumplido su misión al tender el puente por el cual el feudalismo español se transplantara a América".

Sobre Norteamérica Puiggrós es categórico.

América sajona fue colonizada un siglo más tarde en condiciones diferentes, Los ingleses que arribaron en el "Mayflower", y que siguieron llegando desde 1620 a 1640, trasplantaron al Nuevo Continente los gérmenes del desarrollo capitalista que traían de su patria originaria. En oposición a esa colonización del nordeste de Estados Unidos la inmigración de los "cavaliers", verificada después de la revolución burguesa de 1648 que derrocó a los Estuardo, estaba integrada, a diferencia de la primera, por elementos feudales encabezados por parte de la nobleza desplazada del gobierno y

expropiada de sus tierras. Esa inmigración se estableció en el Sur, en Virginia, e implantó formas de producción y hábitos de vida que correspondían a su origen feudal.

La explotación del trabajo de indios y negros, en forma servil y esclavista, constituyó su base social

Mientras la corriente inmigratoria burguesa impuso la pequeña propiedad rural y el desarrollo manufacturero de los núcleos urbanos, la corriente inmigratoria feudal se afirmó en la gran propiedad, y en la economía doméstica. El triunfo de la primera eliminó los últimos reductos del feudalismo en los Estados Unidos de Norte América (págs. 23 y 24).

2.- La colonización española, portuguesa, inglesa, francesa y holandesa en América, fue esencialmente capitalista. Sus objetivos fueron capitalistas y no feudales: organizar la producción y los descubrimientos para efectuar ganancias prodigiosas y para colocar mercancías en el mercado mundial. No inauguraron un sistema de producción capitalista porque no había en América un ejército de trabajadores libres en el mercado. Es así como los colonizadores, para poder explotar en forma capitalista a América, se ven obligados a recurrir a relaciones de producción no capitalistas: la esclavitud o una semiesclavitud de los indígenas. Producción y descubrimiento por objetos capitalistas; relaciones esclavas o semiesclavas; formas y terminologías feudales (al igual que el capitalismo mediterráneo), son los tres pilares en que se asentó la colonización de América.

Puiggrós confunde, como tantos historiadores liberales, decadencia del capitalismo mediterráneo con avance del feudalismo. No hay tal feudalismo español que coloniza América; existe un extraordinario desarrollo del capitalismo mediterráneo que ya ha empezado su decadencia cuando descubre América. Su descubrimiento no hará más que acelerar aun más su decadencia y el desarrollo del nuevo capitalismo noroccidental, que ya había surgido y estaba desplazando al mediterráneo antes del descubrimiento de nuestro continente. El capitalismo mediterráneo, impregnado de aristocratismo y formas feudales, tiene un carácter comercial, usurario, local e internacional en oposición al del noroeste de Europa, que lo tiene manufacturero y nacional.

Si hay un lugar de América cuya colonización no es capitalista es el noreste de Estados Unidos, justamente lo contrario de lo que cree Puiggrós. A esta región fueron, o se quedaron, los europeos que querían tierras, clima y producción como las de Europa, pero que no pensaban comerciar con sus países natales, ya que éstos se abastecían por sí mismos de sus productos agrarios. Por eso fue una colonización cuyo objetivo era la tierra para implantar una pequeña producción y para abastecerse a sí mismos. Esa inmigración dio origen a un pequeño campesinado que se abastecía a sí mismo y que colocaba en el mercado el ligero sobrante que le quedaba. Vista desde un ángulo histórico esta inmigración continuaba la magnífica tradición del medioevo europeo de colonizar nuevas tierras con campesinos independientes. Pero en Norteamérica hubo una diferencia que resultaría fundamental: el exceso de tierras impidió el crecimiento de una clase terrateniente feudal, aunque hubo intentos de ello. Si nos gustaran las paradojas podríamos decir, contra Puiggrós, que el sur de Estados Unidos y Latinoamérica fueron colonizados en forma capitalista pero sin dar origen a relaciones capitalistas y que el norte de Estados Unidos fue colonizado en forma feudal (campesinos que buscaban tierras y nada más que tierras para autoabastecerse) pero sin relaciones feudales.

La verdad es que no puede haber otra definición marxista para las colonias españolas-portuguesas y el sur de Estados Unidos que la de producción capitalista especialmente organizada para el mercado mundial con relaciones de producción precapitalistas. En oposición a ello el norte de Estados Unidos debemos definirlo como una región colonizada por oleadas de pequeños campesinos que no soportaron relaciones de producción precapitalistas y que, como consecuencia de ello, se constituyeron durante siglos en un mercado interno en continuo crecimiento. El noroeste de Estados Unidos heredó las ventajas del feudalismo europeo: pequeña producción agraria, sin sus tremendas desventajas: una clase de terratenientes feudales, inevitables parásitos, en la futura producción burguesa.

Marx ya había visto - ¡cuándo no! - esta contradicción y diferencia en las colonizaciones. En la *Historia crítica de la plusvalía* compara de pasada los dos tipos de colonización y, rebatiendo por adelantado a todos los Puiggrós que en el mundo son o han sido, nos dice:

Aquí hay que distinguir dos clases de colonias. En el primer caso se trata de verdaderas colonias, como las de Estados Unidos, Australia, etc. En éstas, la masa de los colonos dedicados a la agricultura, aunque hayan aportado de la metrópoli un capital más o menos grande, no constituye una clase capitalista y *menos todavía es su producción una producción capitalista*. Son, en mayor o menor extensión, campesinos que trabajan para sí y cuya preocupación primordial y fundamental es procurarse sustento, producir sus propios medios de vida, por cuya razón su producto fundamental no tiene carácter de mercancía, pues no se destina al comercio. El sobrante de sus productos, después de cubrir su propio consumo, lo venden o lo cambian por artículos manufacturados de importación, etcétera. Otra parte de los colonos, más reducida, establecida en la costa, en las riberas de los ríos navegables, etcétera, crea ciudades comerciales. Pero tampoco sus actividades pueden calificarse, en modo alguno, de producción capitalista.

En la segunda clase de colonias las plantaciones, que son desde el momento mismo de crearse especulaciones comerciales, centros de producción para el mercado mundial, *existe un régimen de producción capitalista, aunque sólo de un modo formal*, puesto que la esclavitud de los negros excluye el libre trabajo asalariado, que es la base sobre la que descansa la producción capitalista. Son, sin embargo, capitalistas los que manejan el negocio de la trata de negros. *El sistema de producción introducido por ellos no proviene de la esclavitud, sino que se injerta en ella. En este caso, el capitalista y el terrateniente son una sola persona*" (*Historia crítica de la plusvalía*. T. II, México, Fondo de Cultura Económica, págs. 331 y ss.).

Un conquistador español o portugués es el primo hermano del dueño de los yerbatales de principio de siglo que han popularizado las leyendas y novelas. De hecho o de derecho el trabajo de los mensúes era casi esclavo, pero la producción de esos dueños de ingenios era capitalista. La colonización de Hispanoamérica, sigue, con verdadera saña, derroteros y objetivos comerciales. Y lo que a ese respecto hizo fue enorme. América hispana fue la caldera del desarrollo capitalista europeo. A ese respecto será necesario algún día estudiar si la técnica de explotación de los minerales traída por los españoles no fue la más alta de su tiempo, lo que confirmaría, en cuanto a las fuerzas productivas, su carácter capitalista.

Lo importante es que esta producción capitalista originó desde el comienzo de la colonización una clase capitalista autóctona, independiente de los comerciantes y de la burocracia, los burgueses terratenientes. Todavía no ha sido estudiada la historia latinoamericana partiendo de esta caracterización de conjunto: la existencia desde un principio de una clase burguesa autóctona ligada a la producción regional. Esa clase es similar a la del sur de los Estados Unidos que dio a Washington. Los historiadores liberales y sus émulos marxistas han ignorado la existencia de esa clase porque no era una burguesía industrial y la han clasificado como a terratenientes feudales, cuando, por el contrario, es una clase burguesa mucho más progresiva que la burguesía comercial compradora.

3.- Si nos tomamos el trabajo de comprobar el carácter de la colonización y conquista de nuestro país, a vuelo de pájaro, comprobamos que la caracterización que hemos efectuado es correcta. Antes que nada porque la preocupación principal de los conquistadores y colonizadores son las minas de oro y plata para el mercado mundial, la desesperada búsqueda de Eldorado. y no tierras para cultivar con relaciones feudales. Esto sólo demuestra el carácter capitalista de la conquista y colonización. Pero es necesario que aportemos algunos hechos sintomáticos tomando a nuestro país como ejemplo de América española:

a) la mano de obra indígena no tiene carácter de siervo, trabajador agrario pegado a la tierra, sino fuerza de trabajo en manos de dueños españoles que la contratan al mejor postor. En ese sentido hay un ejército de trabajadores y un mercado de trabajo rudimentario y "sui generis", ya que se contrata libremente pero entre dueños de empresas y dueños o semidueños de hombres.

Si comenzamos por Mendoza, región de la que conocemos los antecedentes más antiguos, nos encontramos con que

[...] el ideal del encomendero de Cuyo era dejar un encargado de sus intereses cisandinos e irse a Santiago con sus indios para arrendarlos. En Chile, los huarpes sirvieron en lavaderos de oro, en la fabricación de botijambre y en las labores urbanas y rurales. En Mendoza, plantaron viñas, las podaron y cosecharon la uva y aún guiaron las carretas que conducían el vino a Buenos Aires, elaborado por ellos mismos. (Juan Draghi Lucero, *Revelaciones documentales sobre la economía cuyana*. Rev. de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, 1940, tomo XVI, págs. 189 a 249).

La caza del indio estuvo perfectamente organizada en los tiempos iniciales de la colonia. El poblador necesitó de mitayos para las *labores agrícolas extensivas* que debía encarar en esos apartados lugares. (Actas capitulares de Mendoza. Tomo I. 1945, pág. LVII.)

Tan arraigada estaba la costumbre de extraer indígenas cuyanas con destino a Chile, que el mismo cabildo de Mendoza manifiesta sin ambages, en junio de 1604, que el privarles de sacar mitas de San Luis "señalaba la total destrucción desta ciudad", agregando, "que hace 4 años que efectúa dicha saca". (Libro citado, pág. LIX). Y cuando se comienzan a terminar los indios se resuelve "pedir asimismo a S.M. nos haga merced de mil licencias de negros para esta ciudad respecto de los pocos naturales que en ella hay". Lo que es una prueba indirecta de que los indios podían ser reemplazados por esclavos y no por arrendatarios campesinos serviles.

El caso de Mendoza es ilustrativo al extremo porque los conquistadores se encontraron con indígenas laboriosos, que ya practicaban la agricultura, y muy pacíficos. En lugar de utilizar estas condiciones excepcionales para establecer un feudo se aprovecharon de ella para mejor utilizar a los indígenas en empresas que producían para el mercado.

En Tucumán, para no citar más que otro ejemplo, el problema de los indios que son llevados por los comerciantes y troperos que pasan por allí es un problema grave, lo que demuestra que los indios no están sujetos a la tierra como los siervos y que son utilizados para un tráfico comercial importante o para ser llevados fuera de su tierra a otras explotaciones, del "Perú. Paraguay y Buenos Aires". (*Actas Capitulares de San Miguel de Tucumán*, Vol. I, Universidad Nacional de Tucumán, 1946, pág. 37 y ss.).

b) Desde un principio la colonización se hace para buscar o producir productos para el mercado mundial, o como mínimo, para el mercado virreinal. La producción intensiva de uno o unos pocos productos es lo característico, en oposición a la autosuficiencia feudal.

La testamentaría de un vecino de Mendoza del 29 de diciembre de 1588 nos permite comprobar que este buen señor era ya un viñatero vulgar y silvestre que "declaró tener una viña cerca de esta ciudad junto al molino de lo de Videla que tiene cinco mil plantas la que está cercada de tapias y además tengo solar cerca de dicha viña, asimismo cercada, más una cuadra de tierra que está cerca de dicha calle y entre esta cuadra y la viña está el horno de tejas que tengo y asimismo tengo un solar en la cuadra de San Juan Bautista" (*Archivo Judicial de Mendoza*).

En el norte del país no era muy diferente la situación. En un mísero poblado como Tucumán nos encontramos que el procurador general, don Galio de Villavicencio, plantea al Cabildo un problema de 18 puntos, el 4 de mayo de 1680, que es indiscutiblemente un programa de un villorrio burgués sin ningún aditamento feudal. En el punto 3 propone que se obligue a aceptar en lugar de moneda, dada su carencia, "hilo de algodón y de lana de pábilo" para que pueda estar abastecida la ciudad y "socorridos los pobres". Por el cuarto señala "lo mucho que importa registrar todas las tropas de vacas, muías y carretas y recuas que pasan por esta ciudad y su jurisdicción y *otras que sacan los vecinos de esta ciudad*". Por el sexto que a los españoles y mestizos que vagabundean se los obligue a trabajar o se los eche (al igual que las ulteriores leyes burguesas obligando al trabajo). Por la séptima informa: "ha llegado a mi conocimiento que en muchas casas y chacras de esta ciudad tienen dos géneros de medidas de trigo, una para recibir y otra para dar todas selladas contra conciencia y justicia". Así sigue por el estilo intercalando alguno que otro petitorio para

retener a los indios como el ya citado. En el punto 17 se queja de que "las más del tiempo están los capitulares ausentes de esta ciudad en sus chacras, estancias y viajes ocupados en sus conveniencias" demostrando así que estos colonizadores se parecen mucho más a un vulgar capitalista en permanente movimiento para defender sus intereses que a un señor feudal preocupado por sus diversiones y cacerías (*Actas Capitulares de Tucumán* ya citadas, Vol. I, pág. 37 y ss.).

En 1588, en Corrientes, nos encontramos con que no hay feudos que produzcan de todo, sino concesionarios de una producción especializada: potros, yeguas y vacas. El 27 de mayo de 1588 el Cabildo de Corrientes se reúne para rematar el cuidado "de los caballos y yeguas del común a tres cabezas por medio peso", exigiendo dos fiadores. El 7 de noviembre del mismo año "se apercibe a Etor Rodríguez como fiador de Asencio González, guardián de las vacas de carne". Hernán F. Gómez, en la introducción a la publicación de la *Actas Capitulares*, nos aclara que el acta de fundación se ha perdido y las copias que hay están en España como consecuencia del "grave y valioso debate judicial abierto sobre la propiedad del ganado alzado y salvaje que pobló la jurisdicción de la ciudad de Corrientes durante el siglo XIV". Este pleito entre los descendientes de Torres de Vera y el Cabildo, o los vecinos accioneros, por la propiedad del ganado, es cualquier cosa menos un pleito feudal por tierras con siervos.

4.- La colonización de la Argentina no difiere del resto de América española. Es interesante a ese respecto estudiar la colonización portuguesa del Brasil.

Navarrete ya nos informa en su relación de los viajes de Colón que éste había encontrado, en las tierras descubiertas, madera para teñir géneros. En 1501 los portugueses envían una expedición exploradora que volvió a Portugal con un cargamento de esa madera, denominada "pau Brasil". El rey de Portugal se apresuró a arrendar las nuevas tierras descubiertas a un mercader de Lisboa, don Fernando de Noronha. No se conocen bien los términos del contrato, pero por referencias indirectas Noronha se comprometía a mandar anualmente tres naves al Brasil (tierras de Santa Cruz), a descubrir 300 leguas de costa y pagar 1/5 del valor de la madera al soberano. Este convenio es eminentemente capitalista.

Para no aburrir con otras referencias limitémonos a citar a Roberto C. Simonsen. En su *Historia Económica do Brasil* manifiesta:

No nos parece razonable que la casi totalidad de los historiadores patrios acentúen, en demasía, el aspecto feudal de las donaciones, llegando algunos a clasificarlas como un retroceso en relación a las conquistas de la época...

Desde el punto de vista económico, que no deja de ser básico en cualquier empresa colonial, no me parece razonable la comparación de este sistema al feudalismo.

En la economía feudal, no hay lugar al lucro porque están demarcadas las clases sociales y las remuneraciones se tornan función de la condición social de cada clase.

Por más que estudiemos los elementos históricos no podremos llegar a la conclusión de que el régimen de las donaciones presente gran semejanza con la economía medieval. En primer lugar, todos llegaban a la nueva tierra en busca de fortuna: todos querían mejorar su situación económica. El obtener lucro era la causa primordial de la llegada al Brasil. Los mineros, carpinteros, mecánicos y demás artesanos procuraban ganar para formar su propio peculio. Quien quisiese embarcarse podía hacerlo. No había límites. Por el contrario, cuanto mayor el número tanto mejor. En buena parte quien aquí venía lo hacía con el ánimo de volver enriquecido. Quien tuviese capital podía pleitear la exploración de la tierra. Los donatarios no eran más que exploradores en gran escala. Las concesiones dadas por el rey a esos hombres eran el medio de estimularlos, facilitando su empresa. En el siglo siguiente otras naciones europeas adoptarán procesos semejantes de colonización utilizándose, de preferencia, la iniciativa privada mediante compañías colonizadoras privilegiadas.

Así como hoy se concede a ciertas empresas la excepción de impuestos junto con una alta tributación a los productos extranjeros que les hacen competencia, en la

misma forma, usando de esos procedimientos característicos capitalistas, el rey de Portugal concedió una serie de favores a aquellos que con sus capitales o sus servicios podían incrementar la colonización de las tierras descubiertas.

Nuestros historiadores no han encarado el caso bajo de ese aspecto. Cuando se refieren al donatario lo consideran como si fuera un representante del régimen feudal. Don Manuel, con su política de navegación, con su régimen de monopolios internacionales, con sus maniobras económicas de desplazamiento del comercio de especias de Venecia, es un auténtico capitalista. Sus vasallos no se quedan atrás. No hacen ninguna conquista como los caballeros de la Edad Media.

Procuraban engrandecer su país, tratando de transformar a Portugal en una potencia. Conquistaban las Indias con el mismo espíritu con que, más tarde, los ingleses vinieron a constituir el gran Imperio Británico.

Los inmensos poderes otorgados a los donatarios tampoco significan feudalismo; esos poderes todavía existen en nuestros días. El jefe de una escuadra en alta mar, los comandantes de los ejércitos, los gobernadores en ocasiones excepcionales disponen todavía hoy de poderes casi tan grandes como los concedidos a aquellos donatarios. Estamos, pues, seguros de que nuestras donaciones, dejando de lado el carácter hereditario de las concesiones, sólo son feudales en los términos, muchos de ellos todavía hoy en uso. Puede alegarse que en lo que concierne a las concesiones su aspecto jurídico se asemeja a las instituciones feudales. Pero esto se observa también en la actualidad. El régimen de nuestras minas se caracteriza porque el poseedor de la mina no es sino un concesionario, que así la trabaja, ejerciendo una función social.

Todos estos son unos pocos ejemplos que demuestran que en nuestro país, al igual que en toda la América española de la colonización, existió un capitalismo bárbaro, un sistema basado en el cambio de mercaderías y en estrecha ligazón con el mercado mundial. Es indudablemente un régimen totalmente distinto al existente o al que está surgiendo en el norte de Europa, en especial en Inglaterra, Holanda y Francia, pero tampoco tiene nada que ver con el régimen feudal. Es una forma aberrante del desarrollo capitalista europeo.

Este libro se terminó de imprimir en la segunda quincena de abril de 1975 en Integrar S.R.L.,
Ponsomby 966, Buenos Aires, Argentina.